

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16.

NÚM. 190.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE 1904

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

10.068

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL INDIVIDUALISMO DE NIETZSCHE

Y LA TEORÍA SOCIOLOGICA DEL GENIO

Si algo distingue á la idea anarquista es el despecho de la propia existencia, despecho que para los literatos jóvenes roídos por el amor propio se convierte, no ya tanto en odio á la sociedad, como en desdén hacia las grandes aspiraciones de democracia y solidaridad que hasta hoy venían animando al mundo; pues de todo esto acaba de dar buena cuenta un escritor tan anárquico y atrabiliario como Nietzsche, en un libro que hace pocos años nos ofreció á modo de testamento filosófico. El libro se titula *Así hablaba Zaratustra*, y de él sabemos, entre otras cosas, que «es la producción más profunda que la humanidad posee». Nietzsche, que, por razón de los espantosos y frecuentes extravíos de su entendimiento y de sus costumbres, debió de ser tenido por un alma enferma, se impuso á sí mismo como idea fija el deseo de ser apellidado regenerador de la humanidad. Trátase de un hombre inepto en ciencia, un fullero audaz en forjar excentricidades y errores. En vida poseyó un renombre brillante, á lo menos entre los pensadores poco experimentados; pero estuvo inficionado de todos los defectos de su nación: tendencias aristocráticas, desprecio á las multitudes, fanatismo por el derecho de los más inteligentes y marcada predilección por el régimen de la fuerza. Si tuviéramos que definir en una sola palabra el objeto de las expectativas lanzadas por aquella calamidad *fin de siècle*, sólo lo podríamos hacer diciendo que era la apoteosis de los preten-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA

didos «hombres superiores». En efecto: después de haber proclamado la destrucción de las prescripciones legales, justo era proclamar la omnipotencia de las voluntades fuertes. Tiranía con los débiles, tiranía con los ignorantes: son las dos fases de un mismo error, que consiste en someter la sociedad á los «mejores», y la vida absolutamente libre á la lucha y al ideal de la victoria. He aquí por qué se atreve á afirmar uno de los más calificados anarquistas franceses, inspirado líricamente en Nietzsche, que, en el porvenir, la verdadera sociabilidad no consistirá en una paz universal, como la que el organismo vulgar sueña, sino sencillamente en oprimir y explotar el fuerte al débil, el culto al inculto. «En ausencia de toda ley, dice Gourmont (1), el ascendiente de los hombres superiores será la sola ley; y su justo despotismo, incontestable: es preciso el despotismo para que provea á los imbéciles de buenos bozales, porque, sin inteligencia, el hombre muerde». Esta forma cínica del anarquismo, que no es más que una estúpida adoración de sí propio, llega, pues, al aborrecimiento y al exterminio de las plebes, de los sencillos, del vulgo. Es lo contrario del otro, del anarquismo verdadero (2).

Pero me equivoco al hablar del *anarquismo* verdadero como favorable á la *democracia* social: éstas son dos palabras que se excluyen mutuamente. De la anarquía arranca el despotismo. Será déspota el más fuerte ó el más hábil. Si algo falta al anarquismo contemporáneo para el despotismo perfecto, culpa es de los tiempos y no de su espíritu propio. Y ¡qué impresión produce al hombre independiente oír á los anarquistas intelectuales hablar mal de los suyos con ascos y remilgos de plebeyos aristocratizados! ¡Qué coraje causa notar cómo revisten sus doctrinas con una forma pedantesca, desdeñosa, que excluye toda familiaridad con las inteligencias de orden inferior! ¡Qué asco no da, por ejemplo, leer en Nietzs-

(1) *Entretiens*, Abril 1892.

(2) Desjardins, *Revue Bleue* de 23 de Diciembre de 1893.

che, el gran pazguato de la *transmutación de los valores*, frases como ésta, que se aduce para justificar lo intrincado de su estilo: «He puesto una valla en mi jardín para que no penetren ni los ladrones ni los puercos»! Lo verdaderamente salvaje y sucio es aquí la bárbara soberbia de Nietzsche.

A semejanza de esos perros de los viajeros polares, que se vuelven locos porque no ven el sol, Nietzsche se ha vuelto loco por el eclipse del *superhombre* que el movimiento democrático é igualitario de las sociedades modernas ha traído consigo. Es difícil hablar con más claridad y desesperación de lo que hace Baroja en una de sus últimas novelas (1), interpretando los pensamientos de Nietzsche, de quien me parece que se va declarando partidario (2): «Todo se hace mediano. En tiempo de Moisés había un grande hombre, ó dos ó tres; los demás no valían nada. El valle estaba hondo, la cumbre alta. Ahora en la humanidad y en la Naturaleza sucede lo mismo: la cumbre se desmorona, el valle va subiendo. Dentro de algunos miles de años, en la tierra no habrá montes y en la humanidad no habrá genios (3). Vamos á la planicie... ¿Cuándo

(1) *El mayorazgo de Labraz*, 190.

(2) Hace cuatro años no lo era. Véase, en prueba de ello, su artículo contra *Nietzsche y su filosofía*, publicado en la *Revista Nueva*, I, 21.

(3) Símil de todo punto falso y contrario á la historia de la Naturaleza, é inaplicable, por lo tanto, á la de la humanidad. Si Baroja se hubiese tomado siquiera el trabajo de recorrer superficialmente un Manual elemental de Geología, se hubiera guardado muy bien de enunciar semejante juicio. Los geólogos admiten que hasta la época de los diluvios no existían esas altísimas cordilleras de los Andes y del Himalaya, y acaso tampoco la de los Alpes, cuyos altísimos picos se elevan á cerca de 9 kilómetros; que probablemente todas las demás cordilleras, como los Cárpatos, el Cáucaso, el Ararat, los Pirineos y otras, eran en aquella fecha mucho más bajas que en la actualidad, á pesar de los fenómenos de erosión invocados por algunos en contrario, pues nadie ignora la suma lentitud con que obran estos fenómenos, y lo poco que pueden contrarrestar el movimiento centrífugo de las masas impelidas por el fuego central ó por la formación de repliegues en la corteza terrestre, según quieren otros geólogos. En la Naturaleza, como en la humanidad, las montañas, lejos de ser antiguas, son lo único verdaderamente moderno. Recuerde Baroja el levantamiento de la isla de Camiguín (Filipinas), en 30 de Abril de 1817.

dará la humanidad ejemplos de una tan grande energía como dió en Aníbal ó en César?» El mismo caso del más famoso de los Borgia, ¿se repite hoy? Recordemos el epitafio que le pusieron en la iglesia de Viana, donde le enterraron:

Aquí yace en poca tierra
El que toda le temía,
El que la paz y la guerra
En su mano la tenía.
¡Oh tú que vas á buscar
Dinas cosas de loar,
Si tú loas lo más diño,
Aquí pare tu camiño,
No cures de más andar!

Ofendería á mis lectores si no dejase á su cargo el presentar las objeciones que gusten al individualismo de Nietzsche, adoptado y ensalzado por Baroja. Este individualismo parte de un punto de vista infantil y estético, que tiene más de religioso que de científico; mira al genio en relación con el vulgo de los hombres, como á las Amazonas en relación con los demás ríos, á los Andes con las demás cordilleras, ó al cóndor con las demás aves; recuerda al hombre primitivo que se prosternó con admiración ante el rayo y otros fenómenos de la Naturaleza, creyéndolos seres personales poderosos, sin atreverse á buscar las leyes generales y naturales en que tienen su origen; olvida, en fin, que los grandes hombres no han sido necesarios sino para educar ó castigar al menos la ordinaria pequeñez humana, no existiendo sino por oposición á ella, no imponiéndose á causa de su valor subjetivo, sino de la degeneración del medio en que se ha desarrollado. Los genios, los héroes, los dominadores, los grandes hombres en general, han triunfado de obstáculos inmensos, casi monstruosos, precisamente porque ahí estaba el secreto de su poder y de su valor; pero ¿cómo han de triunfar de un enemigo tan bien armado como la democracia? La democracia no es ya un obstáculo que se opone en su camino al grande hombre; es un receptáculo á

que tiene él que ir á parar, y que esteriliza de la manera más sencilla del mundo sus energías. Cabe explicarle aquel paso de Feuris Wolf, en lucha con los Dioses del Norte: éstos fueron incapaces de sujetar al héroe con acero ni con peso de montañas; el acero lo destruía y á las montañas les daba puntapiés; pero pusieron á sus pies una tela más delgada y tenue que la de la araña, y con ésta le sujetaron; porque cuanto más daba de puntapiés, tanto más se enredaba. He dicho en otro lugar que el hombre del vulgo ha sido con frecuencia estrella errante, que aspira sólo á ser satélite del primer planeta en cuya órbita de atracción caiga. Ahora bien: gracias á la difusión de la cultura, esta tendencia va siendo más rara cada vez. Pero la nivelación que produce no se puede llamar la medianía. La medianía sólo existía cuando había genios. Hoy no hay más medianía que la voluntaria, ni más genios que los que se han hecho muy superiores por su esfuerzo propio á otros que hubieran podido pasar por genios en anteriores épocas. De este modo la universalidad de la ciencia, que tanto aborrece Nietzsche, no sólo ha movilizado y socializado el progreso, sino que lo ha hecho más refinado y más personal; no sólo no ha destruído el genio, sino que lo ha multiplicado y enriquecido, convirtiéndolo en progresivo á su vez, introduciendo en él categorías y diferencias.

Así es, que en nuestra época es imposible repetir con Horacio, habitante de otro medio: «Aborrezco al vulgo innoble, y lo rechazo lejos de mí» (1). Pero tampoco sería justo exclamar con Nietzsche (2) en un día de desaliento: «He buscado los grandes hombres, y nunca he hallado otra cosa que los monos de su ideal». El odio del uno y la desilusión del otro encierran igual exageración.

Lo que sí puede asegurarse como cierto es que la fuerza de generalización que constituye el genio se dispersa bajo la

(1) *Odi profanum vulgus et arceo.*

(2) *El crepúsculo de los ídolos*, 14.

influencia de la presión social, concentrándose á la vez en centros de cultura que van poco á poco destruyendo la fábula del genio egoísta y solitario que recibe inspiración de su propio aislamiento. Actualmente, así como la cuarta parte de los habitantes del globo vive en las poblaciones grandes (lo prueba la estadística), así también la cuarta parte de las inteligencias reside en los centros de cultura por medio de la Universidad, la alta prensa, la difusión de libros, etc., etc. Al mismo tiempo, la división del trabajo ha dificultado la posibilidad de generalizaciones sintéticas y, en consecuencia, la posibilidad del *superhombre*.

No se crea que esto es para mí en absoluto una prueba de verdadero é íntimo progreso. Puede contestarse (y no han dejado de hacerlo los discípulos de Nietzsche y Schiller antes y mejor que ellos) que se trata de una inferioridad del individuo en medio de la superioridad de la especie. Aquí, Schiller, cristiano por el sentimiento, comparte con Nietzsche, totalmente pagano, su admiración por aquella civilización, *rica á la vez de fondo y forma*, y en la cual, para formar un tipo magnífico de humanidad, se unían la juventud de la imaginación y la virilidad de la razón, porque todavía el mundo del espíritu y de los sentidos no habían sido excitados por la discordia á dividirse hostilmente y á encerrarse en infranqueables límites. En sus arranques más elevados, siempre la razón llevaba con amor á la materia tras de sí; y por delicado y sutil que fuese su análisis, nunca la mutilaba. Cada Dios, individualmente considerado, abarcaba en sí la naturaleza humana íntegra (1). En el mundo moderno, la imagen de la especie anda tan dispersa y hecha menudos fragmentos en los individuos, que es preciso agotar la serie de ellos para reconstituir la totalidad de la especie. Cualquiera diría que entre nosotros las fuerzas espirituales se muestran en la realidad tan separa-

(1) Sigo en esta exposición á Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, IV, I, 78.

das como lo están teóricamente por la psicología, y vemos, no solamente á individuos aislados, sino á clases enteras, no desarrollar más que una parte de sus facultades. Esto depende de que los antiguos recibían su forma espiritual de la naturaleza, que todo lo une, y los modernos la reciben del entendimiento, que todo lo separa. División de las ciencias hasta el infinito; ruptura entre la razón intuitiva y la razón especulativa; ruptura entre la imaginación y la abstracción; el Estado convertido en grosero mecanismo, al revés de aquellos Estados antiguos, «verdaderos pólipos, donde cada individuo gozaba de una vida independiente, y podía, en caso necesario, considerarse como un todo»; discordia entre la Iglesia y el Estado, entre las leyes y las costumbres, entre el goce y el trabajo, entre los medios y el fin, entre el esfuerzo y la recompensa. El hombre, encadenado eternamente á un solo y pequeño re-
tazo de la totalidad, sin desarrollar nunca la armonía de su sér, ni imprimir á su naturaleza el sello de humanidad, sino recibiendo pasivamente la huella de la ocupación á que se entrega ó de la ciencia que cultiva. La letra muerta, usurpando los fueros del espíritu vivo, y la memoria los del ingenio y el sentimiento; el desarrollo anormal de las funciones particulares, contrariando y esterilizando el fin total del hombre, sacrificado inhumanamente al genio de la especie. La tensión de las fuerzas espirituales aisladas puede crear hombres extraordinarios, pero sólo el equilibrio de estas fuerzas produce hombres perfectos y felices. Quizá lleguen á serlo las generaciones futuras; pero nosotros, para prepararles tal bienandanza, para que ellas puedan desarrollar por medio de una libre cultura la naturaleza humana entera, nos habremos consumido obscuramente en trabajos serviles, llevando impreso, por miles y miles de años, en nuestra naturaleza mutilada, el sello infamante de la esclavitud (1).

(1) Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, IV, I, 80.

Claro está que en el curso de estas ideas de Schiller hay mucho de verdadero. En la antigüedad, las fiestas públicas, los monumentos, los espectáculos, la vida política, no eran más que ramas diversas de una misma obra de religión y de arte, viva, general y visible. Pero esto no prueba la mayor prodigalidad del *superhombre* en el sentido de Nietzsche: más bien puede invocarse en favor de la concepción opuesta. Como lo ha demostrado Schelling (1), si la mitología griega encierra una acepción infinita y símbolos para todas las ideas, es porque se ha formado lentamente en el seno de un pueblo, lo cual no nos permite creer en un designio premeditado y armónico. Revelaría insigne ceguera no convenir en ello.

Por otra parte, ¿es cierto, como asegura Nietzsche y repite Baroja, que en nuestra sociedad no existe el grande hombre, que éste es un ejemplar de épocas pasadas? Podría uno contentarse con responder á esta afirmación que somos tan incapaces de darnos cuenta de lo último como incapaz sería un contemporáneo de San Pablo de darse cuenta de lo que éste llegaría á representar y ser á los ojos de la posteridad. Nuestras observaciones en este punto nos autorizan sólo para hablar de nuestra experiencia, la cual abarca una pequeñísima parte del tiempo indefinido. Nuestra mirada penetra sólo en una barranca ú hoz de la inmensa sierra de la Historia; ¿cómo, pues, nos atrevemos á juzgar el carácter de toda la montaña por las rocas de esta última hondonada?

Y, por desgracia para Nietzsche, á juzgar por lo que comparativamente sabemos mejor de los pretendidos *superhombres*, si concedemos á la ciencia social sus derechos sobre ellos, hay una razón que viene á hacerlos cada vez más extraños á la evolución de la especie, á menos de concebir su carácter personal más nulo de lo que se nos pinta generalmente. En efecto: empezando por Zoroastro, el favorito de Nietzsche, nos hallamos con que no sabemos si ha existido. Las recientes opi-

(1) Véase á Joly, *Psychologie des grands hommes*, I, III.

niones de sabios de escuelas tan diversas como Darmesteter (1), Harlez (2) y Broglie (3) justifican las hipótesis de que no ha habido Zoroastro en el mundo, ó que se trata sólo de un personaje ~~rústico~~, figurativo de la borrasca. Idéntico resultado arrojan sobre Buda las investigaciones de Senart (4), Mariano (5), Bennet (6) y Oldenberg (7); todo es mito en Buda, no hay en él un rastro de historia. Su religión, como la de Zoroastro, fué floración espontánea de una comunidad y de una época.

En otro orden de creaciones, como en la de las leyes de Licurgo, se ha reconocido un impersonalismo semejante. No tenemos ya á Licurgo ni á ningún otro legislador entre sus autores: se miran como el producto de ciertas condiciones y necesidades de carácter impersonal.

Partiendo de la misma idea, se han considerado cada vez como más impersonales por los historiadores los orígenes del pueblo judío. Este pueblo en sus principios era, como lo fueron también en sus comienzos tantos otros pueblos que han desempeñado un papel en la Historia, un conjunto de tribus heterogéneas. La tradición dió á estas tribus un número redondo, *doce*, y se transportó á los tiempos primitivos un *parentesco* que se dedujo más tarde de una manera abstracta; y la tradición, para mejor establecer este número, imaginó un árbol genealógico común (8). Algo semejante se observa en relaciones posteriores de distinto carácter. Los salmos, por ejemplo, esas magníficas concreciones del alma del creyente, que hoy sirven, en el culto cristiano, de plegaria individual, ¿fue-

(1) *Ormuzd et Ahriman*, I, 1.

(2) *Dictionnaire apologetique*, art. ZOROASTRE.

(3) *Problèmes et conclusions de l'histoire des religions*, 334.

(4) *Essai sur la légende du Bouddha*, 440.

(5) *Buddismo et cristianesimo*, I, 2.

(6) *Life of Gundama*, III.

(7) *Buddha und sein leben*, 103.

(8) Gumpłowicz, *Der Rassenkampf*, V, 47.

ron siempre fórmulas de libre expansión anímica? Todo lo contrario. En su origen, han comenzado por expresar los sentimientos tradicionales de la colectividad; eran oraciones colectivas, formalistas, y formaban parte del ritual de los sacrificios, del de las fiestas y del servicio del templo. Según la hipótesis exegética y filológica más plausible, el *yo*, en boca de quien son puestos ciertos salmos, no es el poeta mismo ni un individuo, sino la comunidad personificada.

¿Qué más? La existencia y realidad misma de Jesucristo, más próxima á tiempos históricos mejor escudriñados, ha sucumbido ante las nuevas críticas. Hoy, como en tiempo de Strauss, la vida de Jesucristo está envuelta en tinieblas; su personalidad, puesta en duda. Se continuará hablando de la *vida de Jesucristo* como se habla de la *salida del sol*, aunque se sepa positivamente que el sol no sale ni se pone. Ni ¿cómo podía ser de otra manera? Constantemente se repite por todos que el Cristianismo es una obra demasiado compleja para haber sido hecha por un solo hombre. Algunos miran con miedo esta conclusión; pero yo sostengo, en oposición á esos teólogos y creyentes pusilánimes, que es preciso acabar por comprender que el creer en un Cristo ideal, cuyo carácter se ha fijado según las diferentes épocas y etapas de la cristiandad, es tener un concepto tan elevado de nuestra religión como el creer que desde el principio se poseyó un Cristo histórico verdadero con todas las imposibilidades y todas las contradicciones contenidas en esta figura. ¿No hay cierta grandeza en mi modo de concebir el Cristianismo primitivo como una obra mística que lentamente fueron construyendo aquella legión de oscuros obreros, cuyos nombres no conserva la Historia? Es curiosa la confesión que se escapa á Renán (1), el gran enemigo de la mitología de los Evangelios y de su impersonalismo: «Inmensa ventaja para los libros destinados á conseguir popularidad, el ser impersonales. Lo obscuro de los

(1) *Nouvelles études d'histoire religieuse*, 200.

orígenes es condición de prestigio: el conocer al autor rebaja la obra y nos hace entrever, á pesar nuestro, detrás de los pasajes más hermosos, á un escritor ocupado en pulir frases y combinar efectos. Wolf ha puesto como primera condición para admirar en serio á Homero que consideremos la *Iliada* y la *Odisea*, no como el fruto de las vigilias de un poeta que compusiese reflexivamente, sino como la creación impersonal del genio épico de Grecia. El encanto de la Biblia proviene en parte de que con frecuencia se ignora quién es el autor de cada libro. Los fragmentos que componen la segunda parte del libro de Isaías, *Levántate, resplandece, Jerusalén*, ¡cuánto más bellos nos parecen si escuchamos en ellos el grito de esperanza de un poeta desconocido, quizá el más grande de todos, anunciando durante el cautiverio la gloria futura de Sión! Precisamente lo grande está en que el autor se ha olvidado de sí propio hasta el punto de no poner su nombre al frente de su obra, ó en que su libro ha reflejado tan fielmente el pensamiento de una época, que la humanidad misma sustituye, digámoslo así, al autor; y éste adopta como suyas las páginas que aquélla reconoce haber inspirado».

También Heine (1) sigue este mismo derrotero. «¡Cosa extraña! Se ignora casi siempre cuál sea el autor de los libros más admirables, el creador de los poemas, de los edificios y de los monumentos más nobles del arte. ¿Cómo se llama el arquitecto que ideó la cúpula de Colonia? ¿Quién ha pintado bajo esa cúpula el retablo donde están tan admirablemente representados la encantadora Madre de Dios y los tres reyes magos? ¿Quién ha compuesto ese libro de Job que ha consolado á tantas generaciones de hombres afligidos? Los hombres olvidan con demasiada facilidad los nombres de sus bienhechores; los nombres de los buenos y de los nobles que han trabajado para la felicidad de sus conciudadanos, encuéntranse rara vez en boca de los pueblos; su tosca memoria no conserva más

(1) *De l'Allemagne*, V, 4.

que los nombres de sus opresores y de los crueles héroes de la guerra... El árbol olvida al silencioso jardinero que le ha preservado del frío, regado en tiempo de sequía y protegido contra los animales dañinos; pero conserva con fidelidad los nombres que se graban en su corteza con instrumento cortante, y los transmite á las razas venideras en caracteres cada vez más grandes».

El ilustre poeta revolucionario Víctor Hugo (1) ha escrito sobre la misma cuestión una frase mucho más enérgica aún: «Las cosas verdaderamente grandes no son obras de un hombre, sino que lo son de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas; las tres jornadas de Julio también lo son».

Por mi parte, mientras no se me demuestre, verbigracia, que el Cid existió (y es cosa bastante difícil de demostrar), seguiré negando la realidad de ese *superhombre* y viendo en él la forma legendaria y personal que tomó el militarismo de la Edad Media. Y extendiendo á los tiempos modernos mi criterio, dudaré todavía de otros *superhombres* celebrados que hayan sido otra cosa que la encarnación más brillante de la institución que representan, y cuya entrada en la vida pública pueda parecerse real y verdaderamente á la de esos buques de gran porte que ponen en revolución las aguas de un puerto. ¿Respóndeseme con el cuento de Napoleón y sus hazañas? Bah, ya os tiene dada la réplica el atravesado Emerson (2), y eso que se trata de un terrible defensor de la individualidad en la historia. «La clase democrática es la clase de la industria y el talento; Napoleón, su representante genuino... Si Napoleón fué Francia, si Napoleón fué Europa, fué porque el pueblo á quien regía eran pequeños Napoleones... El instinto de todos los hombres activos, bravos y hábiles de la clase media señala á Napoleón como el representante de la democracia. Tiene sus virtudes y sus vicios; tiene su espíritu y su ideal. Es una ten-

(1) *Ensayos sobre política y literatura*, 16.

(2) *Representative men*, IV.

dencia material que sólo busca éxitos sensuales y que emplea los medios más ricos y más diversos para llegar á este fin. Viven entre poderes mecánicos, y son altamente intelectuales, muy instruídos y de gran talento, pero subordinan todas sus fuerzas intelectuales y espirituales á los medios del éxito material. Ser rico: he aquí el fin... El hombre de la calle encuentra en Napoleón las cualidades de los hombres que se tropiezan por la calle. Ve que es un ciudadano como él, y que, por sus méritos nada incomprensibles, llegó á tal posición que podía permitirse todos los gustos que ambicionan los hombres: buena sociedad, buenos libros, rápido viajar, vestidos innumerables, criados, importancia personal, pronta ejecución de sus órdenes, actuar de bienhechor con todos los que le rodeaban, saborear el placer de ver cuadros y esculturas, oír música, tener palacios y honores: precisamente todo lo que satisface el corazón de un hombre del siglo XIX... Es absolutamente cierto que un hombre que, como Napoleón, se adapta á la inteligencia de las masas, resulta no sólo representante, sino también monopolizador y usurpador de todas ellas. Así, Mirabeau plagiaba todos los buenos pensamientos y todas las hermosas frases que se pronunciaban en Francia... Refiere Dumont que, estando él sentado en la galería de la Convención, oyó una conversación de Mirabeau. Se le ocurrió á Dumont que podría ponerla en forma de discurso, y lo escribió inmediatamente, enseñándoselo á lord Elgin, que estaba junto á él. Lord Elgin lo aprobó, y Dumont, por la noche, se lo enseñó á Mirabeau. Mirabeau lo leyó, y juzgándolo admirable, dijo que había de incorporarlo en su discurso del día siguiente. *Es imposible* —dijo Dumont,— *porque, desgraciadamente, se lo he enseñado á lord Elgin.—Aunque se lo hubiera usted enseñado á lord Elgin y á cincuenta personas más, yo lo he de decir en el discurso de mañana;* y en efecto, lo incluyó, y con gran éxito, en su discurso. Porque Mirabeau, con su poderosa personalidad, comprendía que estas cosas inspiradas por su presencia eran tan suyas como si él mismo las hubiera dicho, y que al

apropiárselas les imponía el sello y respeto de su personalidad... Bonaparte fué el ídolo de los hombres ordinarios, porque poseía en grado eminente las cualidades de estos hombres. Hay cierta satisfacción en descender al campo de su política, porque allí nos vemos libres de zalamerías é hipocresías. Bonaparte trabajaba en común con la gran clase que representaba, por el poder y por la riqueza».

En suma: Emerson reconoce aquí claramente que el grande hombre debe clasificarse sin vacilaciones con todos los demás fenómenos de la sociedad que le dan nacimiento, es decir, entre los productos de estados anteriores de esta sociedad. Lo cual se comprueba por la forma misma de su destino en ella. Es una ley de la Naturaleza la de que los iniciadores mueran inmediatamente después de haber cumplido con su obra de iniciación. Creo que Ballanche ha dicho algo parecido. Pienso á menudo en ello cuando reflexiono en el destino de Napoleón y en que el mundo soporta al genio tan sólo cuando éste se somete á sus leyes (1). Emerson nos da derecho á pensar así con sus confesiones sobre Napoleón.

Pero si por esto cree el lector que Emerson ha colocado á la masa total muy por encima de la creencia en el genio y en la individualidad, y supone que después de consignadas estas citas no queda ya nada que añadir, modificará seguramente su opinión cuando lea el siguiente párrafo: «La humanidad se ha sometido y sujetado en todas las edades á unas pocas personas, que, ya por la cualidad de la idea que encarnaban ó ya por la amplitud de su receptividad, tenían derecho al cargo de guías y legisladores». Es decir, que tal como Emerson la concibe, la historia universal, la historia de lo que el hombre ha cumplido en el mundo, es en el fondo la historia de lo que los grandes hombres han realizado. Pero esos grandes hombres, ¿son una casta? ¿son cosa del destino? ¡Ah! ¡Emerson, como

(1) Lessing ha podido por esto definir el genio como *la más alta conformidad con la ley*.

Nietzsche y todos los anarquistas intelectuales, no ha leído más que la novela de la sociedad, no su historia! La sociología se pronuncia categóricamente contra la acción exclusiva del grande hombre, como generalmente lo hace contra todas las concepciones relativas á la existencia de una individualidad superior al género humano en conjunto. Si hay en tal ciencia una ley bien determinada, es la de la evolución integral, que establece que un hombre de genio no puede ser la expresión de todos los siglos; que su inteligencia es necesariamente traspasada un día ú otro por el pensamiento ó, mejor, por la voluntad humana en marcha; que la verdad descubierta por él no es la verdad completa, sino un simple medio para descubrir nuevas verdades, un eslabón de una cadena sin fin.

Hay también otra ley sociológica que se opone al sistema de Emerson y de Nietzsche. Es la ley de la continuidad histórica, según la cual un hombre de genio es siempre más ó menos la expresión de su siglo, no siendo posible referir á él todo el honor de sus creaciones. En el sabio ó en el espíritu de acción más original se pueden ir contando uno por uno los hilos del telar ajeno que han ido entrando en la trama. ¿Cómo así, si el progreso social no se explicase más que por el genio ó la individualidad superior? Nota Spencer (1) muy acertadamente, que para semejante cuestión no hay más que dos respuestas posibles: ó el origen del grande hombre es sobrenatural, ó natural. En el primer caso, se trata de un dón celestial dado á la masa total de hombres y creado sin ellos y

(1) Spencer es de los que atribuyen conmigo toda ó casi toda la virtualidad de las transformaciones históricas á la colectividad humana. Aun en su notable artículo de rectificación *What is social evolution* (publicado en *Nineteenth Century*, Octubre 1898), al defenderse contra Mallock, que le había reprochado desconocer el papel de los grandes hombres en el progreso, y afirmar que éstos pueden facilitar la evolución, insiste en que «su acción queda como muy secundaria». Véase mi artículo sobre el *Papel de los grandes hombres en la Historia* (publicado en LA ESPAÑA MODERNA, Abril 1902).

fuera de ellos, y vamos á parar al principio teocrático (1), y la ciencia no tendrá derecho ni medios de buscar su origen; pero si es obra colectiva, si presenta una evolución y un desarrollo regulares, es posible llegar por inducciones legítimas hasta su raíz, y convencerse de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara... ni para el sociólogo. Gautier (2) dice con gran verdad: «Es un error creer que toda la gente que ha pasado por genios eran realmente hombres más grandes que los otros; no se sabe lo que los discípulos y los pintores oscuros que Rafael empleaba en sus obras han contribuído á su reputación; él ha dado su firma al talento de varios; esto es todo. Un gran pintor, un gran escritor, ocupan y llenan solos todo un siglo; nada les corre más prisa que tentar á la vez todos los géneros, á fin de que si les sale algún rival puedan desde luego acusarlo de plagiarlo y detenerlo en los primeros pasos de su carrera; es una táctica conocida, que no por ser muy vieja deja de producir siempre efecto. Puede darse el caso de que un hombre ya célebre tenga precisamente la misma clase de talento que otro hubiese tenido, y, so pena de pasar por su imitador, está obligado á desviar su inspiración natural y conducirla por otros cauces. ¿Había uno nacido para soplar á pulmón lleno en la trompa heroica ó para evocar los pálidos fantasmas de los tiempos pasados? Pues hay que resignarse á pasar los dedos sobre la flauta de siete agujeros ó á desatar nudos sobre un sofá, en el fondo de un

(1) En efecto: la teoría del *superhombre* es una teoría de pura cepa religiosa. Un escritor católico, Gerlache, la había formulado mucho antes de Nietzsche en estos términos: «El talento fué dado por Dios á algunos para iluminar y guiar á los débiles por el camino de la verdad... Impedir que el talento cumpla esta misión divina es un sacrilegio». Los mismos anarquistas que han conservado el espíritu cristiano y los hábitos del pietismo, como Tolstoi, llegan á proposiciones extrañas. Tolstoi cree que, en lo futuro, lo que debe mantener unidos en sociedades á los hombres ha de ser el influjo espiritual de los individuos más progresivos en el conocimiento sobre los más atrasados.

(2) *Mademoiselle de Maupin*, XI.

tocador, todo porque vuestro señor padre no se tomó el trabajo de echaros al mundo diez ó doce años antes, y porque el mundo no concibe que dos hombres cultiven el mismo campo. Así es que muchas inteligencias vense forzadas á seguir un camino que no es el suyo y á bordear continuamente el campo de que han sido desterradas; y aún se juzgan felices con echar una mirada de soslayo por encima de la cerca y ver abrirse al sol las hermosas flores matizadas cuya semilla poseen, y que no pueden sembrar por falta de terreno».

Esta elegante página es digna del escritor que más adelante dice: «Los hombres de genio son de muy pocos alcances, y por esto son hombres de genio; la falta de inteligencia les impide advertir los obstáculos que les separan del objeto á que se dirigen; van á él, y en dos ó tres zancadas recorren el espacio intermedio. Como su espíritu permanece obstinadamente cerrado á ciertas corrientes y no perciben sino las cosas más inmediatas á sus proyectos, hacen muy poco gasto de pensamiento y de acción; nada les distrae, nada les desvía, obran más por instinto que por otra cosa, y muchas veces, si salen fuera de sus dominios particulares, son de una nulidad incomprensible».

No existe evidentemente, desde el punto de vista de las ideas psicológicas, excusa alguna posible para los que aíslan al genio del resto de los hombres; pero más inexcusables son los que exageran su influencia en éstos, desde el punto de vista de las ideas sociológicas. Podría confirmar aún más lo último analizando las definiciones que del genio se han hecho, desde la fórmula vaga y pretenciosa de Víctor Hugo: «los grandes hombres son los coeficientes de su siglo», hasta la solemne vaciedad de Nietzsche: «Los grandes hombres son como las grandes épocas, materias explosivas, enormes acumulaciones de fuerzas» (1). Pero lo que importa no olvidar es que éstos

(1) *El crepúsculo de los ídolos*, 128. Nietzsche admite en todo su rigor la anticuada é insignificativa teoría del *derecho* del genio ó del hombre

no son hechos aislados, sino que tienen causas psicológico-colectivas, y pueden explicarse sociológicamente. Esta explicación da al propio tiempo á conocer las causas de ese escepticismo sociológico que renuncia á explicar científicamente los fenómenos sociales, por no considerar en el curso de la civilización más que el recuerdo de las personas notables y de sus acciones. Toda vez que en esta creencia, no formulada quizá netamente, pero implícitamente aceptada, estamos educados casi todos, conviene que para los lectores menos versados en ciencia social tracemos un breve y somero bosquejo que ponga á la vista de dónde viene, copiándolo en todo lo esencial de un escrito de Spencer (1). La cosa debió de haber pasado de la manera siguiente:

Reunidos alrededor del fuego de su campamento, los salvajes cuentan los fastos de caza de la jornada; el que entre ellos ha dado alguna prueba de destreza ó habilidad, recibe el tributo de alabanzas que le es debido. A la vuelta de una expedición militar, la sagacidad del jefe, la fuerza y el valor de tal ó cuál guerrero, son los asuntos que siempre se tratan. Cuando el día ó los recientes acontecimientos no suministran hechos notables, se habla de las hazañas de algún jefe famoso recién muerto, ó bien de un fundador legendario de la tribu; algunas veces se entregan á una danza, que representa de un

superior, y la defiende con una candidez y unos argumentos que me han recordado más de una vez el chistoso apólogo del *zorro confesor*. Los animales, deseando confesarse, eligieron al zorro como el más discreto para juzgar y aconsejar. Muerto de miedo el pobre zorro, responde al león, que le relata mil atrocidades, que son pecadillos veniales sin los cuales no podría desarrollar cumplidamente su vigorosa y arrogante naturaleza. Al tigre le contesta que todas las hazañas sanguinarias y de carnicería de que se acusa tienen perdón, y hasta son loables desde cierto punto de vista. Lo mismo hizo con la hiena y con otros animales feroces. Por último: el asno, que confesó haber comido unas espigas de trigo en cierto campo, fué su víctima: le acusa de haber triturado la materia del Santísimo Sacramento, y le condena á muerte, con la aprobación de los demás animales.

(1) *Study of sociology*, II.

modo dramático las victorias recordadas en los cantos. Estos relatos, relacionándose con la prosperidad y la existencia misma de la tribu, presentan el más vivo interés; en ellos encontramos la raíz común de la música, del drama, de la poesía, de la biografía, de la historia y de la literatura en general. La vida salvaje apenas presenta otros sucesos que merezcan ser notados; la crónica de las tribus apenas contiene otra cosa que valga la pena de mencionarse.

Lo mismo acontece con las primeras razas históricas. Los frescos de los egipcios, las pinturas naturales de los asirios, representan hazañas de sus grandes hombres; las inscripciones, como las de la piedra moabita, no cuentan más que las acciones de los reyes; sólo por inducción se pueden sacar otras enseñanzas de estos documentos primitivos: pinturas, jeroglíficos é inscripciones. Lo mismo se puede aplicar á las epopeyas griegas. Aunque incidentalmente, nos enseñan que había ciudades, barcos, guerra, convoyes de guerra, marinos, soldados para combatir y dirigir el combate; sin embargo, el objeto directo es poner en evidencia los triunfos de Aquiles, las proezas de Ajax y la prudencia de Ulises, y otras cosas análogas.

Las lecciones dadas á todos los niños civilizados implican, como las tradiciones de los bárbaros ó de los semicivilizados, que en todo el pasado de la raza humana, las acciones de los personajes notables son las únicas cosas dignas de mención. Cómo Abraham se fué á este ó á otro sitio; cómo Samuel transmitía los mandamientos divinos, á los cuales Saúl obedecía; cómo David contaba sus aventuras del tiempo en que era pastor, y cómo fué reprendido por sus malas acciones cuando rey; estas personalidades y otras análogas, he ahí los hechos que interesan al lector de la Biblia, y fijándose en las cuales es catequizado; las indicaciones relativas á las instituciones judías, que inevitablemente se deslizan en la narración, no tienen importancia para él ni para sus maestros. De la misma manera, cuando, de pie y con las manos atrás, recita

su lección de historia, ¿qué se le da á aprender? Debe decir cuándo y por quién Inglaterra fué invadida, qué jefes resistieron á la invasión y cómo fueron muertos; lo que hizo Alfredo y lo que dijo Canuto; con quién combatió en Azincourt y quién le venció en Flodden; qué rey abdicó y cuál otro usurpó el trono; etc. Si por una casualidad viene á colegir que había siervos en aquella época, que los barones eran soberanos locales, que unos eran vasallos de otros, que su subordinación al poder central se operaba poco á poco: éstos son hechos que se tratan como secundarios.

Lo mismo sucede cuando el joven pasa á manos de su maestro de humanidades. «Las armas y el hombre» son el fin y el principio de la historia. Después de la mitología, que naturalmente es esencialísima, se pasa á los méritos de los gobiernos y de los soldados, desde Agamenón hasta César. El conocimiento que se adquiere de la organización social, de las costumbres, de las ideas, de la moral, apenas se extiende más allá de lo que puede deducirse de las enseñanzas biográficas. El valor de la ciencia está tan singularmente evaluado, que sería vergonzoso no estar instruído en los amores de Zeus, ó no poder nombrar al que mandaba en Maraton, mientras que es lícito ignorar en absoluto el estado social que existía antes de Licurgo, ó el origen y las funciones del Areópago.

Así la teoría del gran hombre en la historia halla siempre espíritus dispuestos á aceptarla (en el fondo no es más que la expresión precisa de lo que existe en estado latente en el pensamiento del salvaje, de lo que está implícitamente afirmado en todas las tradiciones primitivas, y de lo que se enseña á cada muchacho por medio de innumerables ejemplos). La facilidad con que se acepta tiene causas más especiales.

Citemos, en primer lugar, la universal afición á las personalidades, que era una cualidad activa en el hombre primitivo, y que domina todavía. En el niño que os pide le contéis un cuento, es decir, las aventuras de alguno, este gusto es manifiesto; en los adultos se satisface con los relatos de crímenes,

asuntos de divorcio, sucesos lamentables, nacimientos, matrimonios y defunciones; en las conversaciones callejeras se observa con no menor exactitud; los fragmentos de diálogos que oímos al pasar, prueban que, casi siempre entre hombres y siempre entre mujeres, los pronombres personales se repiten á cada instante. Si queréis apreciar el talento de una persona, no tenéis mejor medio que observar qué proporción guarda en sus conversaciones de las generalidades á las personalidades, en qué grado reemplazan á las verdades simples (concernientes á los individuos) las verdades abstractas, deducidas de numerosas experiencias sobre los hombres y las cosas. Cuando hayáis examinado de esta suerte á muchos hombres, sólo encontraréis un corto número que estén habituados á considerar la marcha de la humanidad de otro modo que desde un punto de vista biográfico.

En segundo lugar, esta teoría del gran hombre se recomienda, porque es ocasión de diversión al mismo tiempo que de instrucción. Cuando gusta oír contar las acciones y palabras de los hombres, es agradable oír que para comprender la marcha de la civilización basta leer con atención la vida de los hombres distinguidos. ¿Puede haber doctrina más seductora que ésta? Dando satisfacción á un instinto estrechamente ligado con el que sienten las comadres del pueblo, informándose por la lectura, como lo harían por la conversación, de los hechos notables que atañen á personalidades notables, adquiriréis una ciencia que os hace comprender por qué las cosas han pasado en el mundo de tal y cuál modo, y que os permite formaros una opinión exacta sobre todas las cuestiones, de las cuales debéis ocuparos como ciudadano.

En tercer lugar, las explicaciones á que llegáis por este medio son admirablemente sencillas, y parecen muy difíciles de comprender. Aunque os disgusten los conceptos, como á tantas personas les disgustan, las soluciones que obtenéis presentan un aspecto muy satisfactorio. Así como la teoría del sistema solar, según la cual los planetas han sido lanzados en

sus órbitas por la mano del Todopoderoso, parece aceptable mientras no se insiste en saber exactamente lo que hemos de entender por la mano del Todopoderoso; de la misma manera que las creaciones especiales de las plantas y de los animales parecen una hipótesis sostenible, en tanto que no queramos figurarnos con precisión el procedimiento mediante el cual una planta ó un animal puede ser súbitamente llamado á la existencia: igualmente el desarrollo de las sociedades, por la acción de los grandes hombres, puede admitirse mientras nos atengamos á las nociones generales sin querer particularizarlas.

Así, pues, la teoría del *superhombre* sólo se concibe en los tiempos primitivos, en que los rebaños humanos adoraban á los jefes que se apoderaban del poder, sea material ó espiritualmente (sacerdotes, poetas, hechiceros, etc.). Hoy, no obstante, algunos sociólogos siguen sosteniendo que para que un grupo social pueda adelantar es preciso que aparezca un individuo de raza superior que descubra nuevas verdades, ó que sintetice los detalles recogidos por el grupo (1). «Los genios, dicen, desaparecerán sin dejar huellas, si la sociedad, guiada por la ciencia, no se preocupa de conservar, mediante una cultura apropiada, los últimos vestigios de una humanidad superior, á la cual debemos en gran parte nuestra civilización, y de la que depende también su ulterior progreso».

En otra parte, y con el mismo objeto que aquí, he combatido el exclusivismo en la concepción del progreso. Este no es ni puede ser, al menos como relación actual y común á los hombres de una época, un simple aprovechamiento de los trabajos de los genios que han ilustrado el globo; hay en él algo impersonal, algo netamente específico, algo que supera al individuo, por lo mismo que éste no tiene más que apropiarse lo

(1) «El predominio de la síntesis es característico en el genio», dice el Dr. Winiarski en *L'Humanité Nouvelle*, exponiendo su teoría de los grandes hombres.

que existe, lo que ha tomado de una manera lenta derecho histórico y forma objetiva. Cada hombre de nuestros días puede franquear en veinte años la distancia que la humanidad ha franqueado en veinte siglos; pero la educación obra este prodigio poniéndole en relación con la *humanidad entera* á través del espacio y del tiempo, con todo lo que es conquista penosa de los combates del género humano, y no solamente con las grandes personalidades de la historia. Estas mismas personalidades, si siguen siendo superiores á la masa de épocas más adelantadas, es en lo que tienen de particular, de propio, no en lo que adquirieron del medio. Por esta razón, hasta el nominalista Stuart Mill halla absurdo que «nos gloriemos de haber superado las grandes inteligencias de Platón y Aristóteles, porque podemos preservarnos ahora de muchos errores en que cayeron ellos quizá inevitablemente; el que cuida de la caldera de una moderna máquina de vapor, produce con su ejercicio efectos mucho mayores que Milón de Crotona, pero no por esto es un hombre más fuerte». Y el buen Delbœuf tiene razón en decir: «Valemos más que los antiguos, no en el sentido de que lo que han hecho tenga menos valor que lo que hacemos nosotros, puesto que sus obras sirven de fundamento á las nuestras, sino en el sentido de que si, por un imposible, un Aristóteles ó un Santo Tomás pudiesen volver al mundo tales como fueron en su época, no serían quizá sino unos talentos medianos; sus cerebros hallarían gran dificultad en comprender mil cosas que nosotros comprendemos sin trabajo; quizá se negarían á adoptar el sistema de Copérnico. *No hemos, pues, de pedirles luces en todas las cosas*». Dice Max Nordau en el mismo sentido: «La mayoría significa en último análisis el pasado; la minoría puede significar lo porvenir, si ha puesto á prueba su originalidad. Aristóteles, el padre del saber actual en la mayor parte de los dominios del conocimiento, no podría hoy salir airoso en el examen del bachillerato, si se exceptúa en la asignatura de lengua griega, que por otra parte acaso tampoco había profundizado como un

filólogo de nuestros días. La teoría de Harvey sobre la circulación de la sangre, que pareció á sus contemporáneos algo así como una rebeldía contra la verdad reconocida hasta entonces, se enseña hoy sin el menor tropiezo en las escuelas primarias; y el genio que hoy se aísla desdeñosamente de la muchedumbre y se enorgullece de no tener nada de común con ella, por pensar y sentir de otro modo y por no ser por ella comprendido, el genio éste quizá se extrañaría si pudiera volver al mundo dentro de mil años, oyendo á los chiquillos expresar sus ideas más personales y más pasmosas con la misma naturalidad y de un modo tan corriente como se dan los buenos días».

Para determinar la razón de esta relación entre el genio y el medio desde el punto de vista de la criteriología social, citaré la sentencia pronunciada por Galiani con motivo de la literatura y de la crítica de Corneille y de Voltaire. Dice el escritor italiano, entre otras cosas contenidas en su famosa carta á Epinay: «Del mérito de un hombre sólo su siglo tiene derecho á juzgar; pero un siglo tiene derecho á juzgar de otro siglo». Creer que el genio puede ir por un lado y el medio por otro, sin que mutuamente se dañen, es concebir la vida histórica de un modo abstracto y anticientífico. El genio no se adelanta á su siglo; se limita, como reconoció Hegel, á seguirle y á terminar la obra de todos. Los hombres, buscando la verdad, se asemejan, según el mismo Hegel, á los obreros que buscan un manantial; el terreno se abre poco á poco bajo los esfuerzos de todos; uno de ellos, á quien la casualidad ha puesto más cerca del manantial, exclama de repente: «Ved el agua», y quita el último obstáculo. Es el grande hombre. El lago entero se precipita sobre ellos y los anega rociándoles. ¿No se podría decir también, con Fouillé (1), que el grande hombre es aquel que adivina el manantial en el sitio en que nadie lo sospechaba, y que, hiriendo la roca, la hace brotar?

(1) *La nouvelle idée du droit*, II, 3.

Si, en oposición á este concepto tradicional, se convierte al hombre superior en lo que todo el regimiento de secuaces de Nietzsche quiere, neguemos la moral, neguemos la justicia; no gastemos tinta sin provecho en apoyar los ideales que animan á la sociedad. Yo no soy, no puedo ser de ese modo de sentir. He encontrado en un pensador creyente, cristiano, pero sin hipotecas, la doctrina verdadera expresada en términos de una precisión admirable, cual puede exigir el sociólogo más exigente, escrupuloso y académico. Y no tengo, en verdad, por qué ocultar su nombre: se llama *Chateaubriand*.

No dudo que esta mención va á levantar protestas, sonrisas y desdenes; pero ¡cómo ha de ser! las opiniones de ese superficial romántico se identifican con las mías. Aun cuando estemos dispuestos á admitir la absurda suposición de que la génesis del grande hombre es independiente de la sociedad en que ha nacido, no por eso habremos probado que el grande hombre pueda ejercer su acción sin hallarse rodeado de una población de caracteres, de inteligencias y de una organización pública, y sin que la sociedad haya heredado las riquezas materiales é intelectuales lentamente acumuladas en el pasado; pues ¿á qué sino á este progreso vamos á erigir un altar en la conciencia del grande hombre? Y por otra parte, ¿vemos que la vulgarización de sus inventos detenga el progreso de la ciencia, como debía necesariamente suceder, si la teoría que aquí combato fuese cierta? No; en uno y en otro caso, los autores de sistemas científicos ó sociales son siempre afectados, por el carácter del siglo en que viven. Ningún hombre puede escapar á la influencia de las opiniones que le rodean, y lo que se llama una filosofía ó una religión nueva no es generalmente una creación de nuevas ideas, sino más bien una nueva dirección de las ideas ya en uso entre los pensadores contemporáneos (1). Los mismos ingenios que hacen dar un gran paso á

(1) Así lo demuestra extensamente, con observaciones y datos muy originales, el célebre Buckle en su *History of civilization in England*, I, 1.

la ciencia media no están en realidad separados del promedio del desarrollo de su raza ó del desarrollo de los otros hombres de razas menos elevadas desde el punto de vista social, por el inmenso intervalo intelectual que supondría todo descubrimiento de la inteligencia si estuviese aislado de los que le han precedido. Pero no nos detengamos más en los distingos. La exposición de las opiniones y sentencias de los prometidos pasajes de Chateaubriand corre gran riesgo de retrasarse á este paso, y voy á hacerla seguidamente. Oigamos, pues:

«La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admírase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que le sigue». «Los hombres de genio son, por lo regular, hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suele acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, *antes de su siglo natural*, pasan desapercibidos y su gloria no empieza hasta que se inaugura el siglo á que debían pertenecer; si nacen demasiado tarde, esto es, *después de su siglo natural*, nada pueden y no llegan á conseguir una celebridad duradera. Excitan un momento la curiosidad, como la excitaría el viejo que pasease por las playas con el traje de su juventud. Los hombres de genio que llegan *demasiado tarde* son tan desconocidos como los que llegan *demasiado pronto*; pero no tienen, como éstos, un porvenir, una posteridad, una descendencia que establezca su gloria, y sólo pueden ser admirados por el pasado, por sus ascendientes y por el mundo público de los muertos».

Compárese con Víctor Hugo: «Las cabezas, como la de Napoleón, son el punto de intersección de todas las facultades humanas. Muchos siglos deben transcurrir para que vuelva á reproducirse este accidente». «Las revoluciones son principia-
das por hombres á quienes hacen las circunstancias, y termi-

nadas por hombres que hacen surgir los sucesos». «La Providencia es económica con respecto á los grandes hombres. No es pródiga así como quiera. Los envía y los retira en el momento oportuno, y nunca los pone al frente más que de acontecimientos adecuados á sus fuerzas y á su grandeza de ánimo», etc., etc.

Un sociólogo ilustre ha dicho que no hay grande idea de la cual pueda afirmarse con justicia que es producto de un solo ingenio. En este mismo sentido se mueven también las siguientes aserciones de Bellamy (1): «Todo lo que los hombres de hoy inventan más que sus antepasados, habitantes de las cavernas, hácenlo en virtud de los descubrimientos, invenciones y mejoras acumulados por las generaciones intermediarias, y gracias al mecanismo social é industrial que éstas nos legaron... Si se aprecia en 1.000 el producto del trabajo de cada hombre, 999 partes de ese trabajo son resultados de la herencia social y de las circunstancias ambientales». Esto es verdad, y aún más cierto del trabajo de nuestro cerebro que del de nuestras manos, como lo ha notado Kidd (2): «Basta un momento de reflexión para comprender que las pasmosas obras de la civilización moderna son ante todo la medida de la estabilidad y de la actividad social de los pueblos que las producen, y no de su preeminencia intelectual. Esas obras no suponen necesariamente que haya en nosotros mismos un desarrollo mental extraordinario. No son productos gigantescos de ingenios individuales, sino resultados de insignificantes acumulaciones de conocimientos elaborados lenta y fatigosamente por inmenso número de inteligencias, por espacio de innumerables generaciones pasadas; cada adición al acervo (*stock*) común facilita más toda nueva adición... Porque debemos recordar que los sabios cuyos nombres van unidos á los descubrimientos y á las invenciones más prodigiosas no han hecho en

(1) *Contemporary Review*, Julio 1890.

(2) *Social Evolution*, IX.

conjunto más que añadir una pequeña suma á la gran suma de nuestros conocimientos. Cuando el terreno ha sido preparado y allanado por un ejército de trabajadores, la idea fructifica al llegar la época de su sazón. El descubrimiento no es, en realidad, obra de uno solo, sino del gran número de individuos que lo prepararon. Las grandes ideas son producto del tiempo más bien que de los individuos; concíbese esta verdad cuando se recuerda el número de personas que pueden reclamar simultáneamente la gloria de tales descubrimientos. Así acontece con el cálculo diferencial, con la teoría de la conservación de la energía, con la teoría de la evolución, con la interpretación de los jeroglíficos, con la teoría de las vibraciones luminosas, con el invento de la máquina de vapor, con el análisis del espectro, con el telégrafo, con el teléfono y con otros muchos inventos que hacen época en la historia de la humanidad».

He combatido la filosofía anárquica de Nietzsche en su única teoría del *superhombre*, porque sin ser original—nada en él lo es—ha sido la más celebrada y la que mejor caracteriza su sistema. El resto es un juego de sombras para niños grandes, una sopa universal cuyos ingredientes están tomados de las escuelas modernas más disparatadas. Vaihinger ha señalado en ella siete tendencias fundamentales: es antimoralista, antisocialista, antidemocrática, antifeminista, antiintelectualista, antipesimista y antirreligiosa. Orestano añade que es antimetafísica, antiteológica y antirromántica. Nietzsche razonaba con una despreocupación extraordinaria. Era un ecléctico negativista. Su lema parece haber sido: asimilación de todas las negaciones. Y si, como ha dicho un escritor contemporáneo, las reputaciones del siglo XIX serán citadas algún día para probar su barbarie, la reputación de Nietzsche se citará, á buen seguro, para probar que sus contemporáneos éramos, no bárbaros, sino salvajes.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LA SERVIDUMBRE DE LA GLEBA EN ARAGÓN

El origen y las vicisitudes de la servidumbre de la gleba en Aragón no han sido hasta ahora materia de investigación especial, si bien han tratado de ella incidentalmente algunos escritores, al discurrir sobre la suma de exorbitantes facultades de los señores sobre sus vasallos rústicos, comprendidas bajo la denominación de potestad absoluta (1). Es uno de tantos capítulos aún por escribir de la historia social y económica de España en la Edad Media. El presente trabajo, basado sobre materiales en parte inéditos, aspira á facilitar el estudio de esta institución á los futuros investigadores.

Los hombres enajenados con su descendencia y con los predios que cultivan, en los documentos más antiguos que se nos han conservado de Urgel, Pallars, Sobrarbe, Ribagorza y Aragón, pertenecientes á los siglos xi y xii, son descendientes

(1) Asso: *Historia de la Economía política en Aragón*, págs. 32-36.—Muñoz: *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia...* el día 5 de Febrero de 1860. Madrid, 1860, págs. 16-20 y 50-53.—Pidal: *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, tomo I. Madrid, 1862, páginas 33-37.—Cárdenas: *Ensayo sobre la Historia de la propiedad territorial en España*, tomo I. Madrid, 1873, págs. 461-464 y 487-493.

Acerca de los siervos adscripticios aragoneses, designados con nombres árabes, he disertado recientemente en mi trabajo «Mezquinos y Exáricos. Datos para la historia de la servidumbre en Navarra y Aragón», publicado en el *Homenaje á Don Francisco Codera*. Zaragoza, 1904, páginas 523-531. En el presente artículo trato en conjunto de la servidumbre adscripticia de los cristianos, pues sobre la peculiar de los colonos de raza árabe discurrí ampliamente en aquel estudio.

de los siervos y colonos adscripticios del período visigótico. La escasez de brazos para el cultivo explica su persistencia, y que, á semejanza de ellos, otros entrasen por contrato en esta condición. La conexión geográfica y política, y la semejanza de las vicisitudes de estos territorios, explican la homogeneidad de esta como de algunas otras de sus instituciones civiles y políticas.

Las denominaciones usadas desde el siglo xi al xiii para los terratenientes de condición adscripticia en Aragón fueron las de *homines*, *meschini*, *collatii*, *casati*, *villani de parata*, rara vez la de *servi*.

El apelativo *de parata* con que se designa á los *villani* ó adscriptos aragoneses procede de la palabra *parata*, empleada en documentos de San Juan de la Peña del siglo xii (1), como en algunos de Castilla del siglo xi, para significar la renta ó censo anual, generalmente en especie, por lo menos en esta época, que pagaban al señor. Este nombre equivale, pues, al de *vasallos peyteros* de la misma clase en Navarra. Los Fueros de Santa Cristina en León, dados por Fernando I en 1068, y por Alfonso IX. en 1212, deponen en pro de esta conjetura (2). Dióse también, en el transcurso de los tiempos, á esta clase social los nombres de *collatii* y *vassalli servitutis*. Es de notar, á este propósito, que en todos los Estados cristianos de la Edad Media española se emplea la palabra *vassallus*, no sólo en el sentido técnico que tenía en el derecho feudal para expresar la relación de fidelidad y auxilio recíprocos engendrados entre los hombres libres por la recomendación y el homenaje, sino también para significar la dependencia de los

(1) Véase mi citado trabajo, pág. 525, n. 3.

(2) 1212. Hereditatem de Sancta Christina... debent dare... in parada quatuor panes denariales et unam octavam de vino et tres denarios pro carne et duas octavas de cevada.—Muñoz: *Colección de fueros municipales y cartas pueblas*, I. Madrid, 1847, pág. 224. El fuero de la misma población, de 1062, dice: «et darent parata una vice in anno.»—Ibíd., página 222.

súbditos para con el Rey, y de los arrendatarios adscriptos á la gleba respecto de su señor.

Mezquinos, villanos de parada, casados ó caseros y collazos constituyeron una misma clase social, denominada diversamente, según los tiempos y los lugares. Á contar desde el siglo xiv, desaparecen las antiguas denominaciones y prevalece, para designar á esta clase en conjunto, el nombre de *vassalli servitutis*. A los del rey se les llamaba *vassalli signi servitii*, lo cual encuentra su paralelo en los vasallos ó solariegos de *signal* de Navarra.

No eran solamente individuos ó familias aisladas los sujetos á este género de servidumbre. Gravitaba, á veces, sobre pueblos enteros. Ni fué tampoco exclusiva del reino de Aragón la potestad absoluta ejercida sobre ellos, sino que se extendió también á los lugares del reino de Valencia poblados á fuero de Aragón, y en ellos la ejercieron aun los señores eclesiásticos, como el obispo de Tortosa (1), lo cual no sucedía en Aragón.

El núcleo primitivo de los siervos de condición adscripticia en Aragón lo constituyeron individuos pertenecientes á la raza indígena, denominados sencillamente *homines* (2), y frecuen-

(1) 1324. Diploma de Jaime II al vicegerente del reino de Valencia: Cum secundum declarationem per Justitiam Aragone nobis missam venerabilis Dertusensis Episcopus interficere possit fame frigore et siti habitatoris loci sui de Almagora secundum forum Aragone populati inter se crimina comitentes nisi in quatuor casibus dumtaxat in ipsa declaratione contentis.—Archivo de la Corona de Aragón: Cartas reales de Jaime II.

(2) Siglo xi. El conde Guillermo concede al monasterio de Santa María de Ovarra unum hominem in castro sancto Stephano nomine Ramione et uxor sua Facchilo cum filiis et filiabus eorum et cuncta proenine que de eis egressura est usque in seculum... cum omnia que nunc abent vel augmentare potuerint, ipsi et filii eorum usque in perpetuum perenniter servituros. Documento particular del monasterio de Ovarra, núm. 50.—Archivo Histórico Nacional.—1093. Pedro Sanz cambia con la iglesia de Roda propter illo alodem... qui fuit de Rodlan in castro Aquilanido uno homine quem ego ibi tenebam ad mea propria dominatura cum toto quantum ad illum pertinet. Et similiter dono alium meum hominem quem tenebam... in Castilgone... cum totum quantum illi pertinebat et tenebat

temente también *meschini* (palabra que en árabe significa pobre, miserable), transmitidos por título oneroso ó gratuito juntamente con su posteridad, con la tierra en que residen y con todos sus bienes. El nombre de *homines* se usa siempre, en cuanto he podido observar hasta ahora, en documentos de Sobrarbe y Ribagorza, como son los procedentes de los monasterios de San Victorián, de Ovarra y de Santa Cristina de Summo Portu; y el de *meschini* en los de Aragón, tomada esta palabra en sentido estricto, como en los de San Juan de la Peña y Montearagón (1). Menos frecuentes son las denominaciones de *collatii* y *casati* (2).

La fuente principal de este género de servidumbre era el nacimiento. Otro de los modos de entrar en ella era el matrimonio. Constituíase, á veces, la adscripción á la gleba no sólo por la herencia y el matrimonio, sino también mediante contrato. Ejemplo de esto ofrece el caso de varios lusitanos que, en 1088, huyendo del territorio dominado por los moros, buscaron

per me die quod ista carta fuit facta.—Cartulario de Roda en la Colección de Abad y la Sierra (copia del siglo XVIII).—Biblioteca de la Academia de la Historia.—Donación de Alfonso I á Iñigo de Ayuso: Concedo tibi in Casala uno homine per nomine Eneco Azenarez cum sua hereditate et cum sua muliere nomine domna Santia et cum suos filios et suas filias et cum illo usatico quod ad me in illis pertinet toto ab integro.—Cartulario de Santa Cristina de *Summo Portu* (saec. XIII), fol. 34 v.º-35.—Archivo Histórico Nacional.

(1) Véase mi citado trabajo, págs. 523-527.

(2) Siglo XII. Donación de Doña María al monasterio de Santa Cristina: de cases, peças, vineas, collaços... totos ipsos collaços de Irac... et totos collaços de Ucama, Santissa et Sarbice.—Documento particular de Santa Cristina de *Summo Portu*, núm. 29.—Archivo Histórico Nacional.—Siglo XII. Iñigo Jimenez dona á la Orden del Temple duos collacios in Sannes id est Blascho... et Sancio Cetatero... Maria Bertran dona... alios duos collacios in Sannes, Don Sebastian et illo ferreiro de Muro... et dono... Sancio Blascho de Muro cum sua hereditate.. et Martinum de la Lansada cum illa hereditate sue matris et... in Robres Gomiz de Oria cum sua hereditate.—Cartulario del Temple (saec. XII), fol. 162.—Archivo Histórico Nacional.—1134. Ramiro II hace donación á Blasco Fortún, de la villa de Sotero, cum omni suo censu quomodo ad regalem nostram vo-

refugio en el monasterio de San Martín de Cercito, y se hicieron siervos de él, recibiendo en cambio heredades que cultivar (1).

Estaba obligado el adscripto al pago de una renta al señor, consistente en parte determinada ó alícuota de la cosecha, generalmente la novena, á otras prestaciones y servicios, y á un impuesto arbitrario llamado *pregera* (*precaria*) (2).

cem ibi pertinent vel pertinere debent extra novem casatis quod ibi sunt de nostra criazone.—Cartulario de Montearagón (saec. XIV), fol. 40.—Archivo Histórico Nacional.

(1) 1088. Documento del monasterio de San Martín de Cercito: Hec est carta de illos losetanos qui exierunt de terra sarrazenorum, et avitaverunt in villa nomine Larrese... fecerunque se illi Losetani supranominati servi de Sancto Martino. Ille autem senior Euneo (prior del citado monasterio)... mandavit illis dare terras et vineas quam abebant in Borres villa... et cum ipsas vineas de Barres, qui erant jam ermas, dederunt illis in Larrese vineas subtus sancti Johannis de Saliellas, jam ermas, nisi tres argenzatas populatas, quod si postea potuerint claudere et adiungere iniennuas abeant; et illum malgolum de illa serra similiter si potuerint scamplare abeant et possideant. El censo que habían de pagar consistía en un cahiz de trigo, uno de cebada, una medida de vino, treinta hogazas y un carnero.—Godoy: *Ensayo sobre los apellidos castellanos*. Madrid, 1871, págs. 249-251.

(2) 1106. Eliardis y su marido Poncio Roger venden á la iglesia de Roda nostros homines cum alodis quod habemus in Alasquarre cum toto illo censo quod nobis fecerunt vel facere debent. Petrus Miro per unoquoque anno dabit vobis per censum XII focasas optimas et uno porco annale et IIII sextarios vini et semodio ordeí et vos retinere eum sicut nos fecimus usque hodie... Miro Guillem dabit vobis XII focasas optimas et I porco annale et IIII sextarios vini et semodio ordeí et novenam de omnia que habuerit. Et Guillem... dabit vobis novenam et servitium IIII focasas et unas iuntas de molton et I emina vini et duos sextarios ordeí. Postea vero serviant vobis sicut boni seniores. Et vos redistis nobis precio placibile CLX solidos denariorum.—Copia del Cartulario de Roda.—1133. Donación de Ermengarda á la iglesia de Roda: dono unum hominem in Esdolomada cum suo capo manso et cum omni sua hereditate quam habet vel habere debet... et cum toto suo censu quod facere debet... et de ipsa hereditate exit tale censum: novenam scilicet de omni fructu et de omni nutrimento quod ibi fecerit ab integro, et XII panes optimos et II sextarios vino et I arietem in canal et I quartera ordeí aut medio kafiz avena.—Copia del Cartulario de Roda.—1162. Ponz, su mujer Urraca y sus hijos donan á Santa María de Ovarra unum hominem in Chalvaria qui vocatur

Los documentos aragoneses mencionan como variedades de adscriptos á la gleba los claveros y los excusados.

Clavarii (1), *clavigerii* y *clavicularii*, eran nombres diversos para designar una misma clase, cuyos individuos parecen haber sido administradores de las fincas del rey y de los señores, á semejanza de los bailíos naturales de Cataluña, y, como éstos, frecuentemente de condición servil. De aquí que pudieran ser enajenados del mismo modo que los ministeriales germánicos. Acaso se llamaban *clavarii*, porque tenían las llaves de los graneros y almacenes en que se custodiaban los frutos ó rentas en especie, y esto se consideraba como lo más característico de su oficio.

Los excusados (2) eran también adscriptos á la gleba que gozaban de inmunidad de impuestos públicos por privilegio de la Corona. Figuran siempre en donaciones hechas por el Rey, no en las procedentes de particulares. Esto no excluye la posibilidad de que, adquiriéndolos éstos ó alguna corporación ó

Guillem Per cum suo capud maso... et est iste capudmasus super illum chastelum de Chalvaria, et facit nobis servicium VII fogaças et uno quarter de molton et una perna de meliori porco quod occidit, et, si porcum non occiderit, una perna de molton, et emina et media de vino, et III eminas de ordio, et tota sua decima et sua pregera et alios servicios quos debet facere.—Documento particular del monasterio de Ovarra, número 67.—Archivo Histórico Nacional.

(1) 1093. Sancho Ramírez da á la iglesia de San Salvador de Ivar: uno clavigero in eodem castro de Ivar, nomine Enneco Fortunionis, cum filiis et filiabus suis et omnibus que ad eum pertinent et cum omnibus que habent vel que in posterum adquirant.—Cartulario de Montearagón, folio 1.—1134. Ramiro II concede á la iglesia de Roda illos meos cluarios et illas casas de illo Poiólo cum quanta hodie habent et in antea adquisierint... ita ut non donent ullum novenum, nec faciant precharium.—Villanueva: *Viaje literario*, tomo XV, pág. 369.

(2) 1044. Ramiro I dona al monasterio de San Victorián, en la villa de Alascor, dos excusados: uno, por nombre Oriol Aracuz, con su mujer Elo y sus hijos é hijas; y otro, Galindo, con su mujer Matrona y sus hijos Martín, Fortun, Esteban y Oria, juntamente con los bienes que les pertenecían, imponiéndoles la obligación de dar el diezmo de cuanto adquiriesen al monasterio.—Archivo Histórico Nacional.

establecimiento, del Rey, los enajenasen á su vez. En un mismo documento se mencionan á veces *hombres y excusados*, indicando estas distintas denominaciones que se trata de clases algo diversas.

Los señores de lugares, en virtud del absoluto poder que tenían sobre los vasallos villanos, podían arbitrariamente encarcelarles, castigarles y aun quitarles la vida por el hambre, la sed y el frío y privarles de toda su hacienda, sin que en ninguno de estos casos tuviera el vasallo ningún recurso contra el señor. Podía éste ocupar todos los bienes del que pasaba á otro lugar, aunque se fuera por los crueles tratamientos del señor. Son, en suma, «en este Reyno los vasallos de signo servicio, aún de peor condición que por derecho los esclavos»; decía en 1664 el jurisconsulto Montemayor de Cuenca (1). La imposición de penas corporales á los vasallos rústicos, incluso la de muerte, se verificaba sin forma de proceso, por estimarse que no era acto de jurisdicción, sino de potestad.

No podían casarse fuera del señorío sin licencia del señor. «Era tanto el rigor con que los señores usaban todavía de este derecho en el siglo xvi, que causó mucha novedad en la corte de Roma el caso siguiente, referido por el maestro Espés. Acudieron á Roma dos parientes de Torres de Berrellen, pidiendo dispensa para casarse, y alegaban, entre otras cosas, que los señores de vasallos no les permitían casar fuera de su pueblo, porque no se les disminuyese el vecindario. El Papa lo extrañó, y así el cardenal Alciato escribió al arzobispo D. Hernando, admirándose de que se tolerase este abuso contra la libertad del matrimonio» (2).

El derecho de los señores sobre la persona y bienes de los vasallos rústicos en Castilla, Aragón y Cataluña, se enlaza

(1) *Sumaria investigación de el origen y privilegios de los Ricos hombres ó Nobles, Caballeros, Infanzones ó Hijosdalgo, y Señores de vasallos de Aragón y del absoluto poder que en ellos tienen.* Parte primera. México, 1664.

(2) Asso: *Historia de la Economía política en Aragón*, pág. 34.

quizás con la ley visigoda, que sólo prohibía á los dueños de esclavos las penas que llevaban consigo efusión de sangre ó mutilación de miembros, reservando la imposición de ellas á los jueces reales. Me induce á creerlo así, respecto á Aragón, la índole misma de las penas que podía imponer el señor á sus vasallos para quitarles la vida, y el limitarse el derecho de los señores á castigar corporalmente al vasallo en Cataluña y en Castilla, á retenerle en prisión y confiscarle los bienes. No me parece que esta potestad absoluta de los señores de vasallos de Aragón fuese importación de Cataluña. Jamás ejercitaron ni pretendieron ejercitar los señores catalanes sobre sus vasallos la exorbitante y monstruosa facultad de matarlos *ad libitum* de hambre, de sed ó de frío. La única que se arrogaron fué la de someter á prisión temporal á sus vasallos rústicos, y aun esta misma no parece haber tenido el carácter de generalidad que tuvo, indudablemente, en el reino de Aragón, sino que fué peculiar de algunos territorios.

La representación de las ciudades en las Cortes del reino de Aragón, no sólo presencia impasible durante más de tres siglos las violencias de los señores para con los vasallos, sino que ayudó en ocasiones á remachar las cadenas de estos desgraciados. Las Cortes de Huesca de 1247 reconocieron ya á los señores de vasallos el derecho á matar de hambre, de sed ó de frío al vasallo que diera muerte á otro vasallo del mismo señor, pero sólo en este caso concreto, negándoles el de imponerles pena de mutilación de miembros, como reservado á los funcionarios reales y á los señores que gozasen del mero y mixto imperio por delegación del soberano (1).

Pedro IV, instado por las Cortes de Zaragoza de 1380, retiró la inhibición que había formulado contra Pedro Sánchez de Latras, señor de Anzanigo, por arrogarse la facultad de maltratar á sus vasallos de dicho lugar, conviniendo en que dicha inhibición era contra fuero, y reconociendo á los señores de

(1) *Fori regni Aragonum*, lib. 9, t. *De homicidio*, 4.

vasallos la potestad absoluta de matarles de hambre, de sed ó de frío (1). Tentativas ulteriores de los soberanos para suprimir, ó cuando menos limitar el ejercicio de la potestad absoluta de los señores, resultaron igualmente infructuosas. El Brazo de la Nobleza se opuso á la votación del servicio que el Rey pedía á las Cortes de Aragón tenidas en Calatayud el año 1515, á fin de recabar del soberano la devolución de ciertos privilegios relativos al señorío de sus vasallos, reivindicados por el Monarca.

Hasta 1626 no se encuentra vestigio de intervención del Brazo popular en las Cortes del Reino para mejorar la condición de los vasallos de señorío. En el citado año, las Cortes de Barbastro dirigieron un memorial al Rey pidiéndole que aboliese la potestad absoluta de los señores.

Estos mismos nobles, que no ya escatimaban, sino que negaban al Jefe del Estado una parte mínima de los recursos que habían recibido de la liberalidad de éste, y que aquél les pedía para emplearlos en la defensa y el engrandecimiento de la patria, defendían con la mayor tenacidad la absurda é inhumana facultad de matar arbitrariamente y sin forma de juicio, de hambre, sed ó frío, á sus vasallos, y privarles de la hacienda por su solo capricho, sin que el Rey pudiera usar de su jurisdicción para proteger la vida y la hacienda de aquellos infelices súbditos, y sin que pudiera valerles tampoco el amparo de la magistratura del Justicia.

El Justicia de Aragón, Sancho Jiménez, citado por Jaime de Hospital en sus Observancias, compiladas á mediados del siglo XIV, les reconoce dicha facultad, no sólo respecto de sus vasallos reos de homicidio en un vasallo del mismo señor, sino en términos generales, bien que entendiéndolo, lo cual establece una diferencia esencial respecto á tiempos posteriores, que no podían usar de ella sino mediante justa causa, so pena de incurrir en responsabilidad ante el Rey, como si fuesen autores

(1) *Observantiae regni Aragonum*, lib. 9, *Actus Curiarum*, 4.

de mutilación de miembros (1). En las Observancias compiladas por Martín Díaz de Aux en el primer tercio del siglo xv, se consigna esta facultad de los señores en términos absolutos, afirmando que podían ejercitarla según su capricho, no según razón, como decía Hospital, y negando al Rey el derecho á intervenir en favor de los vasallos (2). Hay que tener en cuenta á este propósito que el Justicia, como individuo de la clase de los caballeros, á que pertenecían la inmensa mayoría de los señores de vasallos, difícilmente dejaba de mostrarse favorable á los privilegios de su clase.

La influencia del derecho romano contribuyó á empeorar en Aragón, como en Cataluña, Inglaterra y Alemania, la situación de las clases rurales, por el empeño de los juristas en aplicar á ellas las normas relativas á los siervos y á los colonos del Bajo Imperio. Imbuídos en estas ideas, los jurisconsultos aragoneses, asimilaron al villano ó vasallo rústico al siervo romano, y á ellos ha de atribuirse en parte el que se agravara la situación de esta clase social. Mientras en otros Estados fué la clase de los juristas el agente más poderoso y el más eficaz auxilio de la Corona para sobreponerse á los nobles, en Aragón se puso más frecuentemente al servicio de la nobleza contra el rey y el pueblo.

La potestad absoluta tuvo un acérrimo defensor en el jurisconsulto aragonés del siglo xvii, Pedro Calixto Ramírez. Su

(1) Discurriendo sobre el texto de la Rubr. De foro competentis quia christianum vasallum dominus iuste vel iniuste poterit capere et maletractare, escribía Jaime Hospital en 1361: In hac questione pronuntiavit Justitia Aragonis (Sancho Jiménez) et dixit insuper, quod caveret sibi qui interficerit vassallum suum, sive haberet merum imperium sive non, nam si haberet merum imperium, licet possit interficere fame, siti vel frigore, non tamen sine causa iusta, licet sine causae cognitione, erat puniendus. Et credo quod si aliter ipsum interficit, teneatur Domino Regi pro quolibet membro.—*Pratica, fori, usus et consuetudines ac observantiae regni Aragonis*, fol. 21 v.º Manuscritos en papel, saec. XIV, en la Biblioteca particular de S. M.

(2) *Observantiae regni Aragonum*, lib. 6, t. *De privil milit*, 11.

obra *De lege regia* (1), apología desaforada é impudente del despotismo señorial, es triste ejemplo de los extremos de aberración á que puede llegar un hombre de talento y de cultura empeñado en la defensa de una mala causa. La argumentación que emplea tiene algunos puntos de semejanza con la usada por el famoso jurisconsulto alemán del siglo xvi, Husanus, para remachar las cadenas que sujetaban á los señores á los hombres propios del territorio de Mecklemburgo.

Espantan, verdaderamente, las miserables argucias y la horrible sangre fría con que Ramírez defiende la potestad absoluta de los señores de vasallos. Al trazar el ámbito de la potestad absoluta, la declara libre de toda traba, ilimitada en vida del vasallo; pero, muerto éste, niega al señor que pueda impedir la sepultura del vasallo ni ultrajar su cadáver, porque con la muerte quedaba roto irremisiblemente el vínculo que le sujetaba al señor. No sin alguna dificultad, se aviene á reconocer á los vasallos como único recurso contra las crueldades de los señores el asilo eclesiástico, fundándose en la semejanza entre la condición de aquéllos y de los siervos, á quienes el derecho romano y el canónico otorgaban esta garantía (2).

Algunos prelados se esforzaron infructuosamente por aliviar la triste suerte de los vasallos rústicos de señorío laical durante los siglos xvi y xvii. Baste recordar á este propósito la representación dirigida á Felipe II en 1570 por el arzobispo

(1) Ramírez: *Analyticus tractatus de lege regia, qua, in Principes suprema et absoluta potestas translata fuit*. Zaragoza, 1616, pág. 377-422.

(2) Sed in hoc, vassalli servitutis nostri Regni, deterioris sunt conditionis, quam ceteri omnes reliquarum provinciarum... quod illi habent superiorem ad quem recurrere valent, et coram quod, si male, et severiter tractentur, quaerellas proponere possunt, qui dominorum sevitiám justis remediis compescet, et pœnis coercit; attamen isti miseri, non habent magistratum ad quem recurrere valeant, nec dominis eos impie siti, et fame necantes, et absque causa bona auferentes, puniri possunt, cum neminem in hoc, respectu suorum vassallorum servitutis, in superiorem recognoscant.—Ramírez, pág. 384.

de Zaragoza D. Hernando de Aragón, y la del obispo de Segorbe D. Martín de Salvatierra, en 1590 (1).

Viendo cerrados los vasallos rústicos todos los caminos legales para sustraerse á tan miserable condición, ¿cómo extrañar que apelaran al derecho de legítima defensa, en la única forma que les era dado ejercerlo, levantándose en armas contra la insoportable tiranía de los señores? (2). Pero si bien, por su carácter local é intermitente, estas rebeliones no sirvieron por entonces sino para hacer más dura la condición de los vasallos, patentizaron más á los ojos del soberano lo intolerable de aquel estado de cosas, le obligaron á incorporar á la Corona los pueblos donde más duramente se dejaba sentir, y, en tiempo de Felipe V, á abolir enteramente la absoluta potestad. En este sentido no puede decirse que fueron infructuosas.

EDUARDO DE HINOJOSA

(1) Muñoz: *Discurso* citado en la nota primera, pág. 52.

(2) Pidal: *op. cit.*, pág. 65-68.

LA COOPERACIÓN Y EL PROBLEMA OBRERO

Según Gide, el ilustre representante de la escuela de Nimes, el fin de la cooperación—verdadero ideal social al cual se tiende en virtud de la ley natural de la asociación, cada día más potente—es suprimir el salariado. La presente organización industrial no es la expresión verdadera de la asociación, puesto que hay en ella antagonismos de intereses. Es preciso luchar por la asociación cooperativa. Gide se representa la ciudad futura como un conjunto de asociaciones grandes y pequeñas en que cada miembro recibirá, mediante la supresión de los intermediarios y patronos, el producto íntegro de su trabajo. La cooperación conquistará en primer término, suprimiendo los intermediarios, la industria comercial; después, fabricando ella misma los productos necesarios para el consumo, la manufacturera; por fin, adquiriendo tierras y cultivándolas en vista de las necesidades de los asociados, la agrícola. Organizando en debida forma el consumo cooperativo antes de pasar á las asociaciones de producción, que requieren un aprendizaje lento y difícil y medios extraordinarios, el resultado es seguro. De este modo, el agricultor se hará dueño de la tierra y el obrero industrial del instrumento de producción, llegando así á la paz social sin correr el riesgo inmenso del colectivismo.

*
* *

¿Tendrá razón Gide? ¿La tendrán, por el contrario, los que sólo ven en la cooperación una de tantas instituciones econó-

micas? Ante todo, veamos rápidamente los progresos realizados por la idea cooperativa en el siglo XIX. A. D. Bancel, en su libro *Le Cooperatisme* (París, 1901), y P. Hubert-Valleroux, en su excelente estudio *La Coopération* (París, 1904), nos proporcionan datos de última hora que nos permiten formar una idea de conjunto del movimiento.

Empezaremos por las *cooperativas de consumo*. En Francia, antes de 1848, sólo había alguna que otra, como la *Caja del pan*, de Molhouse, fundada en 1832. Con la revolución de 1848 el movimiento cooperativo adquiere grandes proporciones. En 1851 se detiene para avanzar de nuevo en 1863. Según el *Bulletin de l'Office du travail*, en 31 de Junio de 1903 había en Francia 1.641 cooperativas de consumo, con más de 400.000 asociados. Según el *Almanaque de la Coopération francesa para 1903*, el número de cooperativas en la expresada fecha era de 1.761. Hay asociaciones como la *Moissonneuse*, de París, que cuentan con más de 18.000 miembros. La mayor parte de estas cooperativas se hallan agrupadas en torno del *Comité central de la Unión cooperativa de las sociedades francesas de consumo*, que tiene por complemento al *Office coopératif des renseignements commerciaux*. La *Unión* admite en su seno á todas las cooperativas que no vendan al público, las cuales designan el *Comité central*. Este, que data de 1855, tiene por misión la estadística y la propaganda. El objeto del *Office*, fundado en 1900, es hacer compras en gran escala para las sociedades. El *Comité central* tiene por órgano en la prensa *La Association Cooperative*. Existe, además, en Francia, la *Federation des sociétés cooperatives P. L. M.*, que comprende cincuenta ó sesenta sociedades fundadas por los empleados del ferrocarril del Este. Su objeto es comprar al por mayor.

Donde más importancia tienen las cooperativas de consumo es en Inglaterra, la iniciadora del movimiento, con la célebre asociación de Rochdale. Según datos aportados al Congreso de Doncaster de 1903, en 31 de Diciembre de 1902 había en la Gran Bretaña 1.476 cooperativas, con 1.893.000 miem-

bros. Siendo éstos jefes de familia, puede estimarse, con Valleroux, que la cooperación inglesa aprovecha á ocho ó diez millones de personas. El capital de esas 1.476 sociedades se eleva á 579.190.000 francos. En 1902 realizaron operaciones por valor de 1.382.981.000 francos, ascendiendo á 217.068.000 francos los beneficios. Siete de ellas tienen más de 20.000 miembros; la de Leeds cuenta con cerca de 50.000, y la cifra anual de sus operaciones asciende á treinta y siete millones de francos. 1.106 cooperativas inglesas constituyen el gran *Wholesale* de Manchester; 284 escocesas, el de Glasgow. El primero, fundado en 1864, tiene un capital de ochenta y siete millones y medio de francos, y realiza al año operaciones por valor de cuatrocientos sesenta millones. Además de adquirir directamente en todas las partes del mundo los productos que necesitan las sociedades que lo forman, tiene fábricas de bizcochos en Crumpsall, de confituras y conservas en Middleton, de calzado en Leicester, de jabones en Islam, de vestidos en Leeds, de ebanistería en Bringthon, y, en diversos puntos, de tabaco. El *Wholesale* de Glasgow, fundado en 1868, dispone de un capital de cincuenta y tres millones; en 1902 hizo operaciones por valor de ciento cincuenta y un millones y medio. Tiene fábricas de camisas, de calzado, en que se construyen 14.000 pares por semana; una imprenta y otros establecimientos de menos importancia. Al lado de los *Wholesales*, cuyo fin es puramente comercial, existe el *Comité central*, cuyo objeto es la estadística y la propaganda. Se halla constituido por los delegados que eligen las mil sociedades adheridas. Es el encargado de preparar los congresos anuales, para lo cual dispone de un presupuesto de 240.000 francos, y tiene por órgano en la prensa el *Cooperative News*, con cerca de 50.000 abonados. Además, en 1887, se constituyó un *Comité internacional*, al cual se adhirieron 369 sociedades. Estas son principalmente inglesas y francesas.

En Alemania hay 1.500 cooperativas de consumo, con un millón de miembros. La cifra de sus operaciones se elevó

en 1902 á trescientos doce millones, ascendiendo á treinta y un millones los beneficios. La más importante de todas es la de Breslau, con 80.000 miembros. La mayor parte de las cooperativas alemanas se hallan agrupadas en torno de la *Unión general*, centro de estadística, de propaganda y de consejo. Existe además otra federación, el *Wholesale* de Hamburgo, constituida por 188 sociedades, entre las cuales distribuyó quince millones de marcos de beneficios en 1902.

En Suiza, en 1902, había 353 cooperativas, con 131.000 miembros y 789 almacenes ó locales de venta. En el año de 1901, estas sociedades realizaron operaciones por valor de 47.346.000 francos. 124 cooperativas, las más importantes de todas, constituyen la *Union suisse des sociétés de consommation*.

Según *L'Emancipation*, de Nimes, el número de cooperativas de consumo, en Diciembre de 1902, era en Bélgica de 400, en Dinamarca de 900, en los Estados Unidos de 1.192, en Rusia de 587, en Italia de 508, en España de 239, en Suecia de 73 y en Austria-Hungría de 900.

Las cooperativas de producción hicieron también grandes progresos, muy especialmente en Francia. Su gran apóstol fué P. Buchez, un burgués filántropo, cuyas ideas propagaba el periódico *Le National*. La primera cooperativa de producción que existió en Francia fué la *Association des ouvriers bijoutiers en doré*, fundada en París en 1834, la única que hubo hasta 1848. A partir de esta fecha se constituyeron muchas, á causa principalmente del préstamo de tres millones hecho por el Estado á las Asociaciones obreras. El golpe de Diciembre paraliza el movimiento. De 1852 á 1863 apenas se funda una cooperativa. En esta última época, el éxito alcanzado por la *Asociación de albañiles*, fundada en 1857, á la cual se adjudicó la demolición de las antiguas murallas de París y la construcción de la nueva estación del ferrocarril de Orleáns, vuelve á llamar la atención pública sobre las cooperativas de producción. Para impulsar el movimiento se constituyó el

Crédit au Travail, Banco popular fundado por un antiguo discípulo de Cabet. El Gobierno, después de la encuesta de 1866, promulgó la ley de 24 de Julio de 1867, que facilitó mucho la formación de Asociaciones cooperativas. En 1868 la quiebra del *Crédit* causa un alto en el movimiento, que en 1880 adquiere nuevo impulso. De entonces acá el progreso no se interrumpe. En 1903, según el *Almanaque de la cooperación francesa*, había en la vecina república 304 cooperativas de producción, 128 en París y 176 en los departamentos. Según el *Bulletin de l'Office du Travail*, 355, 155 sólo en el departamento del Sena. Las más importantes de estas Sociedades son: *l'Association de lunettiers*, que ocupa más de 1.400 personas; *l'Association de charpentiers de Paris*, cuyos miembros repartieron en 1901 300.000 francos de beneficios, y la Asociación de pintores de edificios *Le travail*, que en diez y nueve años, desde 1882, en que fué fundada con escasos recursos, hasta 1902, hizo trabajos por valor de 9.291.000 francos, pagó 4.485.547 francos de salarios, y repartió 278.982 francos entre los obreros, asociados ó no, y 677.000 entre los accionistas, además de dejar 171.000 francos en la Caja de socorros y retiros. Las diferentes cooperativas se hallan unidas entre sí por dos instituciones de carácter general: el *Banco cooperativo de las Asociaciones obreras de producción de Francia*, y la *Cámara consultiva de las Asociaciones de producción*. El primero, fundado en 1894 con 500.000 francos donados por un antiguo discípulo de Fourier, tiene por objeto proporcionar á las Sociedades los fondos que necesiten. Para poder dirigirse á él es preciso ser miembro de la *Cámara consultiva*. Esta, fundada en 1884, se compone de delegados de las Asociaciones adheridas y se propone, según los estatutos, «agrupar, en vista de una acción común, todas las Asociaciones obreras de producción, á fin de facilitarlas la obtención de trabajos y de favorecer el desenvolvimiento del principio cooperativo». Proporciona crédito á las Asociaciones que lo necesitan; las informa acerca del modo de constituirse y de funcionar;

les sirve de árbitro en las cuestiones que entre ellas se promueven, y gestiona cerca del Gobierno los asuntos que les interesan. Para difundir la idea cooperativa publica un periódico semanal, *L'Association Ouvrière*.

Después de Francia, el país en que más progresos hizo la producción cooperativa es Inglaterra. Según Mr. Ancurin Williams, en 1903 había en la Gran Bretaña y Escocia cien cooperativas de producción. La mayor parte de ellas se hallan en muy próspera situación. Algunas cuentan de veinte á treinta años de existencia. Su capital es de 15.333.000 francos. En 1902 efectuaron operaciones por valor de 25.811.000 francos, y repartieron un millón de beneficios. Según M. Dufourmantelle, la cifra total de cooperativas de producción que hay en el Reino Unido es de 136, importando unos 70 millones el valor de sus operaciones anuales.

Hay, además, asociaciones cooperativas de producción en Bélgica, Alemania, Italia, Estados Unidos, y en menor número en otros países.

Son también dignos de notarse los progresos hechos por las *Cooperativas de crédito*, en sus dos formas de *Cajas rurales* y *Bancos populares*. Sabido es que el gran apóstol de las primeras fué el alemán Raiffeissen. En 1900, el número de cajas rurales se elevaba en Alemania á 2.680. En Bélgica había cerca de 200. En Italia, 650. En Francia, más de 620, sin contar las sociedades de crédito agrícola. Existen también cajas rurales, aunque en menor número, en Rusia, Holanda, Rumania y Escocia. Los bancos populares se cuentan en Alemania por miles. En Italia pasaban de 800 en 1901; en Francia había en la expresada fecha más de 30, y en Bélgica más de 20.

Con respecto á la cooperación agrícola, véase el libro de Roquigny *Les syndicats agricoles et leur œuvre* (París, 1900). No tenemos tiempo ni espacio para entrar en detalles. Sólo en Bélgica, en 1901, había cerca de 500 asociaciones, con más de 25.000 miembros. Estas sociedades revisten las más diversas formas y tienen los más distintos objetos: lecherías, fá-

bricas de quesos y mantecas, de conservas, de salazón; asociaciones para la venta en común, para la adquisición de máquinas, abonos, semillas, etc. Luego veremos lo mucho que la cooperación agrícola influyó en la evolución de la propiedad territorial.

A lo dicho añádanse las cooperativas de construcción, las de trabajo y determinadas formas de la participación en los beneficios, y se tendrá una idea del grandioso desenvolvimiento de la idea cooperativa.

*
* *

¿Abona esta experiencia la doctrina de Gide? Por de pronto, es innegable que la cooperación ha reportado á la masa obrera extraordinarios beneficios. Sin duda la producción cooperativa no ha realizado hasta el presente la transformación que de ella se esperaba. David Schloss, en su excelente libro *Sistemas de remuneración industrial*, afirma que, en la práctica, la mayor parte de las veces el verdadero ideal cooperativo no ha podido efectuarse. En su sentir, las aproximaciones á ese ideal no han producido resultados extraordinariamente satisfactorios. El propio Gide reconoce que, hasta la fecha, la producción cooperativa hizo poco milagros. Pero esto se debe á que no siempre se empieza por organizar el consumo, primera etapa forzosa de la cooperación; y aun así, preciso es confesar que en estos últimos años el desenvolvimiento de la producción cooperativa fué relativamente enorme. Cuanto á las cooperativas de consumo, nadie pondrá en duda sus ventajas. En Inglaterra, según Valleroux, los beneficios por ella reportados se pueden estimar en 100 francos al año para cada familia obrera. A esto es necesario añadir la mejor calidad de los productos, en Inglaterra más falsificados y adulterados de ordinario que en ningún otro país; el gran número de casas para obreros (más de 25.000, según Dufourmantelle), todas con su correspondiente jardín, construídas por las cooperati-

vas; la gran obra de cultura por éstas realizada con sus bibliotecas y salas de lectura, gabinetes de física y química, observatorios, conciertos, conferencias, cursos breves, etc. Por lo que se refiere á la producción agrícola, «mientras que el nuevo instrumento técnico—dice Gatti, *Le socialisme et la agriculture*, pág. 217—ha creado en la industria una corriente económica única, el capitalismo; en la agricultura ha creado el capitalismo para la gran explotación y el *cooperatismo* para la pequeña. Cuando el capitalismo ataca audazmente á la pequeña propiedad, ésta le resiste á veces victoriosamente gracias al *cooperatismo*. Así, por ejemplo, en algunas provincias de Bélgica, las grandes lecherías capitalistas han desaparecido ante las *lecherías sociales*, debidas á la unión de los pequeños propietarios».

Tan manifiestas é indiscutibles son las ventajas de la cooperación que los partidos socialistas, antes enemigos jurados de ella, no tuvieron más remedio que rendirse á la evidencia, llegando á practicarla con entusiasmo. Es lo que ocurrió en Francia, en Bélgica, en Alemania. En este último país, los socialistas hicieron á la idea cooperativa la más ruda oposición. Se explica esto por la influencia directa é inmediata de Lassalle y de Marx. Admitida la famosa *ley de bronce* del primero, no cabe esperar de la cooperación gran cosa. Marx no era opuesto á ella *en principio*. Consideraba la producción cooperativa como una forma social de transición que, aun con ciertos defectos inherentes al sistema de producción capitalista, anuncia ya, por la positiva supresión de los antagonismos entre el capital y el trabajo, el sistema de producción socialista. Reconocía en el movimiento cooperativo «uno de los resortes de la transformación de la sociedad presente, cuyo gran mérito consiste en mostrar prácticamente que el sistema actual puede ser sustituido con ventaja por la asociación de productores libres é iguales». Pero, á pesar de esto, Marx juzgaba el movimiento cooperativo impotente para producir, como resultado de su evolución espontánea, la supresión del salaria-

do. Por otra parte, su doctrina de la creciente pauperización de las masas, su creencia de que el interés de éstas está en proletarizarse, á fin de hacer de tal modo inevitable, y aun de acelerar, la socialización de los medios de producción, eran indudablemente contrarias á la idea de reforma lenta, pacífica, que la cooperación entraña. Así, sus partidarios, en vez de practicar la cooperación, la combatieron. El Congreso de Berlín de 1892 se pronunció contra ella. Fué preciso que el ejemplo de Inglaterra y de Bélgica sacase á los socialistas alemanes de su error. Fué necesario que el obrero alemán se enterase de las maravillas realizadas por la cooperación en los citados y otros países. Al fin, en el seno del socialismo alemán se inició una corriente favorable á la idea cooperativa. Hoy los prohombres del partido obrero, Bernstem, Bebel, Kautsky, discurren acerca de la importantísima misión que á la cooperación toca cumplir en la gran obra de transformación social á que asistimos.

Donde primero entraron los socialistas por la cooperación fué en Bélgica. Según Vandervelde, en 1901 había en dicho país 189 cooperativas de consumo. Las más importantes de todas son: el *Vooruit*, de Gante, y la *Casa del Pueblo*, de Bruselas. El primero fué fundado en 1881 por varios tejedores, con 2.000 pesetas que les adelantó un sindicato socialista. Hoy cuenta con más de 70.000 miembros. La *Casa del Pueblo* fué fundada en 1882. Tiene más de 18.000 miembros. Durante el primer semestre de 1902 repartió más de 270.000 francos de beneficios.—En Francia, según el *Mouvement Socialiste*, en 1900 había más de 115 cooperativas de consumo socialistas. Valleroux cree que esta cifra es exagerada. Según él, el principal núcleo de cooperativas socialistas lo forma la *Federation des cooperatives de la région du Nord*, compuesta de 12 sociedades que tienen en junto 15.000 miembros. La situación de esta federación parece ser próspera. En tres años ingresó en la Caja del partido más de 58.000 francos. La más importante de todas las sociedades adheridas es la *Union de Amiens*, que en 1902 al-

canzó más de 60.000 francos de beneficios.—Las cooperativas de consumo socialistas de Alemania son 69; 66 de ellas pertenecen á la *Unión socialista de las cooperativas de consumo sajonas*.

«La cooperación desmoraliza á los obreros, convirtiéndolos en burgueses»—decía un orador en el Congreso socialista de Marsella de 1879, refiriéndose á la producción cooperativa.—Los socialistas franceses, sin embargo, contribuyeron en cuanto les fué posible á desmoralizar el proletariado fundando cooperativas de producción. Hoy existen en Francia, entre otras de menor importancia, las siguientes cooperativas de producción socialistas: *La Cristalería de Albi*. Se constituyó en 1895, con un capital de 300.000 francos, donados en su mayor parte por una señora.—*La mina de Monthieux*. Fué fundada, como la anterior, en 1895. Empezó con un capital de 10.000 francos. Su situación, como la de la cristalería de Albi, parece ser próspera.—*La mina de San Eugenio*. Fué constituída en 1901 por un grupo de obreros mineros. El capital inicial fué reunido principalmente por suscripción pública.

* * *

¿Es lícito concluir que Gide está en lo cierto, que la cooperación va derechamente á la supresión del salariado? Aventurado, hoy por hoy, sería, y muy expuesto á ulteriores rectificaciones, afirmar tal conclusión. Pero lo que, en vista de los hechos, se puede decir con relativa seguridad, es: 1.º, que la cooperación es, de todas las instituciones que llevan en su entraña una idea radicalmente opuesta al individualismo económico imperante, la única que, pasando de la categoría de ensayo, llegó á adquirir proporciones verdaderamente extraordinarias; 2.º, que mientras para imaginar una sociedad socialista, no ya á través de Belamy ó de William Morris, sino á través de Bebel ó de Kautsky, es preciso prescindir de la libre concurrencia, sin la cual no nos explicamos hoy la vida

económica, y entrar de lleno en el campo de la utopía, podemos perfectamente representarnos la sociedad futura, á la manera de Gide, como un conjunto de asociaciones cooperativas, como una inmensa federación de asociaciones. No hace mucho, un periódico daba la noticia de que en una pequeña ciudad francesa las cooperativas de consumo habían concluído decididamente con los intermediarios.

ALVARO DE ALBORNOZ

RECUERDOS

El vapor avanzaba majestuoso por el golfo de Lyon, importándole poco de lo que pasaba dentro de él, en sus cámaras, en su cubierta ó en su cala.

¡Adelante! ¡adelante! ¡hacia su puerto, hacia su destino, sobre las olas, dando vueltas á su hélice, quemando carbón y escupiendo humo, sin preocuparse de los pasajeros, ni de que se mareasen ó no, ni de sus angustias y bascas; «yo voy: allá ellos que se las compongan como puedan!»

Así va nuestro globo terráqueo, si no precisamente por el golfo de Lyon, al menos *por el piélago inmenso del vacío*, como dice el poeta, sin cuidarse tampoco de sus pasajeros planetarios, dejándoles que rían ó lloren, que sufran ó gocen, que sientan anhelos divinos ó repugnantes bascas: esto último sobre todo. Y lo extraño es que los seres superiores, los de más exquisita sensibilidad, son los que más sienten los asquerosos dolores del mareo terrestre.

La imagen me parece exacta, filosófica, y hasta grandiosa, con sus pretensiones de modernista. La antigua y tradicional modestia es *viejo juego ó viejo molde*. Sí; ¡allá va el mundo dando vueltas, como si todo él fuese una colosal hélice atornillándose en el éter; hélice maciza, á la que le hubiesen cortado las aletas; que por aquí abajo en la vieja tierra ¡se recortan y amputan muchas alas! ¡Allá va, no sólo quemando carbón, sino quemándose todo él! que toda formación geológica es montón de cenizas; ¡allá va escupiendo humo y fuego por las chimeneas de los volcanes!

Ya está completa la imagen soberana, y descanso. Que el descanso se nos impone *por virtud de la ley*, y estamos en domingo.

En domingo no se puede trabajar por cuenta ajena; es delito que se castiga severamente. Ni por cuenta propia *con publicidad*.

Esta última precaución es estupenda: *¡con publicidad!* Claro; hay que evitar á todo trance *el escándalo* y el *mal ejemplo*, sobre todo en esta tierra de España.

Y, sin embargo, yo infrinjo la ley total y descaradamente. Trabajo en *domingo*, porque en domingo empiezo este artículo; trabajo por *cuenta ajena*, porque el artículo es para LA ESPAÑA MODERNA, donde recibirá *publicidad*, y lo dedico á mi amigo Lázaro; y el mal ejemplo lo da un individuo del *Instituto de reformas sociales*. *¡De molestias sociales!*—dice con su inimitable gracia mi querido y admirado Cavia.

En fin, todo esto es broma, y *si es broma puede pasar; aunque á ese extremo llevada...* ni puede pasar, ni puede tolerarse, como afirma el final de la redondilla. Nunca he comprendido estos versos del inmortal Zorrilla; porque una de dos, *ó pasa ó no pasa; ¿cómo si se la deja pasar, á modo de broma, no se la tolera?*

¿Pero á dónde voy, ni qué tiene que ver todo lo dicho con mis recuerdos?

¡Cómo se conoce que voy mareado, ó que por lo menos recuerdo un mareo!

Por lo demás, nada de lo que precede pensaba yo al caminar sobre las olas en el vapor de las mensajerías imperiales.

Todo esto lo digo ahora recordando aquello; es una mezcla de lo pasado y de lo presente: á veces estas mezclas son briosos, pero á veces son apetitosas.

Por entonces estaba mareado y nada más; y es bastante.

Sí, estaba mareado: ¡qué humillación y qué tormento!

Desperté muy bueno y muy alegre. Me eché gallardamente de la *cama*. He dicho *cama*, y no creo haberme expresado

con exactitud. *Cama* era, puesto que en ella había dormido; pero hay matices en el lenguaje que un académico, como yo soy en la actualidad, aunque indigno, no debe poner en olvido.

Debiera haber dicho que dejé la *litera*.

La dejé, pues, y me puse en pie sobre *el suelo*. Tampoco me satisface esta palabra. *Suelo* es, entre otras cosas, la superficie de la tierra, y aquello era un piso flotante sobre la superficie del agua. ¿Diré *piso* en vez de *suelo*? Tampoco me satisface.

Decididamente, no hay para mí manera de hablar y escribir á gusto.

En fin, acudiremos á la geometría. Y en su lenguaje digo que cambié la línea *horizontal* por la *vertical*, lo cual significa que giré *noventa* grados.

Y me sentí *otro*, pero en el mal sentido de la palabra; otro empeorando terriblemente. Sentí como si todas mis entrañas hubiesen girado, no 90 grados, como el eje de mi cuerpo, sino 180 grados por lo menos: todo cabeza abajo; una verdadera revolución. Ansias repugnantes, un tropel en la garganta, ruidos en la cabeza, vacilación en la vista, contracciones en el estómago, lastimosa serie de vibraciones desordenadas por todos mis tejidos.

—¿Qué es esto?—exclamé con asombro, sin poder evitar la exclamación.

Y Vasconi, desde su camarote, me preguntó con cierta sorna:

—¿Qué es eso, D. José? ¿Se siente usted malo?

—No, de ningún modo, al contrario—contestéle yo, no queriendo darme por vencido; pero la verdad es que me sentía muy malo, como nunca: eran sensaciones tan nuevas para mí como desagradables.

Y para ocultar mi derrota y ver si con el aire fresco de la mañana pasaba aquel extraordinario malestar, salí del camarote á trompicones, y dando traspiés y agarrándome á todas partes subí á cubierta.

El mareo continuó en escala ascendente, y no me abandonó hasta que llegamos á Marsella.

Si yo fuera literato profesional y no literato *tardío*, puesto que empecé á los cuarenta años; y de *ocasión*, toda vez que no eran éstas ni mis aficiones, ni la literatura formaba parte de mis estudios y de mi carrera de profesor é ingeniero, de otro modo describiría yo mi viaje.

Habría escrito todo un capítulo que llevara por título *De Valencia á Marsella*, y ¡qué de cosas hubiera observado y hubiera procurado pintar! ¡El mar, el cielo, el oleaje, y mucho más!

Pero ni observé nada, ni recuerdo nada más que el mareo.

El mareo es la enfermedad más humillante, más molesta y más ridícula que padece el género humano, y la que más prueba su pequeñez y su ruindad. ¡Depender el pensamiento de la mayor ó menor cantidad de bilis, y de que el estómago esté cabeza arriba ó cabeza abajo! El *mareo* ni tiene la seriedad del peligro, ni la grandeza de la muerte, aunque hay casos de muerte por mareo en algunas personas excepcionales.

Pero, en general, no se mueren los que se marean: se marean, y nada más.

Sufren horribilmente, eso sí; se dan asco á sí mismos y dan asco á cuantos les rodean. Arrojan ó están á punto de arrojar todas las entrañas: el hígado, los pulmones, el corazón, el estómago y los intestinos. Si no arrojan todo este borbido, es porque tales menudillos y menudencias se precipitan á la salida de la garganta en tropel, de tal modo, que se apolotonan y no pueden salir.

Sucede lo que á los espectadores de un teatro cuando estalla un incendio: que con tal apresuramiento se agolpan á la puerta, que la obstruyen.

Que de no ser así, los que se marean quedaban en cinco minutos limpios por dentro de toda clase de porquerías.

Y del efecto moral del mareo no hablemos.

El mareo acaba en la mujer con el pudor; en el hombre, con

toda energía y toda dignidad. No hay virtud ni honra con el mareo.

La niña más pudorosa, la señora más respetable, si cae mareada sobre la cubierta del buque, no piensa en cómo quedaron las ropas, ni en si descubren los pies, pongo por caso. Recuerdo el mareo de una malagueña divina, y era grotesco y casi indecente.

El hombre más altivo no puede rechazar un insulto si está mareado en toda regla. Que le llaman perro judío, siendo él gran cristiano; pues se conforma con ser judío y con ser perro: eso y mucho más quisiera ser, con tal de no estar mareado.

¡No conozco acción más deprimente de todas las energías materiales y morales!

Las partes más subalternas del organismo, subalternas en el orden psíquico, se sublevan y desatan, y no pudiendo llegar á la cabeza, llegan al menos á la garganta y zumban en los oídos como diciendo: «sér orgulloso, rey de la creación, sabio, santo ó capitán general y guerrero invicto, no eres nada: yo te arrastro por el suelo, te escarnezco y te mancho de mala manera; ¡á ver qué haces contra mí con todas tus sabidurías, tus santidades, tus victorias y tus orgullos; contra mí, *modestísimo mareo*, que me limitó á empujarte el estómago hacia arriba!» ¡Qué vergüenza, qué horror, qué pena!

Así andaba yo por el buque, como alma en pena: cayendo y levantándome, ya sobre un diván del salón de popa, ya sobre cubierta, tropezando con unos, sin conocer á otros ni distinguir á las señoras de los marineros; todos eran para mí bultos fantásticos entre nieblas, humo y vapor condensado.

Y era inútil que huyese del mareo; lo llevaba en mí, como el criminal lleva consigo el remordimiento de su crimen, si es un criminal de la vieja escuela.

Una ó dos veces tropecé con el francés de la noche anterior, con el que había descubierto el *perforador de doble acción*: estaba, por las señas, tan mareado como yo mismo.

El sér humano es maligno y goza lo indecible con el dolor

ajeno, ó, por lo menos, con la ajena humillación. Tuve, pues, la crueldad de decirle: «Contra el mareo no sirve haber descubierto el perforador de doble acción».

—No sirve, no sirve—me contestó procurando sonreír; lo que prueba hasta dónde llega la galantería francesa; ¡sonreír cortésmente estando mareado! Y yo, que por algo soy del país de los toros y he votado recientemente en favor de las corridas, ó, mejor dicho, del derecho de los toreros á ganarse la vida como mejor les parezca, *recargué la suerte* agregando:

—A ver si para otro viaje y otro mareo inventa usted el perforador de *triple* acción.

—También á usted le hace falta inventarlo—me replicó con cierto encono. La cortesía tiene sus límites.

Y seguimos nuestro camino como sombras del infierno dantesco que se encuentran, se detienen un momento y luego pasan.

¿Por qué en los círculos prodigiosos de su *Divina comedia* no puso el Dante á los mareados?

Fué olvido lamentable; ¡hubiera sido el círculo de los seres que sienten asco de sí mismos y huyen eternamente de sus eternas bascas, sintiéndolas siempre tercas y pegajosas en la garganta!

Pues así iba yo de un lado para otro, del salón á cubierta, de popa á proa, y viceversa. Los de tercera clase me pareció que se mareaban menos que nosotros los de primera.

¡Y luego hablan de los privilegios de las clases burguesas!

De cuando en cuando, reuniendo toda mi fuerza, iba á la cámara de señoras para enterarme de cómo seguía mi mujer.

—¿Cómo estás?—le preguntaba con voz angustiosa.

—Muy mal—me contestaba.—Yo creo que me voy á morir. ¿Y tú?

—Yo me he muerto hace rato.

Y continuaba mi peregrinación como un sonámbulo.

Yo, que tengo buena *memoria plástica*, no recuerdo cómo era el vapor. De aquellas imágenes sólo me queda una idea: la

del *pasamanos dorado* á que *me agarraba* para subir de la cámara á la cubierta. Una de mis virtudes es la gratitud.

El *mareo* es un problema.

No se ha resuelto todavía, aunque se ha intentado resolverlo muchas veces.

¿Cuál es la causa?

¿Es *mecánica*, es *química*, es *biológica*, ó lo es todo á la vez?

La *causa primera* parece que es puramente mecánica, mejor dijera, cinemática.

Es un problema de *movimientos relativos*. Nuestro cuerpo, es decir, la envolvente, va por un lado; las entrañas, sobre todo el estómago, van por otro lado. El mareo se inicia cuando las partes internas quieren emanciparse y la unidad orgánica se rompe.

Es un organismo *unitario*, en que el estómago, el hígado, los intestinos, el corazón, todos los órganos interiores, quieren constituirse en estado federal. Siempre he creído que la federal es un mareo.

Yo experimentaba, entre muchas sensaciones raras y vagas, esta sensación perfectamente definida.

Estaba sobre cubierta.

El buque subía y me subía á mí.

El buque terminaba su oscilación ascendente y comenzaba á bajar: pues á mí me parecía que el piso bajaba más aprisa que yo; yo me quedaba rezagado, en el aire, suspendido, «mantenido en mi impulso no más», como dice Zorrilla.

Y el buque terminaba su oscilación descendente, y al subir me recogía otra vez. Ni más ni menos que cuando se *man-tea* á un desdichado.

Yo sufro en el mareo, entre otros mil sufrimientos, todos los que debió sufrir Sancho Panza cuando le mantearon en la venta.

No acabaría nunca de hablar del mareo, porque *lo he practicado* muchísimas veces, en pequeños pero repetidos viajes por mar: de Valencia á Marsella, de Génova á Valencia, de

Santander á Socoa, de Santander á Bayona, de Santander á Burdeos, y todos estos trayectos otra vez á contrapelo; y he pasado el Canal de la Mancha en innumerables ocasiones, que referiré cuando llegue el caso, porque supongo que á la posteridad ha de importarle sobremanera la relación circunstanciada de mis viajes marítimos, y no es cosa de privar á las generaciones venideras de noticias tan interesantes como instructivas.

¿Cuánto duró este tormento? No lo sé.

Yo ni comí, ni dormí, ni descansé más, ni conté siquiera las horas.

No recuerdo cuándo llegamos á Marsella, si fué por la tarde ó por la mañana; creo que fué *al hacerse de día*: sólo entonces *vi luz*. ¡Bonito juego de palabras!

Y llegamos y saltamos á tierra.

¡Qué alegría! ¡qué dicha tan inmensa! ¡Y dicen que en el mundo no hay alegrías! ¡ni dichas ni alegrías!

Las hay: en las cosas más insignificantes se encuentran.

Pero adviértase que las mayores son las que están precedidas de un dolor, de una molestia, de algo que nos desagrada ó nos atormenta.

Yo creo que el placer se mide por *una derivada analítica*, ó de ella depende.

Esto no lo entenderán la mayor parte de mis lectores, ni siquiera los modernistas, por avanzados que estén en Estética: yo creo que ninguno de ellos sabe matemáticas.

Sí; el límite de la diferencia entre dos sensaciones, dividida por la diferencial del tiempo. Algo parecido á esto debe de ser: no puedo precisar los conceptos por no aburrir al lector; pero tengo una idea en germen que acaso desarrolle andando el tiempo, si no va muy aprisa y me quedo sin poder alcanzarle.

Diré, en términos vulgares, que el placer depende del contraste.

Yo sufro del mareo de un modo horrible; llego á Marsella

en tal estado; desembarco, y en el acto, *instantáneamente*, cesa el mareo y cesan sus efectos y molestias. En el intervalo de un par de minutos paso, sin transición, de estar muriéndome á sentirme en la plenitud de la vida.

El mareo expulsa energías, ó las agota; hace el vacío en el interior; al pisar tierra firme, el trabajo de expulsión cesa, y la vida entra á torrentes en el organismo.

Yo no digo que el fenómeno sea de este modo; digo que la sensación es como si de este modo fuese.

¡Llegar á Marsella, sentir que el armatoste flotante no se mueve, ó se mueve muy poco, oír el ruido del ancla, abandonar la cuna infernal á que llaman buque y *pisar tierra firme!* ¡qué dicha! ¡todo me fué simpático en aquel momento!

Por vez primera reparé que venían de Argel en nuestro vapor unos cuantos zuavos: ¡qué aire tan marcial! Sentí hacia ellos cierta atracción guerrera, y se despertaron en mí recuerdos de cuando era niño y jugaba á las batallas con ejércitos de pajaritas de papel, que yo creaba, movilizaba, llevaba al combate y destruía á flechazos, con flechas de caña que hacía en mis arsenales, maestranzas y fábricas de armas.

Andando el tiempo, otro zuavo, el simpático maestro de armas de este nombre, había de ser mi profesor de esgrima y mi amigo afectuoso.

*
* *

El lector, al coger estos artículos, si es que los coge y no se le caen de las manos, que es lo más seguro, buscará probablemente historias de dramas y anécdotas de teatros; ¡pues buen chasco se ha llevado hoy!

En cambio se ha encontrado descripciones minuciosas del *mareo*, y lamentaciones antipoéticas sobre esta molestia humana, ó, mejor dicho, *inhumana*, á que la humanidad que navega está sujeta.

Pero ¿qué más da *mareo* ó *drama*? ¿Es que todo mareo no es un drama, ó más bien una tragicomedia, como la de Calixto

y Melibea? ¿Es que todo *drama* no es un mareo, ó muchos mareos á la vez?

¿Es que en un estreno no es el estómago el que más sufre, pues sabido es que en trances tales el miedo toma formas gástricas?

Yo he visto más de una vez en grandes actrices y grandes actores, que ya murieron, efectos muy semejantes á los del mareo marítimo, con su desenlace, que llegaba á la garganta del artista antes de que el desenlace del drama llegase á sus labios.

¿Es, por último, que el público, con sus agitaciones, movimientos desordenados ó periódicos, sus furoros que estallan y sus estrépitos borrascosos ó alegres, no tiene grandes semejanzas con el mar embravecido? ¡Si todo público, benigno ú hostil, es *la mar!*

Quedamos en que el público es el Océano, ó el golfo de Lyon, para recordar mi caso; el drama, el buque, y algunos de poquísima estabilidad; el autor y los actores, los pasajeros; y el mareo... es siempre el mareo.

De todas maneras, ya llegaremos en estos recuerdos á la plenitud de los dramas y de la vida del teatro; á la plenitud de la política, y de la lucha eterna de los partidos de mi tiempo; á la plenitud de los tiempos modernos, con el modernismo imperante y la transformación de ideas y sentimientos que caracteriza nuestra época.

Tengan por hoy paciencia mis lectores.

Quedamos en que, libres del mareo, y *sacudiéndonos* del buque, desembarcamos en Marsella mi mujer y yo. Y una vez en tierra, nos fuimos á una de las mejores fondas, una situada en la célebre Cannevière, si no recuerdo mal, y me parece que recuerdo bien.

Yo, en la vida ordinaria y normal, soy modesto, y hasta económico; pero en los viajes soy espléndido hasta donde puedo, y casi derrochador.

Para economías y, si es preciso, molestias, el hogar doméstico: ¡para eso se inventó!

E. M.—*Octubre 1904.*

5

Para no reparar en el dinero que se gasta, los trenes, hoteles y fondas.

¡A la mejor fonda, pues, y al mejor restaurant!

Yo, como queda dicho, desembarqué con buenos ánimos y grandes energías.

En los alumnos que me acompañaban hubo de todo.

D. Luis Vasconi desembarcó medio muerto, porque, según costumbre, que no le envidié nunca, el mareo le duraba dos ó tres días después de haber saltado á tierra.

D. Manuel Pardo ¡no se había mareado!

Esto me humillaba grandemente.

Marearse el profesor y no marearse el alumno, es casi un atentado contra la disciplina.

Las clases superiores por algo son superiores.

Los grados y las categorías algo significan, para algo sirven y en algo se han de conocer.

Hoy, en que todo anda revuelto; en que los obreros hablan á los emperadores *de tú*; en que las cocineras, al menos en algunos países, y ya le llegará el turno al nuestro, al entrar á servir, unas, las buenas, á sisar otras, no pocas, lo primero que preguntan es qué día les señala la señora para recibir á sus amigas, y qué habitación para darles *el té*; en que la nivelación es general y el Derecho y la libertad han cedido ó van cediendo el puesto á la igualdad; hoy, repito, podría comprenderse la falta de respeto de un alumno de la Escuela de Caminos: ¡ver que su profesor se mareaba y no mareándose él! Pero entonces no lo comprendía, y me irritaba el atrevimiento de mi discípulo.

En rigor, hoy no lo comprendería tampoco; porque, ó existe la *igualdad*, ó no existe.

O se marean *todos*, ó no se marea *ninguno*.

¿Con qué derecho no se mareaba él, mareándome yo?

¿Por qué ley, justicia ó razón había de tener D. Manuel Pardo el estómago más resistente á los vaivenes del mar que su profesor D. José?

Esto era una injusticia y una desigualdad patentes, que no sé por qué continúa, y que será preciso corregir declarando el *mareo gratuito y obligatorio*.

Yo bien sé que los *intervencionistas del Estado* dirán que es preferible dar otra ley prohibiendo el mareo en absoluto; pero es que la *naturaleza* tiene también, en el orden biológico como en el orden social, *sus leyes*, y éstas sí que son inquebrantables.

Por este camino, íbame á lanzar á los grandes problemas sociológicos que hoy se agitan, pero no es éste el momento oportuno; ya llegarán momento y ocasión.

Por ahora me detengo, como me detuve en Marsella un par de días.

*
* *

Hoy, que escribo estas líneas, no será Marsella el puerto admirable, la gran plaza comercial, la ciudad alegre y expansiva, tan alegre y tan regocijada como era cuando yo la ví por primera vez.

Hoy la crisis la abrumba y la paraliza: la lucha, el odio, las malas pasiones, el delirio. ¡Qué siglo xx se prepara!

¡O se les prepara á los que hayan de vivir en este siglo de las dos X, como si dijéramos de las dos *incógnitas mayúsculas*: la de la ciencia y la invención, y la del orden ó desorden social!

Yo no he de describir la Marsella de aquellos tiempos, porque sería trabajo inútil y enorme pedantería. Diré que me admiró y me encantó; ¡qué vida, qué movimiento! ¡el trabajo y la alegría! ¡el gran consorcio fecundo! ¡El del odio y la lucha qué malos hijos engendra!

Como estuve poco tiempo, y como no volví hasta muchos años después, el 89 si no recuerdo mal, mis ideas son bastante confusas.

Allá en las planchas fotográficas de las celdillas cerebrales, sólo dos imágenes quedaron grabadas, y aún las veo, aunque han transcurrido más de cuarenta años; á saber: la Canneviè-

re, de la que dicen los marseleses, como es sabido, que si París tuviese una Cannevière, sería un *pequeño Marsella*.

No diré yo tanto; pero, de todas maneras, es hermosísima: tiene sus relaciones de parentesco con la también hermosa y simpática Rambla de Barcelona.

Este es el primer recuerdo de los dos á que me refería.

El segundo es una estatua de Napoleón III, colocada, si no me equivoco, delante de la Bolsa, en pie sobre el pedestal, de uniforme y con los grandes bigotes engomados y de punta. Por lo menos allí estaba el año 60; no sé si posteriormente la habrán echado á rodar, como echaron á rodar otras columnas y otras estatuas los furiosos de otras revoluciones.

Los grandes personajes corren este peligro: *primero*, que les eleven una estatua, que peligro es, porque en cierto modo les ponen á la vergüenza; y más peligroso, porque después tumban la estatua en un momento de pasión envidiosa ó vengadora, que de todo hay.

La humanidad es así, como Dios la hizo ó como la deshizo el diablo: se pasan años y siglos elevando ídolos para derribarlos después en el polvo, como el individuo se pasa la existencia forjándose ilusiones y arrojándolas á seguida al olvido y al desengaño.

Yo por entonces estaba en el período de las *ilusiones* y las *esperanzas*: sigamos recordándolas, que soy agradecido, y no las arrojare nunca ni al olvido ni al polvo. ¿Me proporcionaron un momento de placer, siquiera un momento? ¡Pues para algo sirvieron!

De veras me gustó Marsella; ¡qué simpática!

Era la primera ciudad de Francia que veía, y yo he tenido siempre, y sigo teniendo, grandes simpatías por Francia.

Es una nación prodigiosa, y lo ha sido desde los tiempos de César, digan lo que quieran sus enemigos.

Dicen que copia, reproduce, populariza y pone en circulación moneda que no acuñó: que es una especie de puerto franco.

Es verdad; y, después de todo, ésta es ya una facultad de primer orden: ¡popularizar, extender las ideas, hacer claro lo que es obscuro! El caos ya existía cuando el *fiat lux* le dió forma de luz. ¿Qué vale más: crear nieblas, ó convertirlas en celajes? ¡Y la claridad francesa es maravillosa! ¡Cuántos soberbios celajes de oro y grana ha esparcido por la historia!

Pero, además, tiene Francia inmensas energías creadoras de indiscutible originalidad.

Negar esto, es desconocer la Historia, las ciencias, las artes y todo el desarrollo industrial, especialmente en el siglo anterior.

No es, ciertamente, la única nación que goza de estas altas cualidades, pero ella las posee en grado eminente. No es única, pero siempre está *delante* ó en primera línea.

Tiene defectos; pero ¿dónde está la perfección?

Los individuos, las colectividades, las naciones, como las razas, están llenos de imperfecciones y deficiencias. Todo cuerpo tiene su sombra; desde la piedrecilla hasta la montaña, y cuanto más grandes, las sombras son mayores.

Pero yo he expresado mi opinión, no sé dónde, acaso en estos mismos artículos, sobre la manera de juzgar del valor de los seres y de las cosas. ¡Nada menos: de los *seres* y de las *cosas*! Y si queda alguien fuera de la clasificación, que se queje y reclame.

Yo creo que en toda crítica se debe tomar como elemento activo «lo bueno», y no restar de ello *lo malo*: esto queda aparte para otra cuenta.

El que se considere perfecto que lo diga y que arroje la *primera piedra*.

Y esto de la piedra me recuerda, ya que de recuerdos se trata, un célebre discurso (célebre en su tiempo) de un hombre político importantísimo, de un general valeroso, de mucho talento, pero de escasa y desenfadada cultura literaria.

Era andaluz, ceceaba marcadamente y tenía gran despapajo.

Echaban en cara, en el Congreso, á otro general, amigo suyo, ciertas evoluciones políticas ó, como entonces se decía, *cambios de casaca*, aunque el interesado siempre conservaba la de general, mejorándola á cada cambio ó evolución.

Y decía el general andaluz, que tales cambios ni eran pecaminosos ni eran extraños: que los tiempos andaban revueltos, las opiniones eran indecisas, las luchas apasionadas, las ideas obscuras, y que *todo el mundo cambiaba por necesidad*, cediendo al movimiento general.

¿Dónde está el íntegro, el puro, el incorruptible?

—¿Dónde está—exclamaba—*la Magdalena arrepentida que pueda arrojar la primera piedra?*

Esto lo dijo con gran entonación y gran autoridad, y produjo mucho efecto: hasta se aplaudió.

Al calmarse el entusiasmo, cayeron en la cuenta algunos que la cita era un soberano desatino.

El general había confundido la *Magdalena arrepentida* con la *Mujer adúltera*: por lo demás, ni esta última, ni menos la primera, arrojaron ni trataron de arrojar á nadie ni piedra, ni canto, ni la más insignificante china.

El general había hecho una verdadera *ensalada bíblica*, confundiendo ambas mujeres del libro santo, y haciendo que la primera, no contenta con sus liviandades, á la postre, y ya arrepentida, se entretuviese en arrojar piedras á las demás mujeres.

Pues yo, parodiando al simpático y atrevido general, diré: ¿Cuál ha de ser la Magdalena arrepentida que arroje la primera piedra á un individuo ó á una nación por defectos ó pecados que en ellos suponga y de que se considere limpio?

*
* *

Mi cariño y mi simpatía por la nación francesa eran y son naturales, además de ser justos; y se explican, por lo demás, fácilmente. Cuestión de las primeras impresiones.

Mi educación científica, artística y social fué hasta los treinta y tantos años puramente francesa.

Después de estudiar latín en la segunda enseñanza y un *poquito* de griego que mi padre me enseñó, la primera lengua viva que aprendí fué la lengua francesa. La estudié muy mal, porque entonces no se enseñaba bien; pero, en fin, bien ó mal, llegué á traducir el Telémaco, enterándome de los disgustos de Calipso, y además algunas obras de Aritmética, Álgebra y Geometría.

Después, en toda la carrera, los libros de texto, casi en su totalidad, fueron libros franceses.

Por ejemplo: la Geometría de Vincent, el Algebra de Bourdon, la Analítica de Biot, la Geometría analítica de tres dimensiones de Leroy: éstos para la preparación. Y luego, dentro de la Escuela, siempre obras francesas, no las traducidas, sino las originales; por ejemplo: los Cálculos de Navier y Duhamel, la Mecánica de Poisson, la Descriptiva de Leroy, el corte de piedras de Adhemar, la Mecánica aplicada de Navier, las máquinas de Poncelet, la conducción de aguas de Dupuit, etc., etc.

Por casualidad estudiábamos alguna Memoria en inglés ó alguna del alemán traducida al francés, y esto en los últimos años.

El francés, y siempre el francés, y autores franceses dominaban en la Escuela de Caminos.

Claro es que me refiero á mis tiempos, á los años del 48 al 54; después se han ido escribiendo obras españolas de mérito y de importancia. No se olvide que éstos son recuerdos.

Y si pasaba de mis estudios oficiales á mis particularísimas aficiones por las matemáticas superiores, del círculo de los sabios franceses tampoco salía.

Cauchy, el gran Cauchy, uno de los más admirables *genios creadores* de las ciencias matemáticas, el de las funciones imaginarias y de la teoría de la luz, después de Fresnel; Legendre, uno de los primeros fundadores de las funciones elíp-

ticas y el autor de la Teoría de los Números, obra verdaderamente clásica; Poncelet, el de las propiedades proyectivas; Poisson, el eminente analista; y Chaesles, el eminente geómetra del siglo; y Liouville, autor de tantos trabajos fundamentales y del teorema sobre los números trascendentes; y tantos y tantos autores más, cuya lista no terminaría, pues á capricho y á la ventura cito algunos nombres. Y claro es que no cito sino los que ya murieron.

En mis estudios y mis consultas no salía de los Anales de Terquem, del *Journal* de Liouville, del *Journal* de la Escuela Politécnica, de los Anales de la Escuela Normal y del periódico oficial: *Comptes rendus* de la Academia.

En Física y Química y en Astronomía no acabaría de citar nombres ilustres y genios creadores.

Pues en materias literarias no digamos: la atmósfera en que mis gustos poéticos, novelescos ó dramáticos respiraban, era todavía francesa. Sin contar los clásicos franceses, que leía por deber y que me imponía á mí mismo para completar mi educación, por placer y apetito devoraba más que leía centenares y centenares de novelas francesas, desde *Nuestra Señora de París* hasta el *Judío errante*: todas, todas las que caían en mi poder, buenas, medianas y malas; desde la novela seria y literaria al folletín interesante y desatinado.

Víctor Hugo, Lamartine, Dumas padre, Dumas hijo, Federico Soulié, Balzac, Eugenio Süe y otros innumerables escritores, todos franceses, formaban los dioses mayores y menores de mi Olimpo literario.

Y lo mismo digo del drama que de la novela: desde Molière hasta Scribe, desde Corneille y Racine hasta los dos Dumas, desde el revolucionario Baumarché hasta el último compositor de melodramas para la Port-Saint-Martin, en columna cerrada iban desfilando ante mí escritores franceses en largas horas de la noche, robadas al sueño por el interés dramático.

¿Y qué más? En Economía política no salía de Bastiat, Dunoyer, Say, Molinari y otros economistas ortodoxos; porque

ya he dicho que en estas materias yo era y soy católico-ortodoxo y viejo creyente en las leyes eternas de la Economía.

Pues aun para las doctrinas socialistas ó anárquicas, á los franceses acudía, leyendo á todo pasto á Blanqui, y sobre todo á Proudhon con sus *Contradicciones* y su *Justicia en la Revolución y en la Iglesia*.

En fin, y para no alargar esta enojosa enumeración, en aquella época, para mí el mundo se reducía á dos naciones: España, mi patria; Francia, la patria adoptiva de mi inteligencia y de mis gustos estéticos.

Después, en años sucesivos, he ido ensanchando mis horizontes y mis simpatías y admiraciones.

Hoy admiro á Inglaterra, la patria de Shakespeare, Newton, Taylor, Hamilton el de los cuaternios, y Max-Well, el genio poderoso; para abarcar lo pasado y lo presente. Admiro la patria de Cobden y de la libertad individual; es decir, la que fué, que lo que es hoy también allí está en eclipse parcial la libertad, amenazando eclipse total, desconsolador y tristísimo.

Hoy admiro á la Alemania y á toda la tierra germánica, cuyo poder intelectual es tan fecundo como prodigioso.

¡Cómo no he de admirar la tierra que ha producido, y vuelvo á mis aficiones, al gran Gauss, al ilustre Jacobi, y modernamente al insigne Weierstrass! ¡La tierra de Göethe, Schiller..., ¡ah! y ya me olvidaba, la tierra del creador de la mecánica del calor, Mayer! para revolverlo todo: ciencias y literatura.

Hoy admiro los países escandinavos, y para justificar mi admiración y mi respeto, basta que cite dos nombres: el del inmortal *Abel*, el de la periodicidad de las funciones elípticas, y el del moderno dramaturgo Ibsen.

Hoy admiro Italia, á la que siempre admiré; tierra divinamente y eternamente fecunda en todo: en sabios, en matemáticos, en artistas y en inventores.

Hoy admiro, á pesar de los pesares, á los Estados Unidos con su prodigiosa actividad en todos los órdenes de la vida; ¿cómo no citar á Gibbs y á Edison?

Hoy simpatizo profundamente con nuestros hermanos de Portugal, la patria de Camoens y donde mis aficiones matemáticas encuentran todavía al respetable é insigne matemático Gomes Teixeira.

En suma, que he llegado á ser cosmopolita é internacionalista en materia de ciencias, literatura y artes.

Pero no por eso han palidecido mis primeros amores por la nación francesa.

La ciencia, la poesía, el arte, tienen esto de bueno: que la poligamia espiritual no es incompatible con la monogamia. Ni los nuevos amores son infidelidades á los antiguos, antes los avivan y excitan.

* * *

He dicho lo que precede para que se comprenda el estado de mi espíritu al llegar á Marsella.

Llegaba á Francia, pero aún creía estar en mi patria.

Llegaba á Francia como pudiera llegar á Barcelona, que todavía no había tenido ocasión de visitar.

Verdad es que me costaba trabajo entender el francés y hacer que me entendieran; pero otro tanto me hubiera sucedido con el catalán, el valenciano ó el gallego, y no por eso dejaban de ser mi patria Cataluña, Valencia y Galicia.

Con estos sentimientos claro es que participo de cierto cosmopolitismo humanitario y científico, que después se ha extendido mucho, y que es fruto legítimo de la civilización.

Sólo que yo, á pesar de estos impulsos expansivos y generosos, no convertía la generosidad en odio, ni por admirar á Francia renegaba ni renegaré de España.

¿Qué tiene que ver mi admiración por Cauchy, pongo por caso, con el cariño por mi familia? Ni ¿cómo renegar del inmortal Cervantes porque admire á Víctor Hugo?

¡Qué estrechos, qué tísicos deben ser los pechos en que no caben muchos cariños y muchas simpatías y muchas admiraciones!

La admiración por las obras ajenas ha sido siempre uno de mis goces predilectos.

¡Cuesta tan poco *admirar*, y proporciona tanto placer! ¡Hasta es un estímulo para la actividad propia! Si existe lo admirable, ¿por qué no he de tropezar yo con él? ¡busquemos, trabajemos, esperemos!

La *admiración*, como signo ortográfico, es uno de los que con más facilidad se emplean. Para la *coma*, para el *punto y coma*, para los *dos puntos* y hasta para el *punto final*, puede haber dudas y vacilaciones. Para la *admiración* nunca las hay.

¿Se admira uno de algo? pues una ó dos admiraciones: ¡ah!, ¡oh!, y así sucesivamente.

Pues esto mismo me sucede con las *admiraciones internas* de mi espíritu.

Las coloco á cada paso sin reparo ni disgusto, antes bien con espontaneidad *admirable*.

Admiro á los sabios, á los artistas, á los literatos, á los oradores, á los inventores, á muchos políticos, á todo el mundo, á poco que lo merezcan.

Mis celdillas cerebrales deben estar plagadas de admiraciones.

Así es que cuando tengo que citar con elogio á unos cuantos seres humanos por sus obras ó sus acciones, la dificultad que encuentro no consiste en escribir nombres y nombres, sino en poner fin á la lista. El *punto final*, este signo ortográfico, sí que es difícil para mí en semejantes casos.

Porque en seguida me asalta el recuerdo de muchos nombres que he pasado en silencio con injusticia notoria.

Si he citado á *fulano*, ¿por qué no he citado á mengano, que casi vale más?

Y éste sí que es para mí verdadero tormento.

Por eso después de haber escrito tantos nombres de sabios ilustres y de grandes naciones, me asalta un remordimiento: ¿por qué no he citado ningún ruso, cuando hay tantos matemáticos ilustres y tantos escritores de primer orden? ¿cómo no

citar la patria de Tolstoi, de Tourguenef, de Dostoiewski, por ejemplo? ¡qué olvido! ¿acaso no he citado á Rusia porque es desgraciada? ¡No, eso no!

¡No; en ese terreno neutral de la ciencia, del arte, de los sentimientos nobles, de las ideas elevadas, no hay ni vencidos ni vencedores, ni japoneses ni rusos! No hay más que hombres, unas veces grandes, otras veces locos.

Locos, con frecuencia; quizá mareados. Porque este artículo bien pudiera titularse «¡el mareo y la admiración!» Y entiéndase bien, este título entre *admiraciones*.

JOSÉ ECHEGARAY

LA MUERTE DE LOS DIOSES

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

(CONTINUACIÓN)

XX

Los compositores de epigramas de la corte, que llamaron desdeñosamente á Juliano *victorinus* (conquistadorcito), recibían sorprendidos las noticias de las continuas victorias del César. Lo visible se transformaba en terrible. Se hablaba mucho de sortilegios, de secretas fuerzas demoníacas, que venían en ayuda del amigo de Máximo de Éfeso.

Juliano había conquistado é incorporado de nuevo al imperio romano: Argentoratum, Bracomagum, Tres Tabernæ, Salison, Numeta, Vangion, Moguintiac. Los soldados le adoraban cada vez más; él se convencía de que le protegían los dioses olímpicos. Pero, por prudencia, continuaba yendo á las iglesias cristianas, y en la ciudad de Viena, á orillas del Ródano, asistió á una solemne misa.

Á mediados de Diciembre el César conquistador volvía, tras una larga campaña, á sus cuarteles de invierno, á su muy querida ciudad de Parisis-Lutecia, á orillas del Sena.

Caía la noche. El cielo septentrional asombraba á los meridionales con sus reflejos de un verde pálido. La nieve recientemente caída crujía bajo los pies de los soldados.

Lutecia, construída sobre una isleta, estaba rodeada de agua por todas partes. Dos puentes de madera ponían en comunicación la ciudad con las márgenes del río. Las casas eran de una arquitectura galo-romana, con sus galerías de cristales, que reemplazaban á los pórticos abiertos de los países meridionales. Sobre la ciudad se esparcía el humo de una porción de chimeneas. Los árboles estaban cubiertos de escarcha.

En los jardines, á lo largo de los muros, vueltas hacia el Mediodía, como criaturas frioleras, se apretaban, cuidadosamente envueltas en paja, algunas higueras traídas por los romanos.

Aquel año, el invierno era riguroso, á pesar de los vientos del Sur que soplaban el deshielo.

Enormes trozos de hielo, que chocaban entre sí, flotaban en el Sena. Los guerreros romanos y griegos les miraban sorprendidos. Juliano admiraba las masas transparentes, tan pronto azuladas como verdosas.

Había algo en la belleza triste del Norte que le cautivaba y hacía vibrar su corazón, como un lejano recuerdo. Llegaron al palacio, enorme edificio que destacaba las negras líneas de sus arcadas de ladrillos y de sus torreones en el cielo crepuscular.

Juliano entró en su biblioteca. Hacía frío. Encendieron un gran fuego en el hogar y le entregaron varias cartas llegadas á Lutecia en su ausencia. Una de ellas, del Asia Menor, procedía de Yámblico. Juliano sintió envolverle el soplo del Oriente.

Afuera el huracán se desencadenaba con rabia; el viento rugía. Se hubiera dicho que alguien golpeaba en las maderas cerradas. Con los párpados cerrados, Juliano creyó ver los propíleos de mármol, velados por la obscuridad, que pasaban rápidamente y se deshacían como nubes doradas en el horizonte.

Se estremeció y se levantó. El fuego se había apagado. Un ratón roía unos pergaminos en la biblioteca.

Juliano deseó ver un rostro humano. Con sonrisa burlona, se acordó de que tenía mujer. Era una pariente de la emperatriz Eusebia, llamada Elena, y á la que el emperador había casado á la fuerza con Juliano, poco tiempo antes de marchar el último á las Galias.

Juliano no amaba á Elena. Aunque llevaba más de un año de casado, casi no la había visto, no la conocía, no había pasado una noche á su lado. Su mujer permanecía virgen.

Desde su adolescencia, había pensado ella en ser esposa de Cristo. La idea del matrimonio le inspiraba repugnancia. Al principio se creyó perdida; pero después, al ver que Juliano no exigía de ella las caricias conyugales, se tranquilizó y vivió en el palacio como una monja, siempre taciturna, tranquila, enteramente vestida de negro. Elena, en sus oraciones, había hecho voto de castidad.

Aquella noche, una curiosidad maligna impulsó á Juliano á ir á la torre en donde rezaba su mujer. Abrió la puerta sin llamar y entró en la celda, débilmente iluminada. La virgen estaba de rodillas ante una cruz.

Juliano se acercó á ella, ocultando con una mano la llama de su lámpara, y durante algunos minutos la contempló en silencio. Ella estaba tan absorta en la oración, que no le sintió. Después dijo él:

—¡Elena!

Ella lanzó un grito y volvió hacia Juliano su rostro pálido y severo:

—¡Me has asustado!

Él contempló de un modo extraño la cruz, el evangelio, y murmuró:

—Siempre estás rezando.

—Sí; y por ti también... amado César.

—¿Por mí?... Confiesa que me tienes por un gran pecador, Elena.

Ella bajó los ojos sin responder. Su rostro se obscureció aún más.

—No temas nada. Habla. ¿Piensas que me haya hecho culpable de alguna falta especial para con Dios?

Ella respondió en voz baja:

—¿Especial?... Sí, pienso... No te enfades...

—Estaba seguro... Vamos, dílo... Me arrepentiré.

Elena dijo en voz más baja todavía y con mayor severidad:

—No te burles... Responderé de tu alma ante el Eterno.

—¿Tú... de la mía?

—Estamos unidos para siempre.

—¿Por qué vínculo?

—Por el sacramento del matrimonio.

—¿El matrimonio religioso?... Pero hasta ahora vivimos como dos extraños, Elena.

—Tengo miedo por tu alma—repitió ella fijando en él sus ojos inocentes.

Poniéndola una mano en el hombro, él contempló burlescamente el rostro pálido, del que emanaba un frío de castidad. Solamente resaltaban extrañamente los labios rojos, la boca muy bonita y muy pequeña, entreabierta en una expresión de miedo interrogativa.

Juliano se inclinó y, antes de que hubiera podido ella darse cuenta del acto, la besó en los labios.

Elena dió un salto, corrió al extremo opuesto del cuarto y se ocultó el rostro entre las manos. Después, mirando á Juliano con ojos llenos de terror, se santiguó precipitadamente, murmurando:

—Lejos de mí, lejos de mí, impuro... Te conozco... No eres Juliano, eres el diablo... En nombre de la Santísima Cruz, te conjuro... ¡desaparece!

La cólera se apoderó de Juliano. Volvió hacia la puerta y echó el cerrojo; después, acercándose á Elena, sonriendo, dijo:

—Vuelve en ti... Soy un hombre, soy tu marido... y no el diablo... La Iglesia ha bendecido nuestra unión...

Cuanto más la odiaba, tanto más deseaba poseer aquella virgen severa. Ella se pasó lentamente las manos por los ojos.

—Perdóname... Me pareció... ¡Me has asustado tanto, Juliano!... Ya sé que no me deseas nada malo... Pero ya he tenido visiones... Ahora, he creído también... “Él,, ronda por aquí de noche... Le he visto dos veces... me ha dicho de ti malas cosas... Desde entonces, tengo miedo... “Él,, me ha dicho que llevabas en tu rostro el sello de Caín... ¿Por qué me miras así, Juliano?

Ella temblaba, se apoyaba en la pared. Él se acercó y la abrazó.

—¿Qué haces? ¡Déjame, déjame!

Trató de gritar, de llamar á la sirvienta.

—¡Eleferia, Eleferia!

—¿Por qué llamas? ¿No soy tu esposo?

Ella se echó á llorar amargamente.

—“¡Hermano!,, “Eso,, no debe ser... Soy esposa de Cristo... Yo creía que tú...

—La esposa del César romano no puede ser esposa de Cristo.

—¡Juliano!... Si crees en “Él,,...

Él se echó á reir.

—¡Detesto al Galileo!

En un supremo esfuerzo ella trató de rechazarle, y, desesperada, exclamó:

—¡Vete!... ¡diablo, diablo!... ¿Por qué me has abandonado, Señor?

Juliano cubría la nuca de Elena de audaces besos. Le parecía que cometía un crimen. Ella había desfallecido de tal manera en la lucha, que apenas resistía; balbuceaba:

—¡Ten piedad!... ¡hermano mío!

Con sus impías manos él arrancaba las vestiduras negras. Su alma estaba llena de terror, pero jamás en su vida había experimentado una tal embriaguez del mal. De pronto, á través de la tela desgarrada, brotó la carne. Entonces, irónico, con una sonrisa de desafío, el César romano miró al extremo opuesto de la celda, en donde lucía débilmente la lámpara, iluminando sobre la pared la gran cruz negra.

.....

XXI

Más de dos años habían transcurrido desde la victoria de Argentoratum. Juliano había libertado la Galia de los bárbaros. Á principios de la primavera, Juliano, que continuaba en Lutecia, recibió una importante carta del emperador Constancio, traída por el tribuno Decensio.

Cada nueva victoria alcanzada en la Galia vejaba á Constancio: era un golpe que su vanidad recibía. El "chiquillo,, el "mono vestido de púrpura,, el "risible conquistadorcete,, con indignación de los bufones de la corte, se transformaba en verdadero y terrible conquistador.

Constancio se consumía de envidia. Al mismo tiempo él sufría derrota sobre derrota combatiendo á los persas en las provincias asiáticas. Enflaquecía, no dormía, perdía el apetito, tuvo dos desbordamientos de bilis. Los médicos de la corte estaban consternados.

Á veces, durante las noches de insomnio, el emperador, extendido en su magnífico lecho colocado bajo el sagrado estandarte de Constantino, pensaba:

—¡Eusebia me engañó! Sin ella, hubiera seguido los prudentes consejos de Catena y de Marconio... Hubiese hecho degollar á ese chiquillo en cualquier rincón sombrío... Hubiese exterminado esa serpiente del nido de los Flavios... ¡Imbécil!... Yo mismo le dejé escapar... ¿Y quién sabe?... ¡Tal vez Eusebia fué su querida!

Los celos tardíos le enardecían más aún.

No podía vengarse en la emperatriz Eusebia, muerta ya. Su segunda mujer, Faustina, era una tontuela á la que despreciaba...

Constancio derramaba lágrimas de rabia.

¿No había defendido á la Iglesia? ¿No había trabajado por la destrucción de todas las herejías? ¿No había construído y embellecido claustros? ¿No cumplía regularmente con los ritos impuestos? ¿Y qué recompensa recibía?

Por primera vez el amo de la tierra sentía rugir en él la indignación contra el Amo eterno. La oración expiraba en sus labios.

Para calmar un poco sus celos, decidió recurrir á un medio inusitado: hizo que se enviasen á todas las grandes ciudades *cartas triunfales*, ornadas de laureles y anunciando las victorias concedidas por la gracia de Dios al emperador Constancio. Resultaba de tales cartas que Constancio, y no Juliano, había atravesado cuatro

veces el Rhin; Constancio quien en el otro extremo del mundo aniquilaba el ejército en estúpidos combates; Constancio, y no Juliano, había estado á punto de perecer bajo las flechas en Argenteratum; Constancio había hecho prisionero al rey Clodomiro; Constancio había cruzado los terrenos pantanosos y los bosques impracticables, asaltado las fortalezas, sufrido hambre, sed, calor...

El nombre de Juliano ni siquiera figuraba en las cartas, como si no hubiese César. El pueblo aclamaba á Constancio "vencedor de las Galias," y, en todas las iglesias, los obispos y los arzobispos entonaban acciones de gracias por los triunfos del emperador.

Juliano, al enterarse de estas locuras, se contentó con sonreír.

Pero no se aplacó la envidia que roía el corazón del emperador. Decidió despojar á Juliano de sus mejores legiones, bajo fútiles pretextos; desarmarle poco á poco, como hizo con Galo, y atraerle por fin á un lazo para asestarle el golpe mortal.

Con este fin, envió á Lutecia un hábil dignatario, el tribuno Decensio, el cual debía enviar inmediatamente á Asia las mejores legiones compuestas de los hérulos, batavios, petulantes y celtas. Además, tenía orden de tomar de cada legión restante trescientos guerreros de los mejores, y el tribuno de las caballerizas imperiales, Cíntula, debía reunir soldados distinguidos y ponerse á su frente para conducirlos á Oriente.

Juliano mostró á Decensio la inevitable rebelión entre las legiones bárbaras, que preferían morir antes que abandonar el suelo natal. El obstinado dignatario no hizo caso de tales observaciones.

La agitación se apoderó de sus soldados. Solamente la severa y prudente disciplina impuesta por Juliano les contenía.

Las primeras cohortes de los petulantes y de los hérulos marcharon por la noche; por la mañana se disponían á seguir las sus hermanas los celtas y los batavios. Cíntula daba las órdenes con voz segura. Un murmullo corría por las filas. Acababan de dar muerte á un soldado que se rebeló. Decensio iba de un lado para otro examinándolo todo.

De pronto, el rumor y la agitación aumentaron. Los soldados salían de filas, á pesar de las órdenes, de las amenazas y hasta de los golpes de los centuriones; y la confusión y el desorden llegaron al colmo cuando un legionario, con el traje desgarrado y aterrizado el rostro, se presentó corriendo y gritando:

—¡Hermanos! ¡corred pronto á palacio! ¡Acaban de asesinar á Juliano!

Estalló una verdadera tempestad de gritos é imprecaciones.

—¿Dónde están los asesinos?

—¡Matad á los miserables!

—¿Quiénes han sido?

—Los enviados del emperador Constancio.

—¡Abajo el emperador!

Dos inocentes centuriones que pasaban fueron arrojados al suelo, pisoteados, hechos pedazos. La vista de la sangre enfureció aún más á los legionarios, y de pronto resonó un clamor ensordecedor:

—¡Gloria al emperador Juliano! ¡Gloria á Augusto Juliano!

—¡Le han matado!

—¡Callad, imbéciles!... Augusto vive... Acabamos de verle...

—¡El César vive!

—No es ya César, sino emperador.

—Pero han querido matarle.

—¡Muera Constancio!

—¡Mueran los eunucos!

—¿Dónde está Decensio, ese bandido?

El dignatario huía á uña de caballo. La rebelión corría por todo el ejército, y la cólera se transformó en alegría cuando vieron volver las legiones de los hérulos y de los petulantes, sublevadas también.

Enterado de los sucesos, Juliano no salía, no se presentaba á los soldados, y pasaba el tiempo en adivinaciones. Dos días y dos noches esperó los milagros. Vestido con la larga túnica blanca de los pitagóricos, con una lámpara en la mano, subía á la torre más alta del palacio.

Allí le esperaba, observando los astros, el ayudante de Máximo de Efeso, enviado por él á Juliano; aquel Nogodarés que predijera el porvenir al tribuno Escoda.

—¿Y bien?—preguntó Juliano, inquieto.

—No se ve nada. Se diría que el cielo y la tierra se han puesto de acuerdo.

—En cuanto descubras algo, dímelo.

Y Juliano se puso á pasear por la habitación.

Entró un criado anunciando que un anciano de Atenas deseaba ver al César para un asunto urgente. Juliano fué y se encontró con el gran hierofante de los misterios de Eleusis.

—¡Padre!—exclamó Juliano,—¡sálvame! Debo saber la voluntad de los dioses...

Un mensajero vino á decir que los soldados sublevados rompían las verjas para entrar en palacio.

Juliano hizo un ademán.

—Luego... luego... Que no éntre nadie ahora.

Y bajó con el hierofante á un sombrío subterráneo. La luz de las antorchas iluminaba la reproducción en plata de Helios-Mitra, el dios sol; los trípodes humeaban; los vasos sagrados, llenos de agua, de vino y de miel, esperaban; así como la sal y la harina, para cubrir el cuerpo de las víctimas. Había en jaulas diferentes pájaros, un águila y un cordero blanco. Todo estaba dispuesto para los sacrificios adivinatorios.

El hierofante mató el cordero, y con misteriosos exorcismos comenzó la inspección de los órganos.

—El poderoso será derribado—dijo designando el corazón de la víctima;—una muerte espantosa...

—¿Quién?—preguntó Juliano.—¿Él ó yo?

—No sé—contestó el viejo.—No decidas nada esta noche. Espera el día. Los presagios son dudosos.

Nogodarés entró en aquel momento solemnemente.

—Juliano, regocíjate—dijo.—Esta noche se decidirá tu destino... Apresúrate... Después será demasiado tarde.

El mago miró al hierofante; el hierofante miró al mago.

—¡Espera!—dijo el sacrificador de Eleusis.

—¡Atrévete!—dijo Nogodarés.

Juliano permanecía perplejo y los observaba.

Los rostros de los augures permanecían impenetrables.

De pronto dijo Juliano:

—Tengo en la biblioteca un libro que trata de la contradicción en los augures. Voy á consultarle.

Salió. En un pasillo se encontró con el obispo Doroteo, revestido, que llevaba el viático.

—¿Qué ocurre?—preguntó Juliano.

—Tu mujer está agonizando, César.

Doroteo miró severamente las vestiduras de Juliano, su rostro pálido, sus manos ensangrentadas.

—Tu mujer—añadió el obispo—desea verte antes de morir. ¿Vienes?

Entró en la biblioteca y comenzó á revolver los pergaminos. De repente, oyó una voz que murmuraba en su oído:

—¡Atrévete, atrévete, atrévete!

—¿Eres tú, Máximo?—exclamó Juliano volviéndose.

No había nadie.

—¡He aquí lo que esperaba!—exclamó Juliano.—Ha sido "su," voz. Ahora estoy decidido.

Los legionarios penetraban en el atrio. Juliano no vacilaba ya en lo que tenía que hacer. Todas sus dudas habían desaparecido. Se quitó la túnica, revistió la armadura, se colgó la espada, descendió corriendo la escalera principal, y se presentó ante los soldados.

Hizo un ademán para imponer silencio, y comenzó un discurso: rogaba á los soldados que se tranquilizasen; no permitiría que se los llevasen; convencería á su muy querido hermano el emperador Constancio...

—¡Abajo Constancio!—interrumpieron los legionarios.—¡Abajo el fratricida! ¡Tú eres nuestro emperador!... ¡Gloria á Augusto Juliano el Invencible!

Simuló admirablemente una gran sorpresa, bajó los ojos y extendió las manos como si rechazase un presente criminal. Los gritos redoblaron.

—¿Qué hacéis?—exclamó.—¡Me perdéis y os perdéis! ¿Creéis que yo pueda hacer traición á mi señor?

—¡Es el asesino de tu hermano Galo!

—¡Callaos!—replicó Juliano avanzando á la multitud...

Cada movimiento de Juliano era una astuta hipocresía. Los soldados le rodearon. Él sacó la espada y la dirigió contra su pecho.

—Más vale morir por el César que hacer traición.

Los soldados le desarmaron. Muchos cayeron á sus pies llorando.

—¡Moriremos por ti!

Otros clamaban:

—¡Ten piedad!... ¡Sé nuestro Augusto!

Por fin, Juliano dijo, haciendo un esfuerzo que se hubiera podido creer sincero:

—¡Hijos míos! ¡Queridos compañeros de armas!... Ya veis... Soy vuestro en la vida y en la muerte... No puedo negaros nada...

—¡Coronadle! ¡La diadema!—exclamó el ejército triunfalmente.

Se buscó un objeto que sirviera para el caso á falta de corona, y, por fin, se utilizó la cadena de metal de un portaestandarte: aquella cadena le hizo emperador romano.

—¡Sobre el escudo, sobre el escudo!—gritaban los soldados.

Le alzaron sobre uno. Juliano vió un mar de cabezas, oyó el grito triunfal:

—¡Gloria á Juliano, divino Augusto!

Le parecía que se cumplía la voluntad del destino. Cuando volvió á palacio, subió al cuarto de su mujer.

Esta había muerto ya.

—¿Qué querría decirme?—se preguntó Juliano.

XXII

El emperador Constancio languidecía en Antioquía. Por la noche tenía sueños espantosos. Experimentaba frecuentes desvanecimientos y un malestar constante.

Á fines de otoño salió de Antioquía.

Cuando llegó á una de las etapas del camino, á Mopsucrenes, anunciaron al emperador que le esperaban dos correos.

Entró uno de ellos, tembloroso y lívido.

—¡Dilo todo... en seguida!—exclamó el emperador, asustado ante la expresión de aquel hombre.

El correo refirió la audacia de Juliano. El César, ante el ejército reunido, había roto la carta del emperador. La Galia, la Pannonia, la Aquitania, se habían entregado á Juliano. Los traidores avanzaban sobre Constantinopla, con todas las legiones disponibles en sus regiones.

Fué el golpe de gracia para Constancio. Cayó como herido por el rayo: no había muerto; pero cuando volvió á abrir los ojos, la parálisis se había apoderado de él, y no podía articular palabra.

Agonizó durante tres días. Al tercero, sus ojos se cerraron para siempre, y sobre Constancio resonaron estas palabras que, según costumbre, recitaba la Iglesia sobre los mortales despojos de los emperadores romanos:

“¡Levántate, oh rey de la tierra; acude al llamamiento del Rey de los reyes, para que te juzgue!,”

.....

No lejos del desfiladero de Sucos, en la frontera de Iliria y Tracia, dos hombres cruzaban una noche el sendero de un bosque. Eran el emperador Juliano y el mago Máximo.

La luna llena brillaba en un cielo puro é iluminaba con luz extraña el oro y la púrpura de las hojas de otoño. De cuando en cuando, con un ligero ruido, caía una hoja amarilla. La atmósfera estaba saturada de humedad, de un relente de otoño tardío, suave y fresco, y al mismo tiempo triste, evocador de la muerte. Las hojas crujían al paso de los dos caminantes. En torno de ellos, en el bosque silencioso reinaba una magnificencia de suntuosos funerales.

—Maestro—dijo Juliano,—¿por qué no tengo yo la ligereza divina, la alegría que ostentaban los hombres de la Hélada?

—No eres helenista.

Juliano suspiró.

—¡Ah! Nuestros antepasados eran salvajes bárbaros, los medos. En mis venas corre la sangre pesada del Norte. ¡No soy hijo de helenos!

—Amigo mío, la Hélada no existió nunca—murmuró Máximo con su eterna sonrisa.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Juliano.

—La Hélada que tú amas no ha existido.

—¿Es inútil mi creencia?

—No se puede creer—respondió Máximo—en lo que ya no es, sino en lo que será. Tu Hélada existirá, será el reinado de los hombres divinos audaces, que no temen nada.

—¡No temer nada!... Maestro, tú posees poderosos sortilegios... ¡libra mi alma del miedo!

—¿Miedo de qué?

—No sabría decírtelo; pero tengo miedo desde mi infancia... de la vida, de la muerte, de mí mismo, del misterio que hay en todo, de las tinieblas... Tenía yo una antigua nodriza, Labda, parecida á una vieja parca, que me contaba terribles tradiciones de la familia de los Flavios... Quiero estar alegre como los antiguos helenos... y no puedo... A veces me parece que soy un cobarde. ¡Maestro... maestro! ¡sálvame! ¡líbrame de ese miedo eterno, de esas tinieblas!...

—Ya sé lo que te hace falta—dijo Máximo en tono solemne.—Te depuraré de la corrupción galilea, de la sombra del Gólgota, con la irradiación de Mitra; caldearé tu cuerpo, helado por el agua del bautismo, con la sangre caliente del dios Sol... Te daré una libertad y una alegría tales como jamás hombre alguno haya poseído en esta tierra.

Salieron del bosque. La nieve cubría la cima del monte Rodopis. Juliano y Máximo penetraron en una caverna: el templo del Sol, Mitra, en donde se celebraban los misterios prohibidos por las leyes romanas.

No había allí ningún lujo; en las paredes desnudas estaban tallados signos cabalísticos de la ciencia de Zoroastro, tales como triángulos, círculos enlazados, constelaciones, monstruos alados. Á la indecisa luz de algunas antorchas, los sacrificadores hierofantes, vestidos con largas y extrañas túnicas, se movían como sombras.

Pusieron á Juliano la túnica olímpica. Le dieron una antorcha.

Máximo le había impuesto en las respuestas que debía dar al hierofante, y Juliano las aprendió de memoria, aunque no debiera comprender su significación sino en el momento de los misterios.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Los sacrificadores sacaron tres toros negros, tres blancos y uno rojo, que tenía las pezuñas y los cuernos dorados. Los hierofantes entonaron un himno, al que respondían los mugidos de las bestias que mataban á mazazos. Al toro rojo le llamaban el dios Mitra.

La sangre brotaba; Juliano se sumergía en ella.

Entonces Máximo dijo:

—Tu alma se baña en la sangre expiatoria del dios Sol; en la sangre más pura del corazón, siempre radioso, del dios Sol; en su luz matinal y crepuscular. ¿Temes aún algo, mortal?

—Sí—respondió Juliano.

—Tu alma se convierte en una parcela del dios Sol. Mitra inagotable te adopta. ¿Temes aún algo, mortal?

—Ya no temo nada en la tierra—replicó Juliano, lleno de sangre de la cabeza á los pies.—¡Soy como Él!

—Toma esta corona—dijo Máximo, poniendo con la punta de su espada una corona de acanto en la cabeza de Juliano.

Pero Juliano arrojó la corona al suelo, diciendo:

—¡Solamente el sol es mi corona! ¡Solamente el sol es mi corona!

Después pisoteó el acanto, y alzando los brazos al cielo, dijo por tercera vez:

—¡Ahora y hasta la muerte, el sol es mi corona!

El misterio había terminado. Máximo abrazó al iniciado, y en los labios del anciano se dibujó una enigmática sonrisa.

Cuando volvieron á cruzar el bosque, el emperador se dirigió al mago:

—Máximo, á veces me parece que me ocultas lo principal...

Y volvió hacia el anciano su rostro pálido, del que, según la costumbre, no se había limpiado las manchas de la sangre sagrada.

—¿Qué quieres saber, Juliano?

—¿Qué será de mí?

—Vencerás.

—¿Y Constancio?

—Constancio no existe ya.

—¿Qué dices?

—Espera... El sol iluminará tu gloria.

Juliano no se atrevió á preguntar. Ambos, silenciosos, volvieron al campamento. En la tienda de Juliano, un correo del Asia Menor, el tribuno Cíntula, esperaba. Se arrodilló y besó el borde del paludamento imperial.

—¡Gloria al divino Augusto Juliano!

—¿Vienes de parte de Constancio, Cíntula?

—Constancio no existe.

—¿Cómo?

Juliano se estremeció y miró á Máximo, que permanecía impassible.

—Por la voluntad de Dios—replicó Cíntula—tu enemigo ha muerto en Mopsucrenes.

Por la tarde fué congregado el ejército; la muerte de Constancio era ya conocida.

Augusto Claudio Flavio Juliano se situó en un montículo, de manera que todos los guerreros pudiesen verle, sin corona, sin espada, sin coraza, envuelto de la cabeza á los pies en la púrpura. Para ocultar las manchas de sangre, que no se debían lavar, se echó la tela de púrpura por la cabeza. Se parecía así más á un sacrificador que á un emperador.

Juliano observaba al ejército. Al lado de aquél estaba Máximo, que murmuraba á su oído:

—¡Mira!... ¡qué gloria! Tu hora ha llegado... No vaciles...

El mago indicó la bandera cristiana: el lábaro, con el monograma de Cristo, y hecho para el ejército romano con arreglo al estandarte de fuego con la inscripción *¡In hoc signum vincens!* que Constantino el Grande viera en el cielo.

Las tropas callaron. Juliano, con voz fuerte y solemne, dijo:

—¡Hijos míos! nuestros trabajos han terminado. Vamos á Constantinopla. Dad gracias á los olímpicos, que nos han dado la victoria.

Estas palabras no fueron oídas sino por las primeras filas del ejército, entre las que había numerosos cristianos. La agitación se apoderó de ellos.

—¡Señor, ten piedad de nosotros!

—¿Qué significa esto?—dijo uno.

—¿Ves ese viejo de barba blanca?—preguntó otro á su compañero.

—Sí.

—Es el diablo, que, bajo el cuerpo de Máximo el Encantador, tienta al soberano.

Pero en las filas lejanas, que no habían oído las palabras de Juliano, se elevó este entusiasta grito:

—¡Gloria al divino Augusto! ¡Gloria, gloria!

—Mirad, mirad—murmuraban los cristianos, aterrorizados.—¡Inclinan el lábaro!

En efecto: se inclinaba ante el emperador la bandera sagrada, una de las bendecidas por Constantino el Apostólico.

El emperador, lívido á pesar de los reflejos de la púrpura y del sol, arrancó del lábaro la cruz y el monograma. Máximo sacó de un estuche una estatuita de plata del dios Sol Mitra-Helios.

Antes de que el ejército se hubiera repuesto de su asombro, flotó sobre la cabeza del emperador la bandera sagrada de Constantino con el ídolo de Apolo.

Un cristiano viejo se tapó los ojos, exclamando:

—¡Sacrilegio!

—¡Ay de nosotros!—gimió otro.—El diablo ha seducido al emperador.

Juliano se arrodilló ante el estandarte, y dijo en alta voz:

—¡Gloria al Sol invencible, rey de todos los dioses!... ¡Augusto adora al eterno Helios, dios de la luz, de la razón, de la alegría y de la belleza olímpicas!

Las legiones se callaban; reinó un tal silencio, que se oyó el rodar de las hojas muertas.

Y del incendio del sol poniente, de la púrpura del sacrificador, del bosque dorado, de todo emanaba una magnificencia de suntuosos funerales.

Uno de los soldados de la primera fila murmuró, de manera que Juliano lo oyó y se estremeció:

—¡Anticristo!

SEGUNDA PARTE

I

Al lado de las cuadras, en el hipódromo de Constantinopla, se encontraba una habitación destinada á los jinetes, amazonas, mimos y conductores de carros. Hasta por el día ardían lámparas en aquel lugar ahogado, impregnado de olor á estiércol. Cuando se levantaba el portier, invadía el cuarto un torrente de luz deslumbradora; veíanse en el espacio soleado las gradas vacías, la grandiosa escalera que unía las habitaciones del palacio de Constantino con el palco imperial, las agujas de piedra de los obeliscos egipcios, y en el centro, sobre la amarilla arena, un gigantesco altar de sacrificios, formado por tres serpientes de bronce, cuyas cabezas chatas sostenían un trípode de Delfos maravillosamente trabajado.

A veces, llegaban de la arena chasquidos de látigo, los gritos de los jinetes, los relinchos de los caballos, el ruido suave de las ruedas, semejante á roce de alas.

No era una carrera, sino sencillamente los ejercicios preparatorios para los verdaderos juegos que debían celebrarse dentro de pocos días.

En un rincón de la cuadra, un atleta desnudo, frotado de aceite, cubierto de polvo, con un cinturón de cuero, levantaba pesos. Echada hacia atrás su cabeza de abundante pelo, arqueaba de tal manera la espalda, que los huesos crujían en las articulaciones, el rostro se ponía congestionado y las venas de su cuello se hinchaban á cada movimiento.

Precedida de esclavos, una joven patricia bizantina, vestida con una elegante túnica de mañana, con un velo echado por la cara, que cubría unas facciones aristocráticas y ajadas ya, se acercó al atleta.

Era una celosa cristiana, querida de todos los frailes por sus generosas donaciones á los monasterios y sus abundantes caridades, viuda de un senador romano. Al principio ocultó sus aventuras; pero no tardó en darse cuenta de que unir el amor á la Iglesia á la afición al circo era la moda general.

Todo el mundo sabía que Estratonice detestaba á los "petimetres," de Constantinopla, llenos de afeites y de rizos, nerviosos y caprichosos como ella misma. Su temperamento consistía en mezclar los más exquisitos perfumes de Arabia con el enervante calor de la cuadra y del circo.

Tras las ardientes lágrimas de arrepentimiento, después de conmovedoras confesiones hechas á confesores hábiles, aquella mujer, débil y delicada como una figurita de marfil, experimentaba la necesidad de las groseras caricias de un célebre gimnasta.

Estratonice miraba los ejercicios del atleta como buena conocedora, mientras que aquél, conservando una gravedad estúpida en su rostro de buey, no le concedía ninguna atención. Ella murmuraba algo al oído de su esclavo, y con ingenuo asombro admiraba la poderosa espalda, los terribles músculos de Hércules, que danzaban bajo la piel roja cuando el atleta, soplando como un fuelle, levantaba por encima de su hermosa cabeza enmarañada las pesas de hierro.

Se alzó la cortina, retrocedieron los espectadores, y dos yeguas capadocias, blanca y negra, entraron en la cuadra, montadas por una joven amazona, que hábilmente, con un grito gutural, saltó de una bestia á otra y después á tierra.

Era sólida, sana y alegre como sus yeguas.

Sobre su cuerpo, desprovisto de vestiduras, brillaban finas gotas de sudor.

Amablemente se adelantó hacia ella el elegante subdiácono de la basílica de los Santos Apóstoles, Zefirín, gran aficionado al circo, conocedor de caballos y asistente á todas las carreras, en las que apostaba crecidas sumas por los "azules,, (*vineta*) contra los "verdes,, (*prasina*).

Con sus botas de tacones rojos, sus ojos pintados, sus rizados cabellos, Zefirín se parecía mucho más á una joven que á un servidor de la Iglesia. Detrás de él estaba un esclavo cargado con paquetes de telas, cajas, compras de todas clases procedentes de tiendas famosas.

—Krokala, aquí tienes los perfumes que pedías antes de ayer.

El subdiácono tendió á la amazona un frasco cerrado con cera azul.

—He corrido todas las tiendas esta mañana. No lo he encontrado más que en una. ¡Es puro nardo! Lo han traído ayer de Apameios.

—¿Y qué son esas otras cosas?—preguntó Krokala.

—Seda de moda, adornos.

—¿Siempre para tu...?

—Sí, siempre para mi muy noble hermana, la devota matrona Bezilla. Hay que ayudar á los parientes. Ella no se fía más que de mí para la elección de las telas. Desde el amanecer estoy á sus órdenes. Pierdo la cabeza, pero no me quejo, ¡no, no!... Bezilla es tan buena... Una mujer tan santa...

—Por desgracia, vieja—dijo Krokala, riendo.—¡Oye, muchacho!, seca el sudor de la yegua negra con hojas frescas de higuera.

—La vejez tiene también sus cualidades—replicó el subdiácono, frotando sus manos, llenas de sortijas.

Después murmuró al oído de Krokala:

—¿Esta noche?

—No sé, la verdad... tal vez... ¿Quieres traerme algo?

—No tengas cuidado, Krokala, no vendré con las manos vacías. He visto una pieza de seda de un dibujo maravilloso... ¡Una delicia!

—¿Dónde la has encontrado?

—Pues en casa de Pyrmix, junto á los baños. ¿Por quién me tomas? Te podrás hacer con ella un largo *tarantinidion*. No te puedes imaginar el bordado. ¿Qué crees que es?

—No sé... flores... animales...

—Con oro y sedas, toda la historia del cínico Diógenes.

—¡Ah! debe de ser bonito. Ven, ven sin falta; te esperaré.

Zefirín miró el péndulo de arena.

—Estoy retrasado. Tengo que ir á ver á un usurero, á un joyero, al patriarca, después de la iglesia... Hasta luego.

—¡No te olvides!—le gritó Krokala con un gesto picaresco.

El subdiácono desapareció, seguido de su esclavo.

Una multitud de jinetes, de bailarinas, de gimnastas, de domadores, invadió las cuadras. Con el rostro protegido por una careta, el gladiador Mermilión calentaba al rojo blanco una barra de hierro. Domaba un león recientemente llegado de África y que rugía tras la pared.

—Me llevarás á la tumba, chiquita, y te perderás tú misma. ¡Oh! ¡cómo me duelen los riñones! No puedo más.

—¿Eres tú, abuelo Guyfon? ¿Qué quieres?—preguntó Krokala con fastidio.

Guyfon era un vejete de ojuelos tiernos y astutos, brillantes, bajo cejas que se meneaban como dos ratoncillos blancos, y con una nariz amoratada de borracho. Llevaba el pantalón lidio, lleno de remiendos, y en la cabeza un gorro frigio.

—¿Vienes á buscar dinero otra vez?—exclamó Krokala.—Todavía estás borracho.

—Es un pecado hablar así. Responderás de mi alma ante Dios. Piensa cómo me encuentro por ti. Vivo en el barrio de los smokatas, en un chiribitil alquilado á un escultor de ídolos, á quien diariamente veo crear en el mármol sus horribles imágenes. ¿Crees que es esto agrable para un cristiano?... Dejas así á un pobre viejo...

—Mentira, no eres pobre, eres avaro. Tienes un escondite bajo tu cama.

Guyfon hizo gestos desesperados.

—¡Cállate, cállate!

Para cambiar de conversación, dijo:

—¿Sabes adónde voy?

—A la taberna, seguramente.

—Peor que eso: al templo de Dionisio. Ese templo, desde el santo Constantino, estaba enterrado bajo los escombros, y mañana, por orden augusta del emperador Juliano, resplandecerá de nuevo. Me he ajustado para la limpieza... aunque sepa que perderé mi alma y me iré al infierno... Pero me dejo tentar porque estoy pobre y hambriento... No tengo amparo al lado de mi nieta... A tal punto he llegado.

—Déjame en paz... Toma, y no vuelvas cuando estés borracho.

Krokala dió á su abuelo algunas monedas; después saltó sobre un caballo de Iliria, y, de pie en la grupa, se puso á galopar por el hipódromo. Guyfon exclamó con orgullo:

—¡Y decir que la he educado yo!

El cuerpo vigoroso y desnudo de la amazona brillaba bajo los rayos del sol matinal, y los cabellos rojos, deshechos, flotantes, hacían juego con la piel del caballo.

—Oye, Zotick—gritó Guyfon á un esclavo viejo que recogía el estiércol en una cesta.—Ven conmigo á limpiar el templo de Dionisio. Tú entiendes de eso. Te daré tres óbolos.

—¿Por qué no?—respondió Zotick.—En cuanto arregle la lámpara de la diosa, soy contigo.

Era Atalanta, la diosa de los jinetes, de las cuadras y del estiércol.

Groseramente tallada en madera, ennegrecida, Atalanta estaba colocada en un rincón húmedo; pero Zotick, criado entre caballos, la adoraba, rezaba ante ella llorando, la ponía flores, y creía que le curaba todos sus males, que le preservaba en la vida y en la muerte.

Guyfon y Zotick salieron á la plaza, el foro de Constantino, redondo, con columnas y arcos de triunfo. En el centro se alzaba una gigantesca columna de pórfido, de más de ciento veinte codos de alto, que sustentaba la estatua en bronce de Apolo, hecha por Fidias, robada de una ciudad frigia. Habían roto la cabeza del dios Sol, y, con una falta de gusto bárbara, pusieron en el cuerpo del ídolo la cabeza del emperador cristiano, Constantino el Apostólico.

Su frente estaba rodeada de rayos de oro; en su mano derecha, Apolo-Constantino tenía el cetro, y en la izquierda el globo. A los pies del coloso se alzaba una capillita cristiana, una especie de Paladio. Allí se oficiaba en tiempos de Constantino. Los cristianos decían que en el cuerpo de bronce de Apolo, en el pecho mismo del dios Sol, estaba encerrado un talismán, un pedazo de la Santa Cruz traído de Jerusalén. El emperador Juliano mandó cerrar la capilla. Guyfon y Zotick tomaron por una calle larga y estrecha que conducía directamente á las escaleras de Calcedonia, no lejos del fuerte. Muchos edificios se construían aún; otros se reconstruían, porque fueron levantados tan aprisa, para complacer á Constancio, que se derrumbaban.

Guyfon oyó, al pasar, una conversación entre dos obreros que revolvían un mortero.

—¿Por qué te has hecho galileo?—preguntaba el uno.

—Piensa que los cristianos tienen seis veces más fiestas que los helenistas. A nadie le disgusta... Te aconsejo que sigas mi ejemplo. Se está más libre siendo cristiano.

En una encrucijada, la multitud acorraló á Guyfon y Zotick contra la pared. En medio de la calle había tal cantidad de carros, que no podían ni avanzar ni retroceder; se cruzaban gritos, juramentos, latigazos; cuarenta bueyes arrastraban, sobre una enorme carreta de ruedas de piedra, una columna de jaspe. El suelo retemblaba al peso.

—¿Adónde vais con eso?—preguntó Guyfon.

—Desde la basílica de San Pablo al templo de Gera. Los cristianos se la llevaron para su iglesia. Ahora vuelve á su primer sitio.

Guyfon vió en la pared en que se apoyaba la habitual caricatura impía de los cristianos, dibujada con carbón por algunos muchachos paganos, sin duda.

Volvió la cabeza, escupiendo con indignación.

Al lado de un concurrido mercado vieron el retrato de Juliano con todos los atributos del poder imperial. Desde unas nubes, el alado dios Hermes descendía hacia él. El retrato estaba recién pintado.

Según la ley romana, todo transeunte debía saludar á la reproducción de Augusto.

El inspector del mercado, el agerano, detuvo á una viejecita que llevaba un cesto de verduras.

—Yo no saludo á los dioses—decía gimoteando la vieja.—Mis padres fueron cristianos.

—Tú debías saludar no al dios, pero sí al emperador.

—¡Pero el emperador está con el dios! ¿Cómo iba á saludarle?

—Nada importa. Está mandado que se salude, y no hay que discutir.

Guyfon arrastró á Zotick, diciendo:

—¡Qué astucia tan diabólica! O saludar al maldito Hermes, ó ser acusado de ultraje á la majestad. No hay salida... ¡Qué tiempos! Te miro con envidia, Zotick. Tú vives con tu diosa y te tiene todo sin cuidado...

Llegaron al templo de Dionisio, próximo á un monasterio cristiano, cuyas puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas como ante la proximidad de un enemigo. Los paganos acusaban á los religiosos de haber saqueado el templo.

Cuando Guyfon y Zotick entraron en él, los obreros estaban ya

trabajando. Quitaron las planchas que cerraban el cuadrilátero abierto en el techo, y el sol se precipitó por el edificio sombrío.

—¡Cuánta tela de arañas! Mirad, mirad...

Entre los capiteles de las columnas pendían tejidos de materia gris, que se apresuraron á quitar con largos escobones. Un murciélago, molestado en su antro, voló en todas direcciones, no sabiendo en dónde ocultarse de la luz, tropezando con todo.

Zotick recogía escombros é iba á echarlos en una cesta.

—¡Ah, malditos! ¡cuántas porquerías han amontonado!—murmuraba el viejo.

Trajeron unas llaves mohosas, y se abrió el tesoro: los frailes se habían llevado todo lo de valor: las piedras preciosas incrustadas en las copas de los sacrificios; los ornamentos de oro y púrpura de los hábitos sacerdotales.

De todo aquel montón de cosas sagradas, abandonadas y rotas, emanaban un olor de muerte y un suave y triste perfume de incienso de los dioses profanados.

Una dulce melancolía se deslizó en el corazón de Guyfon; sonrió, acordándose de algo, tal vez de su infancia, de las buenas galletas de cebada y heno, de las grandes margaritas de los campos y de los jazmines que con su madre llevaba al altar de la diosa de la aldea; sus oraciones de niño, no al Dios lejano, sino á los dioscecitos relucientes de tanto tocarles, esculpidos en madera; los dioses penales. Se compadeció de los dioses muertos; suspiró tristemente, pero en seguida se repuso y murmuró:

—¡Sugestión diabólica!

Unos obreros frotaban el mármol ennegrecido de la estatua del dios, y poco á poco aparecieron las severas líneas de la divina escultura. Dionisio, joven, desnudo, soberbio, como fatigado por la bacanal, medio tendido, dejaba caer su mano, que tenía una copa; una pantera lamía las últimas gotas de vino. Y el dios, concediendo la alegría á todo lo viviente, con benévola sonrisa contemplaba la fuerza de la fiera vencida por la fuerza de la viña. Se montó el bajorrelieve, y un joyero procedió á incrustar en las órbitas del dios dos zafiros que debían simular los ojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Guyfon.

—¿No lo ves? Unos ojos.

—Sí, ciertamente; pero ¿de dónde proceden esas piedras?

—Del monasterio.

—Pero ¿cómo han permitido los frailes...?

—¿Qué iban á hacer? El divino Augusto Juliano lo ha ordenado.

Los puros ojos del dios servían de adorno á la túnica del Crucificado... Ahí tienes... Hablan de caridad, de justicia, y son los primeros ladrones. Mira, las piedras ajustan admirablemente en su primitivo puesto.

El dios fijó en Guyfon sus ojos de zafiro. El viejo retrocedió y se santiguó, presa de un temor supersticioso.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Qué abominación!

El remordimiento le atormentaba. Mientras barría el polvo se hablaba á sí mismo, según su costumbre.

—Guyfon, Guyfon, eres un miserable... Eres un perro sarnoso... ¿Qué has hecho de ti al fin de tu vida? ¿Por qué te has condenado? ¡El espíritu malo te ha seducido!... Y ahora irás al fuego eterno, y no habrá salvación para ti... Has manchado tu alma y tu cuerpo, al servir á la abominación pagana... ¡Más te valiera no ver la luz del día!

—¿Por qué te lamentas? — le preguntó una mujer llamada Filomena.

—Mi corazón está angustiado.

—¿Eres cristiano?

—¿Cristiano? Soy un traidor á Cristo—respondió Guyfon barriendo á conciencia.

—¿Quieres que te quite el pecado, que no quede sobre ti ninguna mancha pagana? Yo soy cristiana, y, ya ves, no temo nada. ¿Vendría á trabajar aquí si no supiera cómo purificarme?

Guyfon la miró con incredulidad.

La vieja, habiéndose asegurado de que nadie podía oírles, murmuró misteriosamente:

—Hay un medio, sí... Te lo diré. Un peregrino me ha regalado un pedacito de madera de Egipto, llamada persis, que crece en Germópolis, en Tebaida. Cuando Jesús y su madre franquearon sobre el asno las puertas de la ciudad, el persis se inclinó ante ellos hasta el suelo, y desde entonces se ha hecho milagroso. Tengo un pedazo, y te daré un poquito. Tiene tal poder esta madera, que poniendo una astillita en un cubo de agua, y dejándola una noche, queda el agua santificada.

—¡Oh!—exclamó Guyfon;—dame un pedacito de esa madera maravillosa.

—¡Ya lo creo que vale!... En fin, para hacer una buena acción, te daré un poco por un dracma...

—¿Qué estás diciendo, abuela? En toda mi vida he tenido un dracma... ¿Quieres cinco óbolos?

E. M.—*Octubre 1904.*

—¡Avaro!—replicó la vieja, indignada.—Sientes un dracma... ¿No vale más tu alma?

—Y, después de todo, ¿me purificaré verdaderamente? Tal vez el mal ha arraigado de tal manera en mí, que no me valdrá nada...

—Te lo garantizo—insistió la vieja.—Prueba, y te convencerás en seguida del milagro... Tu alma resplandecerá, pura como una paloma.

II

Juliano organizó en Constantinopla procesiones báquicas. Sentado en un carro tirado por mulas blancas, llevaba en una mano un tirso de oro, y en la otra una copa adornada con hiedra. A los lados del carro iban panteras aprisionadas. Las bacantes cantaban tocando en unos tímpanos, y veíanse unos adolescentes con las frentes ornadas de cuernos de faunos, que derramaban vino en unas copas. Se empujaban riendo, y á menudo el líquido purpúreo caía sobre la espalda desnuda de una bacante. En un asno llevaban á un obeso anciano, el director del tesoro, un gran bribón y usurero, que representaba admirablemente á Sileno.

Las bacantes cantaban dirigiéndose al emperador:

¡Baco, rodeado siempre de una resplandeciente nube!

Voces mejores entonaban el canto de Antígono, de Sófocles:

“¡Adelante, hijos de Zeo;
adelante, dios ordenador
de los corazones apasionados,
de las fiestas nocturnas!
Cantemos y riamos,
bacantes y bailarinas.
¡Gloria al dios alegre!,”

De repente, Juliano oyó risas y murmullos, y una voz cascada de viejo que decía:

—¡Ah, palomita mía!

Era el sacrificador, viejo verde septuagenario, que había pellizcado el brazo desnudo de una gentil bacante. Juliano se enfadó y llamó al viejo, que acudió bailando.

—Amigo mío—le dijo al oído Juliano,—observa la dignidad que conviene á tu edad y á tu rango.

—Yo soy un hombre sencillo é iletrado; me permitiré decir á Tu

Majestad que no entiendo de filosofías, pero venero á los dioses. Pregunta á quien quieras. Siempre les he sido fiel. Solamente.. cuando veo una muchacha bonita... me encalabrino... Soy un viejo verde...

Al ver el rostro descontento del emperador, se calló.

—¿Quién es esa joven?—preguntó Juliano.

—¿La que lleva los vasos sagrados en la cabeza?

—Sí.

—Una cortesana de Calcedonia.

—¡Cómo!... ¿Has autorizado que una cortesana toque con sus manos impuras los vasos sagrados del dios?

—Pero, divino Augusto, tú mismo has ordenado esta procesión. ¿De quién echar mano? Todas las mujeres nobles son galileas. Y, además, ninguna de ellas hubiera consentido en presentarse medio desnuda.

—Entonces, todas ellas son...

—No, no. Hay también bailarinas, trágicas, amazonas del hipódromo. Mira qué alegres van, sin falsas vergüenzas. El pueblo gusta de esto, créelo. Es lo que pide. Y ahí tienes una patricia.

Era una cristiana, una solterona á caza de maridos, escandalosamente pintada.

Juliano comenzó á mirar á aquellas gentes con desagrado.

La procesión llegó á una plazoleta. Una de las bacantes se metió en una taberna que exhalaba un insípido olor de pescado frito, rancio, y compró por tres óbolos unas galletas grasientas, que se apresuró á comer. Cuando acabó, se limpió las manos en la seda de púrpura de sus vestiduras, proporcionadas para la procesión por el Tesoro imperial.

El coro de Sófocles no tardó en cansar; las voces enronquecidas entonaron una canción callejera. Todo aquello parecía repugnante á Juliano. Hubo que recoger á un borracho; apresaron á unos ladrones disfrazados de faunos, que resistieron, originándose una trifulca. De todo el cortejo, solamente las panteras eran bellas y dignas.

Se llegó al templo. Juliano bajó de su carro.

—¿Puedo presentarme ante el altar de Dionisio rodeado de toda esta hez?—pensó.

La sensación del asco corrió por todo su cuerpo: contempló los rostros bestiales, con el sello del desenfreno, que parecían cadavéricos, á pesar de los afeites; la penosa desnudez de los cuerpos, deformados por la anemia y los ayunos. Le pareció respirar la atmósfera de los lugares de libertinaje y de las tabernas. El aliento del

pueblo, impregnado de pescado podrido y de vino agrio, le daba en el rostro al través de la humareda de los aromas. Por todas partes le tendían rollos de papiros.

—Me han prometido un puesto en tus caballerizas... He renunciado á Cristo y no me han dado nada...

—No nos abandones, divino Augusto; ¡protégenos! Hemos renegado, para agradarte, de la fe de nuestros padres... Si nos rechazas, ¿adónde iremos?

Estas voces fueron cubiertas por el coro.

Juliano penetró en el templo y contempló la estatua de mármol de Dionisio. Sus ojos descansaron de la deformidad humana, ante las puras líneas del divino cuerpo. No veía ya á la multitud, le parecía que estaba solo, como un hombre en medio de un rebaño de animales.

El emperador procedió al sacrificio. El pueblo miraba con asombro al César romano, al *Pontifex máximus*, realizar con su celo religioso la tarea de los esclavos: cortar los leños, llevar los ramos, sacar el agua, limpiar el altar.

Un bailarín de cuerda floja dijo al que estaba á su lado:

—Mira lo que se afana. Ama á sus dioses.

—¡Ya lo creo!—observó el otro.—Hay muchos que no quieren á sus padres como quiere él á sus dioses.

—Mirad—exclamó un tercero— cómo se hinchan sus mejillas para reanimar el fuego... ¡Sopla, sopla! no arderá... Tu tío Constantino lo apagó...

La llama prendió, iluminando el rostro del emperador.

Mojando el incensario en una copa plana, una especie de patena de plata, dispersó en lluvia, sobre la multitud, el agua del sacrificio.

Muchos hicieron gestos, otros se estremecieron al sentir en la cara las gotas frías.

Cuando todas las ceremonias hubieron terminado, Juliano se acordó de que había preparado un discurso filosófico para el pueblo.

—¡Hombres!—dijo:—el dios Dionisio es el principio de la gran libertad de vuestros corazones. Dionisio rompe todas las cadenas, se ríe de los fuertes, emancipa á los esclavos...

Observó una estupidez tal en los rostros, tal expresión de fastidio, que las palabras expiraron en sus labios: una mortal repugnancia de la humanidad le levantó el corazón. Hizo una señal á los lanceros para que le rodeasen.

La multitud se fué marchando descontenta.

—Voy directamente á la iglesia á arrepentirme. Tal vez me per-

donarán—decía uno de los faunos, arrancándose con un gesto de cólera su barba postiza y sus cuernos.

—¡No valía la pena de perder el alma!—observó una cortesana indignada.

—Nadie necesita tu alma: no hay quien dé por ella tres óbolos.

En la tesorería del templo el emperador se lavó la cara y las manos, se quitó la soberbia vestidura de Dionisio y se puso la sencilla túnica blanca de los pitagóricos. Poníase el sol, y esperaba que anocheciera para volver inadvertido á su palacio.

Juliano entró en el bosque sagrado de Dionisio; el zumbido de las abejas y el murmurio de una fuente turbaban únicamente el silencio. Resonaron unos pasos que hicieron volverse á Juliano: era su amigo, uno de los discípulos favoritos de Máximo, el joven doctor de Alejandría, Oribazy.

Anduvieron juntos por el estrecho sendero; los rayos del sol se deslizaban al través de las doradas hojas de la viña.

—Mira —dijo Juliano sonriendo,—el gran Pan vive todavía aquí. Después, en voz más baja, añadió inclinando la cabeza:

—¿Has visto lo que ha pasado, Oribazy?

—Sí—contestó el doctor.—¿Qué esperabas tú?

El emperador callaba. Se acercaron á un templo pequeño, arruinado, invadido por la hiedra. Algunos fragmentos yacían sobre la hierba; solamente una columna permanecía en pie, con un elegante capitel, parecido á un lirio blanco, sobre el que morían los últimos rayos del sol.

Sentáronse en unos escalones y aspiraron el ambiente embalsamado por la menta y el ajeno. Juliano apartó las hierbas, y señalando un antiguo bajorrelieve roto, dijo:

—Oribazy, he aquí lo que yo esperaba.

El bajorrelieve representaba una procesión sagrada de los antiguos atenienses.

—He aquí lo que yo quería... esta belleza. ¿Por qué de día en día son más deformes los hombres? ¿En dónde están los ancianos inmortales, los hombres austeros, los apuestos adolescentes, las mujeres puras, vestidas con blancas túnicas flotantes? ¿En dónde está aquella fuerza, aquella alegría? ¡Galileos, galileos! ¿Qué habéis hecho de todo esto?

Con la mirada llena de infinita tristeza y de infinito amor contemplaba el bajorrelieve.

—Juliano—dijo dulcemente Oribazy,—¿crees en Máximo?

—Sí.

—¿En todo?

—¿Qué quieres decir?

—Siempre he pensado, Juliano, que padecías de la misma enfermedad que tus enemigos los cristianos.

—¿Cuál?

—La fe en los milagros.

Juliano movió la cabeza.

—Si no hay ni milagros ni dioses, toda mi vida no es más que una locura... No, no hablemos de esto. Y no me juzgues con demasiada severidad por mi cariño á las ceremonias antiguas. No sé cómo explicártelo. Las cosas antiguas me conmueven hasta hacerme derramar lágrimas, y me gusta más la tarde que la mañana, el otoño más que la primavera. Me gusta todo lo que desaparece... Hasta el perfume de las flores marchitas... ¿Qué hacer, amigo mío? Los dioses me han creado así... Esta tristeza dulce, este crepúsculo dorado, fantástico, me son necesarios. En la remota antigüedad hay algo indeciblemente bello y gracioso, que no encuentro ya en parte alguna: los rayos del sol poniente sobre el mármol amarillento por el tiempo. No me arrebatas el amor loco por lo que ya no existe. Todo lo que ha sido es más bello de lo que es. El recuerdo tiene más poder en mi alma que la esperanza.

Juliano calló; y pensativo, con tierna sonrisa, miró á lo lejos, con la cabeza apoyada en la columna, cuyo capitel se parecía á un triste lirio blanco.

—Hablas como poeta—replicó Oribazy.—Los sueños de un poeta son peligrosos cuando el destino de un mundo se encuentra entre sus manos. El que reina sobre los hombres debe ser más que un poeta.

—¿Qué hay más?

—El creador de una vida nueva.

—¡Nuevo, nuevo! En verdad, vuestras novedades me asustan á veces. Se me antojan frías y duras como la muerte. Yo te digo: mi corazón está en la antigüedad. También los galileos buscan siempre la novedad pisoteando los antiguos ídolos... Créeme: la novedad no se encuentra sino en lo que es antiguo, inmortal y soberbio.

Se irguió en toda su estatura, con el rostro pálido y expresión de altivez, y brillantes los ojos.

—Piensan que la Hélada ha muerto... Y por todas partes los negros frailes caen como cuervos sobre el cuerpo de mármol de aquella, gritando alegremente: "¡La Hélada ha muerto!" Pero olvidan que la Hélada no puede morir. Que la Hélada está en nuestros co-

razones. La Hólada es la belleza divina del hombre sobre la tierra. No está más que dormida, y cuando despierte... ¡ay de los negros cuervos de Galilea!

—Juliano —murmuró Oribazy, —tengo miedo por ti... Quieres realizar lo imposible... Los cuervos no se comen á los vivos, y los muertos no resucitan... ¡César! ¿y si el milagro no se realizara?

—No temo nada; ¡mi pérdida será mi triunfo!—exclamó el emperador con tan radiante expresión, que Oribazy se estremeció como si el milagro fuese á realizarse.—¡Gloria á los réprobos! ¡Gloria á los vencidos!

—Pero antes de perecer—añadió con sonrisa altiva—lucharemos todavía... Quisiera que mis enemigos fuesen dignos de mi odio y no de mi desprecio... En verdad, amo á mis enemigos porque los puedo vencer y sentir como fuerza. Llevo en mi corazón la alegría de Dionisio. El antiguo titán se yergue y rompe sus cadenas, y una vez más brilla en la tierra el fuego de Prometeo. ¡El Titán contra el Galileo!... Vengo para dar á los hombres una libertad y una alegría tales como jamás han soñado. ¡Galileo, tu imperio desaparece como una sombra! ¡Alegraos, tribus y pueblos de la tierra! ¡Soy el mensajero de la vida, soy el libertador, soy... el Anticristo!

III

En el monasterio próximo, de puertas y ventanas herméticamente cerradas, repercutían los solemnes cánticos de los religiosos dominando el lejano rumor de los cantos báquicos.

—¿Por qué, Señor, nos has abandonado? ¿Por qué tu cólera se cierne sobre el rebaño de tus ovejas?

“¿Por qué nos has ofrecido en deshonor á nuestro vecino incorporado á los paganos? ¿Por qué nos dejas ultrajar por la humanidad?”

Las antiguas palabras del profeta David tomaban un sentido inesperado:

“El Señor nos ha entregado al rey Réprobo, el más astuto de toda la tierra.”

Ya de noche avanzada, cuando el silencio se extendió por las calles, los religiosos se recogieron en sus celdas.

El hermano Parfenes ni siquiera pensaba en poder dormir. Tenía un rostro pálido y dulce; en sus ojos, grandes y puros como los de una virgen, se leía una triste perplejidad cuando hablaba á las

gentes. Hablaba pocas veces, y siempre de cosas tan infantiles que no se podía escucharle sin sonreír. A veces reía sin motivo, y los austeros frailes le preguntaban:

—¿Por qué enseñas los dientes? ¿Para agradar al diablo?

Entonces contestaba tímidamente que “se reía de sus propios pensamientos,”; y esto hacía pensar á todo el mundo en la alienación de Parfenes.

Poseía un gran arte, el de iluminar los manuscritos; y este arte del hermano Parfenes reportaba al monasterio no solamente ganancias, sino también consideración en las más lejanas provincias. Él no lo sospechaba; y, si hubiese podido comprender lo que es la gloria, antes se hubiera asustado que alegrado.

No consideraba sus ocupaciones artísticas, que le daban mucho que hacer—el hermano Parfenes llevaba al último extremo la perfección de los detalles,—como un trabajo, sino como una diversión. No decía:

—Voy á trabajar.

Sino que se dirigía al anciano superior Pánfilo, que le quería tiernamente, diciendo:

—Padre, bendíceme; voy á jugar.

Cuando realizaba alguna dificultosa combinación de adornos, aplaudía y se felicitaba á sí mismo.

El hermano Parfenes gustaba de tal modo de la soledad y calma de la noche, que había aprendido á trabajar á la luz de una lámpara. Los colores tomaban tintes inesperados y no perjudicaban á los dibujos fantásticos.

En su celdilla, Parfenes encendió la lámpara y la puso al lado de frasquitos, pinceles, cajas de colores. Se santiguó, humedeció cuidadosamente su pincel y se puso á pintar las colas de dos pavos reales al frente de una página. Los pavos de oro sobre campo verde bebían en una fuente turquesa, levantaban los picos y alargaban los cuellos. Había allí también otros rollos de pergaminos sin concluir. Era todo un mundo sobrenatural y encantador. En las márgenes del texto se entrelazaban creaciones fabulosas de arquitectura—árboles, animales fantásticos.—Parfenes no pensaba en nada cuando los creaba, pero una serenidad alegre transformaba su rostro. Grecia, Asiria, Persia, las Indias, Bizancio y la visión de mundos futuros, todos los pueblos, todos los siglos, se reunían en el paraíso del monje, que brillaba con reflejos de piedras preciosas en torno de las letras iniciales de la Sagrada Escritura.

Allí estaba representado el bautismo: San Juan derramaba el

agua sobre la cabeza de Cristo, y, á su lado, el dios pagano de los ríos inclinaba un ánfora amablemente.

El hermano Parfenes, en su candor, no temía á los antiguos dioses: le divertían, y les creía convertidos desde hacía tiempo al cristianismo. Invariablemente, colocaba en la cumbre de las colinas al dios de las montañas, personificado por un adolescente desnudo. Cuando pintaba el paso del mar Rojo, una mujer con un remo representaba el mar, y un hombre desnudo, con la inscripción *Bodos*, debía figurar el abismo que sepultó al Faraón; en la orilla estaba sentada una mujer triste, vestida con una túnica de color de arena: el Desierto.

Aquí y allí, en la curva del cuello de un caballo, en el pliegue de una túnica, en la actitud de un dios echado, apoyado en el codo, palpaba la elegancia antigua, la gracia de la desnudez.

Aquella noche el *juego* no interesaba al artista. Sus dedos incansables temblaban; la sonrisa no aparecía en los labios.

Prestando oído, abrió un cofrecillo de cedro, sacó una lezna que servía para las encuadernaciones, se santiguó y salió, sin hacer ruido, de la celda.

Hacía calor en el pasillo silencioso; no se oía más que el zumbido de una mosca presa en una tela de araña.

Parfenes bajó á la iglesia, iluminada por una sola lámpara, colocada ante el antiguo díptico de marfil. Dos gruesos zafiros alargados, que ornaban la aureola de Jesús, sentado en los brazos de la Virgen, habían sido arrebatados por los paganos y transportados á su punto de origen en el templo de Dionisio.

Aquellos huecos negros en el marfil amarillento parecían á Parfenes unas llagas en un cuerpo vivo.

—¡No, no puedo!—murmuró, besando la mano del niño Jesús.—No puedo: más vale morir.

Aquellas huellas sacrílegas en el marfil le atormentaban, le indignaban más que las violencias ejercidas sobre un sér humano.

En un rincón de la iglesia descubrió una escala de cuerda que servía para encender las lámparas de la capilla. Llevándose la escala, se dirigió por un estrecho corredor á la puerta de salida, ante la que roncaba el grueso hermano portero Coris.

Parfenes se deslizó como una sombra; la cerradura de la puerta rechinó con un sonido metálico. Coris se incorporó, meneó los párpados, y de nuevo se tumbó en su camastro.

Parfenes salió á la calle, desierta á la hora aquella. La luna brillaba en el cielo. Se oía el rumor del mar. Dió vuelta al templo de

Dionisio hasta un lugar en sombra, y echó la escala de cuerda de manera que se agarrase á la acrotera de metal que adornaba aquel rincón: la escala quedó suspendida de la pata de la esfinge.

El fraile trepó al techo.

A lo lejos cantaron los gallos, ladró un perro; después todo volvió al silencio.

Parfenes echó la escala por el interior del templo y bajó.

Los ojos del dios, dos zafiros alargados, brillaban con vida intensa bajo la luz lunar, y miraban al fraile, impresionado por el imponente silencio. Parfenes se estremeció y se santiguó.

Subió al altar en donde Juliano había ofrecido el sacrificio, y sus talones sintieron el calor de las cenizas apenas apagadas.

El fraile sacó la lengua de su bolsillo; los ojos del dios lucían, y el artista vió la sonrisa de Dionisio y todo su cuerpo desnudo. Y admiró al dios antiguo mientras quitaba los zafiros, y con su mano, involuntariamente, acariciaba el mármol seductor.

Terminada la obra, Dionisio, ciego, miró terriblemente al fraile con sus órbitas vacías.

Entonces el terror se apoderó de Parfenes: le pareció que alguien le acechaba. Saltó del altar, corrió á la escala de cuerda, trepó, la echó del otro lado sin sujetarla bien, lo que ocasionó su caída en los últimos escalones.

Lívido, con los hábitos en desorden, manchados, llevando en su mano los preciosos zafiros, atravesó la calle como un ladrón y se precipitó al monasterio.

El portero no se despertó, y Parfenes entró en la capilla. Al ver de nuevo el díptico, se tranquilizó; puso de nuevo en la aureola del niño Jesús los zafiros de Dionisio.

De vuelta á su celda, Parfenes apagó la luz y se acostó.

De repente, en la obscuridad, se echó á reír como se ríen los niños cuando han hecho una travesura. Se durmió riendo.

Cuando despertó, todavía le retozaba la risa en el corazón; fué á su mesa de trabajo, y contempló con alegría los arabescos no terminados: era el Paraíso terrenal. Adán y Eva estaban sentados en un prado. Un rayo de sol cayó sobre los arabescos, que se iluminaron de oro, púrpura y azul.

Parfenes, al trabajar, no se fijó en que daba al cuerpo de Adán la antigua y soberbia belleza olímpica del alegre dios Dionisio.

IV

El célebre sofista, profesor imperial de elocuencia, Hekébolis, comenzó por el último peldaño la escala de los grados imperiales. Fué servidor del templo de Astartea, en Hierópolis. A los diez y seis años, habiendo robado varios objetos preciosos, huyó á Constantinopla, en donde después de una vida accidentada y no muy recomendable, fué á parar á la escuela del retórico Proeres, y no tardó en ser profesor de elocuencia.

Durante los últimos años del reinado de Constantino, cuando la religión cristiana se puso de moda en la corte, Hekébolis se hizo cristiano. El clero le miraba con simpatía, y él se las pagaba.

Hekébolis, á menudo y siempre en el momento oportuno, cambiaba el símbolo de su fe según los vientos reinantes: de arriano, pasaba á ser ortodoxo; de ortodoxo, arriano; y cada cambio le hacía subir un grado en la escala de las dignidades: el clero le empujaba, y él empujaba al clero á su vez.

Su cabeza blanqueaba; su obesidad se hacía cada vez más agradable; sus discretos discursos, cada vez más insinuantes y dulzones; y sus mejillas florecían. Los ojos eran acariciadores, lucientes; pero á ratos brillaban también en ellos una ironía malévola, un espíritu arrogante y frío. Entonces bajaba prontamente los párpados y la chispa se extinguía.

Todos sus modales habían tomado un sello clerical.

Era un severo observante de los ayunos y un fino gastrónomo. Sus platos de vigilia eran más apreciados que los suntuosos manjares, así como sus bromas monásticas eran más agudas que las más francas bromas paganas. Servíase en su casa una bebida refrescante, de un jugo especial, que á muchos les parecía mejor que el vino. En lugar del pan corriente, había inventado unas galletas de granos del desierto, con las cuales, según la tradición, San Pacomio se alimentaba en Egipto.

Las malas gentes insinuaban que Hekébolis era un libertino, y se contaba en Constantinopla la siguiente anécdota:

Una joven confesó á su confesor que había cometido el delito de adulterio.—Es un gran pecado. ¿Y con quién, hija mía?—Con Hekébolis, padre.—El rostro del sacerdote se iluminó.—¡Con Hekébolis! ¿De veras?... Es un hombre justo entregado á la Iglesia... Arrepíentete, hija mía: el Señor te perdonará.

Seguramente tales dichos no eran más que habladurías, pero en el rostro respetable, afeitado, del dignatario, los labios demasiado rojos, demasiado gruesos, resaltaban de un modo extraño, aunque los apretase con expresión de humildad monástica. Las mujeres le querían mucho.

A veces, Hekébolis desaparecía durante varios días, y nadie conocía aquellos misterios de su existencia. Sabía echar al agua sus secretos. Jamás ni un criado, ni un esclavo, le acompañaban en aquellos viajes enigmáticos, de los que volvía rejuvenecido y tranquilizado.

En tiempos de Constancio fué nombrado retórico de la corte, con magníficos emolumentos.

Aspiraba á más.

Pero en los momentos en que Hekébolis se disponía á llegar al pináculo, murió Constancio. Juliano, enemigo de la Iglesia, subió al trono. Hekébolis no perdió su presencia de espíritu: hizo lo que hacían otros, pero ni demasiado pronto ni demasiado tarde.

Juliano, en los primeros días de su poder, organizó una controversia teológica en su palacio. Un joven doctor filósofo, estimado de todos por su rectitud y su nobleza, César de Capadocia, hermano del célebre teólogo Basilio el Grande, se hizo el campeón de la fe cristiana frente al emperador.

Juliano autorizaba, en aquellas justas de la inteligencia, una completa independencia, y hasta le gustaba que le replicasen apasionadamente, con olvido de la etiqueta de la corte.

La controversia era viva, y considerable el número de sofistas, sabios y sacerdotes. Ordinariamente, poco á poco, el discutidor se sometía, no á la lógica del filósofo griego, sino á la majestad del emperador romano, y cedía.

Aquella vez no fué así: César de Capadocia no cedió. Era un joven que tenía en sus movimientos una gracia femenina, y una inalterable claridad en sus ojos puros. Llamaba á la filosofía de Platón "la sabiduría tortuosa de la serpiente," y le oponía la celestial sabiduría del Evangelio. Juliano fruncía las cejas, se removía, se mordía los labios, conteniéndose con trabajo. La discusión, como todas las discusiones sinceras, terminó sin resultado.

El emperador, dueño otra vez de sí mismo, abandonó la sala diciendo una broma filosófica, y con expresión amable, aunque, en realidad, con el dardo en el corazón.

En aquel momento preciso se le acercó el retórico Hekébolis, al que Juliano consideraba como un enemigo. Le dijo:

—¿Qué quieres?

Hekébolis cayó de rodillas y comenzó una confesión de arrepentimiento. Hacía ya mucho tiempo que vacilaba, pero las deducciones del emperador le habían vencido por completo. Maldecía la negra superstición galilea: su corazón retornaba á los recuerdos de su infancia, á los claros dioses olímpicos.

El emperador levantó al anciano, y no pudiendo hablar, de emoción, le estrechó con fuerza contra su pecho, le besó en sus mejillas afeitadas y en sus succulentos labios rojos. Miraba á César de Capadocia para resarcirse de su humillación.

Durante varios días Juliano retuvo á su lado á Hekébolis, refiriendo á cada momento su conversión, orgulloso de su discípulo, como un sacrificador de una hermosa víctima, como un niño de un nuevo juguete, como un adolescente de su primera querida.

El emperador quiso dar á su nuevo amigo un puesto de honor en la corte; pero Hekébolis se negó terminantemente, no considerándose digno de semejante distinción. Estaba decidido á preparar su alma para la virtud olímpica, mediante un largo noviciado; depurar su corazón de la impiedad galilea, sirviendo á uno de los antiguos dioses olímpicos.

Juliano le nombró gran sacrificador de Bitinia y Paflagonia.

Los individuos que llevaban semejante título se llamaban entre los paganos *ardiiepiscops*.

El arzobispo Hekébolis gobernaba las dos grandes provincias asiáticas; y habiendo emprendido este nuevo camino, lo siguió con tan buen éxito como el antiguo. Contribuyó á la conversión de numerosos galileos á la fe helénica.

Hekébolis fué el gran sacrificador de la diosa fenicia Astartea-Atagaris, á la que sirvió en su infancia. El templo estaba situado á mitad de camino entre Calcedonia y Nicomedia, sobre un elevado promontorio que avanzaba por el Propóntido. Se llamaba aquel lugar Gargaris, y los peregrinos acudían de todos los lugares del mundo á adorar á Afrodita-Astartea, diosa de la muerte y de la voluptuosidad.

V

En una de las salas de su palacio de Constantinopla, Juliano se ocupaba en los asuntos del Estado.

Entre las columnas de pórfido del terrado que daba al Bósforo brillaba el mar azul. El joven emperador estaba sentado ante una

mesa redonda de mármol, llena de papiros y de rollos de pergamino. Un poco detrás se comunicaban sus observaciones en voz baja Hekébolis y Julio Mavrico, dignatario de rostro inteligente y bilioso.

En medio de la superstición general, aquel escéptico elegante de la corte era uno de los últimos admiradores de Luciano, el burlón de Samos, el autor de los venenosos diálogos en los que se mofa tan implacablemente de todos los ídolos del Olimpo y del Gólgota, de todas las tradiciones de Grecia y Roma. Juliano dictaba una misiva al gran sacrificador de Galilea, Arsacio.

“No autorices á los sacrificadores á frecuentar el teatro, á beber en la tabernas, á ocuparse de oficios bajos. Respeta á los obedientes, castiga á los infieles. En cada ciudad haz erigir casas hospitalarias para los peregrinos, á los que se atenderá con absoluta caridad; y no solamente á los peregrinos helenistas, sino á todos, cualquiera sea la profesión de fe á que pertenezcan. Fijamos, para que se distribuyan en Galilea, treinta mil medidas de trigo y sesenta mil setieros de vino. Distribuye la quinta parte entre los pobres que vivan cerca de los templos, el resto entre los peregrinos y los miserables. Es vergonzoso privar á los helenistas de subsidios cuando los judíos no tienen un solo mendigo y los galileos socorren á los suyos y á los nuestros. Obran como gentes que seducen á los niños con golosinas, comenzando por la hospitalidad, invitando á las comidas de amor fraternal que llaman “agapes”, y poco á poco concluyen por ayunos, flagelaciones, el horror de la generación, la locura y la muerte de los mártires. Tal es el camino habitual de los enemigos del género humano que se llaman cristianos y fraternales. Combáteles con la caridad hecha en nombre de los eternos dioses olímpicos. Haz anunciar en todas las ciudades y en todos los pueblos que tal es mi cordial preocupación. Si sé que obras según mi deseo, te otorgaré mi benevolencia. Explica á los ciudadanos que estoy dispuesto á acudir en su ayuda en toda circunstancia y en todo momento. Pero si quieren obtener mis favores, que se inclinen ante la madre de los dioses, Dindimenes, y que la tributen gloria en todas las tribus á través de los siglos.”

Escribió él mismo las últimas palabras.

Se sirvió el desayuno: pan, olivas frescas y un ligero vino blanco. Juliano comía y bebía sin dejar la tarea. Pero de pronto se volvió y, mostrando el plato de oro que contenía las olivas, preguntó á su esclavo favorito, traído de las Galias, y que le servía siempre:

—¿Por qué este plato de oro? ¿En dónde está el otro de arcilla?

—Perdona, señor... Se ha roto.

—¿Por completo?

—No; solamente el borde.

—Tráele.

El esclavo corrió á buscar el plato perdido.

—Todavía puede servir mucho tiempo—dijo Juliano.

Sonrió.

—He observado, amigos míos, que los objetos rotos duran mucho más tiempo que los nuevos. Confieso que tengo por ellos cierta inclinación. Les encuentro un cierto encanto como en los amigos antiguos... Temo la novedad, detesto el cambio. Se echa siempre de menos aquello á que uno se ha acostumbrado.

Juliano se rió alegremente de sus propias palabras, y añadió:

—He aquí qué filosóficos pensamientos proporciona á veces un plato roto.

Julio Mavrico tiró de la manga á Hekébolis.

—¿Has oído? He ahí toda su naturaleza. Tan religiosamente conserva sus platos rotos como sus dioses medio muertos. He ahí lo que decide de los destinos del mundo.

Juliano pasó de los edictos y leyes á los proyectos sobre el porvenir.

En todas las poblaciones del imperio quería fundar escuelas, cátedras de lectura, de discusiones de helenistas; formas especiales de oraciones, de sermones filosóficos; refugios para las personas virtuosas y para las que se consagrasen á las reflexiones filantrópicas.

—¿Eh?—murmuró Mavrico á Hekébolis.—¡Monasterios en honor de Afrodita y de Apolo!

—Sí, amigos míos; realizaremos todo esto con ayuda de los dioses—declaró el emperador.—Los galileos quieren convencer al mundo de que tienen el monopolio de la caridad, aunque ésta pertenezca á todos los filósofos, cualesquiera que sean los dioses que veneren. Yo he venido para predicar al mundo un nuevo amor, libre y alegre como el mismo cielo de los Olímpicos.

Juliano miró escrutadoramente á los presentes, y no halló lo que buscaba en los rostros de los dignatarios. En la sala entraron enviados de los profesores cristianos de retórica y de filosofía. Hacía poco que se había publicado un edicto prohibiendo a los preceptores galileos la enseñanza de la elocuencia antigua. Los retóricos cristianos debían ó renunciar á sus creencias ó dejar las escuelas.

Con un rollo en la mano, uno de los delegados, hombre de baja

estatura, flacucho, confuso, parecido á un loro viejo, se acercó al emperador, acompañado por dos discípulos deformes.

—¡Ten piedad de nosotros, muy amado de los dioses!

—¿Cómo te llamas?—preguntó Juliano.

—Papiriano, ciudadano romano.

—Pues bien, mi querido Papiriano: ya ves que no os quiero hacer daño alguno... Seguid siendo galileos.

El viejo cayó á los pies del emperador y los besó.

—Hace cuarenta años que enseño gramática... Conozco mejor que cualquiera á Homero y Hesiodo...

—¿Qué deseas?—interrogó severamente Augusto.

—Tengo seis hijos, señor... No me quites mi último pedazo de pan... Los discípulos me quieren. Pregúntales si les enseño nada que sea malo...

La emoción le impidió seguir hablando.

—Nada—dijo el emperador con dulzura y energía al mismo tiempo.—La ley es justa. Me parece absurdo que escritores cristianos que explican á Homero rechacen á los dioses que Homero cantó. Si creéis que nuestros sabios compusieron sencillamente fábulas respecto á nuestros dioses, id á la glesia á hablar de Mateo y Lucas... Comprended, galileos, que lo hago por vuestro interés.

Uno de los retóricos murmuró:

—¡Por nuestro interés! ¡Nos moriremos de hambre!

—¿No teméis profanaros con lo que es algo peor, con la sabiduría engañosa? Vosotros decís: "Bienaventurados los pobres de espíritu... Sedlo, pues... ¿Creéis acaso que ignoro vuestra enseñanza? La conozco mejor que vosotros. Veo en los mandamientos galileos profundidades que vosotros no habéis soñado nunca... Pero á cada cual lo suyo: dejadnos nuestra frívola sabiduría, nuestra pobre ciencia literaria. ¿Qué haríais de nuestras fuentes envenenadas? ¡Poseéis una sabiduría más elevada! Nosotros tenemos el reino celeste, y vosotros el de los cielos. No es poco para personas que son tan humildes... La dialéctica lleva á las herejías... Sed simples como niños. ¿No se encuentra la ignorancia de los pescadores de Cafarnaum por encima de todos los diálogos platónicos? Toda la sabiduría de los galileos se encuentra encerrada en esta palabra: "¡Creed!" Si sois verdaderos cristianos, bendeciréis mi ley. En este momento, no es vuestra alma, sino vuestro cuerpo, el que se rebela. He aquí todo cuanto tengo que deciros; y espero que me aprobaréis y encontraréis que el emperador romano se preocupa más que vosotros mismos de la salvación de vuestras almas.

Juliano cruzó por entre los retóricos, tranquilo y satisfecho de su discurso. Papiriano se mesaba los cabellos. Exclamaba:

—¿Por qué, Reina celeste, por qué permites tales cosas?

VI

Juliano se acordaba de los interminables conflictos que se suscitaron entre arrianos y ortodoxos en el concilio de Mediolan, reinando Constancio. Pensó en aprovecharse de aquella animosidad, y decidió convocar, á ejemplo de sus predecesores cristianos, un concilio ecuménico.

Una vez, en una conversación íntima, declaró ante sus amigos, asombrados, que, en vez de perseguir á los galileos, quería darles plena libertad de fe y hacer que volvieran del destierro todos los herejes desterrados por los concilios desde Constantino á Constancio. Estaba seguro de que era el mejor medio para hacer que pereciese el cristianismo.

—Ya veréis, amigos míos—decía el emperador,—cuando hayan vuelto todos, cómo se entablará entre ellos una lucha tal que entregarán al oprobio el nombre de su Maestro antes de lo que lo haría yo con persecuciones y martirios.

Juliano envió á todas las partes del imperio romano edictos y cartas autorizando el regreso de los desterrados. Al mismo tiempo, se invitaba á los más afamados profesores galileos á que vinieran al palacio de Constantinopla para una discusión de interés religioso. La mayor parte de los invitados ignoraba el fin, el asunto del concilio, porque las cartas no lo especificaban, de intento. Sospechando una astucia, muchos, pretextando enfermedades, no acudieron al llamamiento.

El azul de la mañana parecía sombrío al lado de la blancura deslumbrante de la doble columnata que rodeaba el patio designado bajo el nombre de Atrio de Constantino. Palomas blancas desaparecían en el cielo, como copos de nieve. En el centro del Atrio se alzaba la estatua de Venus Calipigia, y el mármol se doraba al sol como un cuerpo vivo. Los frailes, al pasar, volvían la cabeza, procuraban no verla; pero ella aparecía, no obstante, junto á ellos, seductora y tierna.

No sin secreta intención había elegido Juliano aquel lugar para el concilio galileo.

Los hábitos sombríos de los religiosos parecíanlo más allí; los

rostros, enflaquecidos por las privaciones más lamentables. Al deslizarse, proyectaban sobre el mármol soleado sombras deformes. Todos estaban cortados; cada cual se esforzaba en adoptar una actitud indiferente, hasta presuntuosa, simulando no ver á su vecino enemigo, y lanzándose de reojo miradas de curioso desprecio.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Qué es esto? ¿En dónde hemos caído?— dijo con profunda emoción el anciano obispo Eustaquio.—Dejadme pasar, guerreros.

—Poco á poco, mi amigo—le respondió el centurión de los lanceiros, el bárbaro Delagaif, apartándole cortésmente de la puerta.

—Me ahogo en este antro herético. Dejadme pasar.

—Por la voluntad de Augusto, todos los que han venido á este concilio....—replicó Delagaif, sujetándole inflexiblemente.

—Pero, si esto no es un concilio... Esto es una guarida de bandidos.

Entre los galileos había hombres alegres que se burlaban de los modales provincianos y del pronunciado acento armenio de Eustaquio, que, perdiendo ánimos, se tranquilizó y se refugió en un rincón, murmurando:

—¡Señor, Señor! ¿qué te he hecho?

Evandro de Nicomedia se arrepentía también de haber venido y de haber llevado al discípulo de Didimo, que acababa de llegar á Constantinopla, el hermano Juventino.

Evandro era uno de los más grandes dogmatistas de su época, un hombre de espíritu profundo y perspicaz. Había perdido la salud y envejecido prematuramente sobre los libros; casi estaba ciego, y en sus ojos de miope se leía siempre la fatiga. Innumerables herejías asaltaban su cerebro, no le dejaban reposo, le atormentaban en sus sueños, y al mismo tiempo le atraían por sus finezas y sutilidades. Evandro las coleccionaba en un enorme manuscrito, titulado *Contra los heréticos*, con la misma pasión que la de los aficionados á cosas raras. Las buscaba ávidamente, imaginaba las que pudieran existir; y cuanto más las reprobaba, tanto más le acaparaban. Á veces, rogaba á Dios que le concediese una fe sencilla, y Dios le negaba la sencillez.

En la vida ordinaria, era tímido, ingenuo y sin defensa; como un niño. No costaba nada á las personas malas engañar á Evandro, y los burlones contaban mil anécdotas á su costa.

Sumido en sus sueños teológicos, el obispo continuamente se encontraba en situaciones enojosas.

Por distracción también, había acudido á aquel singular concilio,

sin pensar adónde y por qué iba, atraído por la esperanza de descubrir una herejía nueva.

Por el centro de la sala se paseaba un vigoroso anciano, de pómulos salientes, con la cabeza aureolada de lujuriantes cabellos grises. Era el obispo septuagenario Purpurio, un africano donatista, llamado del destierro por Juliano.

Ni Constantino ni Constancio consiguieron ahogar la herejía de los donatistas. Ríos de sangre corrían desde hacía cincuenta años, en África, á causa de la injusta deposición de un donatista en vez de un ceciliano, ó de un ceciliano en vez de un donatista, punto que siempre estuvo obscuro. Pero las dos sectas luchaban, y no se podía presagiar el fin de aquellos fratricidios, no por dos opiniones, sino por dos nombres.

Juventino observó que un obispo ceciliano rozó, al pasar, á Purpurio, el cual se sacudió las vestiduras de manera que todo el mundo lo viese.

Evandro dijo á Juventino que cuando por casualidad entraba un ceciliano en una iglesia de donatistas, le echaban y lavaban el suelo que había hollado, con agua salada.

Detrás de Purpurio, siguiéndole paso á paso, como un perro, marchaba su fiel guardián, un enorme africano, medio salvaje, de tez bronceada, aplastada nariz y abultados labios: el diácono Leona, provisto de un garrote, que apretaba nerviosamente. Era un campesino etíope, perteneciente á la secta de los mutiladores, llamados los "circunceliones". Con las armas en la mano, acechaban por los caminos y ofrecían dinero á los transeuntes para matarlos, añadiendo:

—Matadnos, ú os mataremos.

En nombre de Cristo, los circunceliones se mutilaban, se quemaban, se ahogaban; pero no se ahorcaban, porque Judas se había ahorcado. Aseguraban que el suicidio, por gloria de Dios, purificaba el alma de todos los pecados, y el pueblo les consideraba como mártires. Muchos no empleaban la espada, por haberla prohibido Cristo; pero, en cambio, rompían la cabeza á herejes y paganos con enormes garrotes, gritando:

—¡Gloria á Dios!

Evandro llamó la atención de Juventino sobre un hermoso adolescente de rostro delicado como de una doncella. Era un cainita.

—¡Benditos sean nuestros hermanos rebeldes, Caín, Caín, los habitantes de Sodoma y Gomorra!—predicaban los cainitas.—Son los que poseen la alta sofía, la sabiduría sagrada... ¡Venid á nosotros,

expulsados, rebeldes, réprobos! ¡Bendito sea Judas! Fué el único apóstol iniciado en la alta ciencia. Entregó á Cristo para que Cristo muriera y resucitase, porque Judas sabía que la muerte de Cristo salvaría al mundo. El iniciado en nuestra sabiduría debe traspasar todos los límites, atreverse á todo, despreciar la materia, entregarse á todos los pecados, á todos los goces de la carne, para llegar á la repugnancia de la materia, á la última pureza del alma.

—Mira, Juventino: he ahí un hombre que se cree por encima de los arcángeles y de los serafines—dijo Evandro señalando un joven y arrogante egipcio que se mantenía aparte de todo el mundo, con una espiritual sonrisa en los labios, pintados como los de una cortesana.

Iba vestido á la última moda bizantina, y sus manos blancas estaban llenas de sortijas.

Se llamaba Casiodor y era valentiniano.

—Los cristianos—afirmaban los valentinianos—tienen alma como los animales, pero no tienen espíritu como nosotros. Solamente nosotros estamos iniciados en los misterios del Gnosis y del divino Plerum; por consiguiente, solamente nosotros somos dignos de llamarnos hombres. Todos los otros son puercos ó perros.

Casiodor decía á sus discípulos:

—Vosotros debéis conocer á todo el mundo; pero nadie debe conocerlos. Ante los profanos negad el Gnosis. Callaos y despreciad las pruebas. Despreciad la profesión de fe y el martirio. Amad el silencio y la soledad. Sed para vuestros enemigos invisibles é inaprehensibles, como las fuerzas inmateriales. Los cristianos vulgares tienen necesidad de buenas acciones para su salvación. Los que poseen la ciencia más elevada de Dios—el Gnosis—no necesitan tales acciones. Somos los hijos de la luz, y ellos los hijos de las tinieblas. No temamos el pecado, porque sabemos que al cuerpo hace falta la materia y al alma lo inmaterial. Nuestro corazón permanece casto en los goces de la materia, y, como el oro puro, no pierde su brillo ni aun en el fango.

Allí también vió Juventino un viejo sospechoso, el adamita Pro-dick. Los adamitas celebraban desnudos sus misterios en una iglesia caldeada como un baño y llamada "el Edén.". Como nuestros primeros padres, no se avergonzaban de su desnudez, y todas las mujeres se distinguían, así como los hombres, á lo que afirmaban, por un gran pudor de alma, aunque la inocencia de tales reuniones paradisiacas haya sido siempre dudosa.

Al lado del adamita estaba sentada en el suelo, vestida con el

traje episcopal, una mujer pálida, de austero rostro, con los cabellos grises y los parpados medio cerrados de cansancio: la profetisa de los montañistas. Unos coptos de amarillento cutis la atendían con devoción, la miraban con amor y la llamaban "Paloma celeste". Consumiéndose durante largos años en los éxtasis del amor irrealizable, predicaban que la raza humana debía ser aniquilada por la continencia.

Entró, por fin, Juliano, vestido con la simple clámide blanca de los filósofos.

—Ancianos y maestros—dijo Augusto dirigiéndose á la asamblea,—hemos considerado como un bien demostrar á nuestros súbditos galileos toda nuestra indulgencia y nuestra misericordia. Esperamos que, bajo nuestra protección, daréis ejemplo de las altas virtudes que convienen á vuestra dignidad espiritual y á vuestra sabiduría. Hemos levantado el destierro á los expulsados por los concilios de Constantino y de Constancio, deseando conceder la libertad á todos los ciudadanos del imperio romano. Os hemos convocado á ejemplo de nuestros predecesores. Juzgad y decidid con la autoridad que os es dada por la Iglesia. Nosotros nos retiramos concediéndooos toda libertad.

Y Juliano, rodeado de sus amigos filósofos, salió del atrio y desapareció. Todos guardaban silencio.

De pronto, el obispo, de acento armenio, Eustaquio, á quien el discurso del emperador había ofendido, olvidando su timidez, se adelantó hacia la asamblea, exclamando:

—¡Padres y hermanos! Separémonos en paz. El que nos ha hablado aquí odia el nombre de Jesús. No divirtamos á nuestros enemigos con palabras de cólera. Os lo suplico en nombre del Dios eterno... Separémonos en silencio.

El emperador apareció en la galería superior. Hubo un murmullo en la asamblea. Juliano miró á Eustaquio, y éste sostuvo la mirada. El emperador palideció.

En aquel momento el donatista Purpurio gritó, dirigiéndose á Eustaquio:

—¡Dejadnos vosotros! ¡Vosotros no sois nuestros hermanos! Nosotros somos las espigas puras de Dios, y vosotros la paja seca destinada á ser quemada...

Y señalando al emperador renegado, añadió, en tono solemne como si entonara un himno:

—He ahí nuestro salvador. ¡Gloria al misericordiosísimo y sapientísimo Augusto! ¡Gloria!

La asamblea se hizo tumultuosa. Los unos aseguraban que había que seguir el consejo de Eustaquio; los otros pedían la palabra, no queriendo perder la ocasión de exponer sus ideas ante un concilio religioso.

Muchos olvidaron el fin de la reunión y se engolfaron en sutiles discusiones, tratando de quitarse oyentes.

El basilidiano Trifón hablaba del sentido de la palabra misteriosa "Abraxa", y de "la nada sin nombre, inmóvil y estéril".

—La nada sin nombre, inmóvil y estéril se encuentra en tu estúpido cerebro—exclamó indignado un obispo arriano.

Los discípulos del adolescente Epifanio declamaban:

—¡Fraternidad é igualdad! No hay otras leyes. Que todo sea común, las mujeres y la tierra, como lo son el agua, el aire y el sol.

—¡Benditos sean los réprobos!—exclamó el cainita con voz tan inspirada que todo el mundo se volvió asombrado de su impiedad.

El obispo Purpurio se lanzó sobre el cainita y le escupió en el rostro.

Se entabló una pelea, y la cosa hubiera degenerado en batalla si los guerreros romanos no hubieran intervenido.

Se echaron principalmente sobre Purpurio para echarle del lugar.

Gritó:

—¡Senna! ¡Diácono Senna!

El diácono rechazó á los guerreros, tiró á dos al suelo, libertó á Purpurio, y la terrible maza del circuncelió silbó por encima de la cabeza de los heresiarcas.

—¡Gloria á Dios!—rugía el africano buscando su víctima.

De repente su maza se desprendió de sus manos sin fuerza. Todos estaban petrificados. Un grito agudo, lanzado por uno de los coptos de la profetisa, desgarró el silencio. Arrodillado, con el rostro descompuesto por el terror, señalaba á la tribuna:

—¡El diablo, el diablo! ¡Mirad el demonio!

Allí, tranquilo y majestuoso, estaba Juliano. En sus ojos lucía una terrible alegría, y á muchos, en aquel instante, pareció el renegado espantoso, maligno y fuerte como el diablo.

—He aquí cómo practicáis la ley del amor, galileos—dijo.—Ahora veo lo que valen vuestra misericordia y vuestro perdón... En verdad, las fieras son más compasivas que vosotros. Y añadió:

—Si no sabéis dirigiros, para evitar mayores males obedecedme, galileos, y someteos.

VII

Noche de tempestad. A raros intervalos un débil rayo de luna se deslizaba entre las nubes negras y se mezclaba extrañamente á los rápidos fulgores de los relámpagos. Un viento cálido, impregnado de olores salinos, soplaba con violencia. En la orilla izquierda del Bósforo un jinete se acercó á unas ruinas solitarias. En los inmemoriales tiempos de los troyanos había habido allí una fortificación. Ya no quedaban sino montones de piedras y paredes medio derribadas. En el interior se encontraba un cuartucho, refugio de pastores y de vagabundos.

El jinete echó pie á tierra, ató el caballo á un arbusto y, apartando unas malezas, llamó en una puerta baja.

—Soy yo, Merohé... abre.

La egipcia abrió la puerta. El visitante era el emperador Juliano. Salieron. La vieja, que conocía bien el lugar, llevaba á Juliano de la mano. Apartando las malezas de cardos, descubrió una entrada baja en una hendidura de roca y bajó unos escalones. El mar estaba próximo y hacía retemblar el suelo, pero los muros de piedra protegían contra el viento. La egipcia se detuvo.

—He aquí, señor, una lámpara y la llave. Darás dos vueltas. La puerta del monasterio está abierta. Si encuentras al hermano guardián, no temas, le he comprado. Pero no te equivoques: en el corredor de arriba, la trigésima celda á la izquierda.

Juliano abrió la puerta y descendió una rápida pendiente subterránea. Aquel camino secreto conducía al monasterio cristiano. Llegado á él, y siguiendo las instrucciones de la egipcia, subió al corredor indicado. Contó las puertas de la izquierda hasta llegar á la que hacía el número 13, y la abrió con cuidado. Una lámpara iluminaba suavemente la celda. Contuvo la respiración.

Una mujer, vestida con la obscura túnica monacal, estaba en un lecho bajo. Había debido de dormirse mientras rezaba, sin tiempo para desnudarse.

Juliano reconoció á Arsinoe.

Había cambiado mucho; solamente sus cabellos eran los mismos. Juliano extendió amorosamente los brazos hacia la religiosa, que dormía á la sombra de una cruz negra, y murmuró:

—¡Arsinoe!

La joven abrió los ojos, le miró sin asombro y sin miedo, como si hubiera sabido que iba á venir. Él dijo:

—No temas; di una palabra y marcharé.

—¿Por qué has venido?

—Quería saber si era verdad...

—¡Qué importa, Juliano! Nosotros no podemos comprendernos.

—¿Crees verdaderamente en "Él", Arsinoe?

Ella no respondió, y bajó los ojos.

—¿Te acuerdas de nuestra noche en Atenas? —añadió el emperador...—¿Te acuerdas de que me tentaste, siendo yo un fraile galileo, como te tiento yo ahora?... La antigua altivez, la antigua fuerza se siguen retratando en tu rostro, Arsinoe, y no la humildad esclava de los galileos. Dime la verdad.

—Yo quiero el poder—dijo ella en voz baja.

—¡El poder! ¡Entonces te acuerdas aún de nuestra alianza! —exclamó Juliano, gozoso.

Ella meneó la cabeza con triste sonrisa.

—¡Oh, no!... El poder sobre las gentes no tiene importancia. Tú mismo lo sabes.

—¿Y por eso te vas al desierto?

—Sí... y por la libertad.

—Arsinoe, lo mismo que antes, tú no amas más que á ti misma.

—Quisiera también amar á los otros, como "Él", lo manda; pero no puedo. Los detesto y me detesto.

—Más vale no vivir entonces.

—Hay que vencerse. Hay que vencerse, no solamente en la repugnancia á la muerte, sino también en la de la vida; lo que es muy difícil, porque una vida como la mía es mucho más terrible que la muerte. Pero si se llega á vencerse hasta el fin, la vida y la muerte llegan á ser indiferentes, y se gana la gran libertad.

Sus finas cejas se fruncían en un pliegue de indomable voluntad.

Juliano la miraba con desesperación.

—¿Qué han hecho de ti? Todos vosotros sois verdugos y mártires. ¿Por qué os atormentáis? ¿No ves que en tu alma no hay nada, aparte el odio y la desesperación?

Ella fijó en él una mirada llena de cólera.

—¿Por qué has venido? Yo no te he llamado. Vete... ¿Qué me importa lo que pienses? Bastante tengo con mis pensamientos y mis sufrimientos. Hay entre nosotros un abismo que los vivos no deben franquear. Dices que no creo... Pues precisamente por eso me detesto. No creo; pero quiero creer, ¿lo oyes? Quiero, y creeré. Me esforzaré. Atormentaré mi carne, la desecaré con el hambre y con la sed, la haré más insensible que las piedras. Domaré mi inteligencia,

la mataré, porque es el diablo y es más seductora que todos los deseos. Esta será mi última victoria, la más hermosa, porque me libertará. Entonces veré si hay algo que se rebele en mí y diga: "No creo".

Alzó sus manos al cielo en ademán suplicante:

—¡Señor! ten piedad de mí. ¿En dónde estás, Señor? ¡Óyeme y perdóname!

Juliano se puso de rodillas ante ella, la atrajo á él y sus ojos brillaron triunfantes.

—¡Oh!—exclamó;—ahora veo que no has podido dejarnos. Lo has querido y no has podido. ¡Ven! ven en seguida conmigo. Mañana serás la esposa del emperador romano, el ama del mundo. He entrado aquí como un ladrón; saldré como un león, con mi presa. ¡Qué victoria sobre los galileos! ¿Quién podrá detenernos? Nos atreveremos á todo, seremos semejantes á los dioses.

El rostro de Arsinoe se puso triste y tranquilo; miró á Juliano con piedad, sin rechazarle.

—¡Desgraciado!... tú eres desgraciado como yo. Ni tú mismo sabes adónde quieres llevarme. ¿Con qué cuentas? Tus dioses han muerto. Huyo al desierto, lejos de este contagio, lejos de este espantoso olor á podrido. Déjame... No puedo ayudarte en nada... Vete.

La cólera y la pasión brillaron en los ojos de Juliano. Pero más tranquila aún, con tal piedad que el corazón del emperador se sobrecogió, como bajo el golpe de una mortal ofensa, añadió ella:

—¿Por qué te engañas? Piensa: ¿qué significan tu caridad, tus casas hospitalarias, tus discursos de sacrificador? Todo esto es nuevo, lo desconocían los antiguos héroes de la Hélada... ¡Juliano, Juliano! ¿son tus dioses los antiguos olímpicos, luminosos é inclementes, terribles hijos del azul, que se regocijaban con la sangre de las víctimas y los sufrimientos de los mortales? ¡La sangre y los sufrimientos de los humanos eran el néctar de los antiguos dioses! Los tuyos, seducidos por la fe de los pescadores de Cafarnaum, son débiles, humildes, enfermizos, mueren de piedad por los hombres... pero esa piedad es mortal para los dioses... Sí, sois demasiado débiles para vuestra sabiduría. Este es vuestro castigo. No tenéis fuerza ni en el bien ni en el mal. No sois ni el día ni la noche, ni la vida ni la muerte. Vuestro corazón está aquí y allí; habéis dejado una orilla y no podéis llegar á la otra. Creéis y no creéis, vaciláis constantemente; queréis y no queréis, porque no sabéis querer. Solamente son fuertes los que, viendo una verdad, son ciegos para la otra. Nos vencerán á nosotros, sabios y débiles.

Juliano levantó la cabeza con esfuerzo, como al salir de una pesadilla, y dijo:

—Eres injusta, Arsinoe. Mi alma no conoce el miedo, y mi voluntad es inflexible. Las fuerzas del destino me conducen. Si está en mi destino el morir demasiado pronto, y yo lo sé, á la vista de los dioses mi muerte será soberbia. Adiós. Marcho sin enojo, triste y tranquilo, porque ahora... has muerto para mí.

VIII

Sobre el pórtico del hospicio de Apolo, destinado á los miserables, á los peregrinos y á los lisiados, en el frontón de mármol se destacaba, en griego, este versículo de Homero:

“Todos venimos de Zeo, peregrinos, pobres. Yo doy poco, pero con amor.”

El emperador penetró en los pórticos interiores. Una elegante columnata jónica daba vuelta al patio. El hospicio fué en otro tiempo palestra. La tarde estaba hermosa. Aún lucía el sol.

Pero de los pórticos, de los departamentos interiores, salía una pesada atmósfera.

Allí, confundidos, estaban niños y viejos, los cristianos y los paganos, los enfermos y los sanos; lisiados, monstruos, anémicos, hidrójicos, consumidos, llevando todos en su rostro el sello de todos los vicios y de todos los sufrimientos.

Una vieja, medio desnuda, frotaba su espalda llena de pústulas contra el mármol de las columnas.

En medio del patio se alzaba la estatua de Apolo Bítico, con el arco en la mano y la aljaba al hombro.

A los pies de la estatua estaba sentado un monstruo, ni niño ni viejo; los brazos rodeaban las rodillas, la cabeza descansaba en los brazos; se balanceaba á derecha é izquierda, y con aire estúpido entonaba siempre la misma cantinela:

—¡Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros, condenados!

Por fin apareció el inspector principal, Marco Ausonio, pálido y temblando.

—Sapientísimo y magnánimo César, ¿no te dignarás venir á mi casa? La atmósfera es perjudicial aquí... hay enfermedades contagiosas...

—No, yo no temo nada. ¿Eres el inspector?

Ausonio, cerrando la boca para no respirar el aire viciado, se inclinó.

—¿Se distribuye todos los días el pan y el vino?

—Sí, como tú lo has ordenado, divino Augusto...

—¡Cuánta suciedad hay aquí!

—Son los galileos. Lavarse es para ellos un pecado. Es imposible hacer que se bañen...

—Haz que traigan los libros de cuentas—ordenó Juliano.

El inspector cayó de rodillas, y durante mucho tiempo no pudo proferir una palabra; por fin balbuceó:

—Señor... todo está en orden... Pero una desgracia... los libros se han quemado...

El emperador frunció el ceño.

En aquel momento se oyó entre la turba de enfermos:

—¡Un milagro!... ¡un milagro!... ¡Mirad! ¡El paralítico se levanta!

Juliano se volvió, y vió un hombre de elevada estatura, lleno de contento, que le tendía las manos con fe ingenua en la mirada.

—¡Creo, creo!—decía el paralítico.—Creo que no eres un hombre, sino un dios descendido á la tierra. ¡Tócame, cúrame, César!

—¡Qué soberbio milagro!—clamaban los enfermos.—¡Gloria al emperador!

—Ven á mí, ven á mí—gritaban los desgraciados.—Di una palabra, y curaré.

El sol poniente se deslizó por la puerta abierta, é iluminó el rostro de mármol de Apolo. Juliano miró al dios, y, por primera vez, todo lo que se hacía en el hospicio le pareció un sacrilegio. Los ojos claros del dios olímpico no debían ver más todas aquellas monstruosidades. Juliano sintió nacer en él el deseo de purificar la antigua palestra, de desembarazarla de toda aquella podredumbre galilea y pagana, de todo aquel estercolero humano.

Juliano se apresuró á salir del hospicio de Apolo, olvidándose hasta de los libros de cuentas de Ausonio. El emperador había visto que el informe era justo, que el inspector principal era un concusionario; pero se habían apoderado de su corazón tal fatiga, tal asco, que no tuvo valor para seguir adelante en sus descubrimientos.

Era tarde cuando volvió á palacio. Dió orden de no recibir á nadie, y se retiró al terrado que dominaba el Bósforo.

Todo el día había estado ocupado por enojosos asuntos pequeños, discusiones de cancillería y examen de cuentas.

Fué descubierto un gran número de concusiones que permitieron al emperador enterarse de que hasta sus mejores amigos le engaña-

ban. Todos aquellos filósofos, retóricos, poetas y panegiristas robaban al Tesoro tan bien como los eunucos y los obispos cristianos bajo el reinado de Constancio.

Las casas hospitalarias, los refugios de filósofos, los hospicios de Apolo y de Afrodita eran otros tantos de ganancia para los listos, tanto más cuanto que no solamente á los galileos, sino á los paganos, les parecían un capricho extraño y sacrílego de César.

Juliano sentía que su cuerpo se doblegaba bajo el pesado é inútil cansancio. Apagó la lámpara y se echó en su lecho de campaña.

—Hay que reflexionar en el silencio y en la tranquilidad—se dijo contemplando el cielo nocturno.

Pero no tenía ganas de reflexionar. Una enorme estrella brillaba en el espacio, y Juliano, á través de sus párpados medio cerrados, veía el resplandor, que penetraba hasta su corazón como una fría caricia.

IX

En Antioquía, capital de Siria, en una plaza no lejos de Syngon, la calle principal, había unos magníficos baños calientes llamados termas.

Aquellos baños estaban de moda y eran muy caros; acudían allí muchos clientes para enterarse de las últimas noticias de la ciudad.

Entre el apoditerio (habitación para desnudarse) y el frigidario (sala de descanso) se encontraba una habitación muy linda, de piso de mosaico y paredes de mármol, destinada á la sudación: el sudatorio.

En Antioquía se consideraban los baños, no como una diversión ó una cosa indispensable, sino como el principal encanto de la vida, un arte variado. La capital de Siria tenía, por lo demás, fama en el mundo entero por la abundancia y la pureza de sus aguas.

Al través de las tibias y lechosas nubes de vapor del sudatorio se veían los cuerpos desnudos de los ciudadanos notables de Antioquía. Unos estaban medio echados, otros sentados; algunos se hacían frotar con aceite; todos hablaban gravemente y transpiraban, entregándose con seriedad á aquel arte de moda. La belleza de las estatuas antiguas, colocadas en nichos, Antinoo y Adonis, hacía que resaltase la fealdad de los cuerpos vivos.

De los baños calientes salió un viejo gordo, majestuoso aunque deforme, el comerciante Buziris, que acaparaba todas las ventas de trigo de Antioquía. Un joven apuesto le sostenía respetuosamente entre los brazos.

—¡Dad vapor!—ordenó Buziris.

Por su vozarrón podía calcularse el número de millones que manejaba en el mercado.

A su lado estaba el antiguo inspector del hospicio de Apolo, Marco Auonio. Pequeño, flaco, en comparación con la masa grasienta del comerciante, parecía un pollo desplumado.

El burlón Julio Mavrico no lograba hacer que transpirase su cuerpo nervioso, seco, lleno de bilis.

Garguilio estaba tumbado en el piso de mosaico, y un esclavo le frotaba la espalda con un pedazo de tela humedecida.

El poeta, enriquecido á la sazón, Publio Porfirio, contemplaba melancólicamente sus piernas, deformadas por la gota.

—¿Conocéis, amigos—dijo,—la misiva de los toros blancos al emperador romano?

—No. Cuenta.

—Una línea solamente: “Si vences á los persas, estamos perdidos.”

—¿Es eso todo?

—¿Qué falta hace más?

El cuerpo de Garguilio onduló de risa.

—¡Por Palas! es lacónico y expresivo. Si el emperador vuelve triunfante de Persia, ofrecerá en sacrificio á los olímpicos tal cantidad de toros blancos, que estos animales llegarán á ser más raros que el buey Apis... ¡Esclavo! frótame más fuerte en los riñones.

—Se dice—dijo Junio—que envían de una isla de las Indias una considerable cantidad de pájaros raros; y de Escitia, unos cisnes salvajes. Y todo para los dioses. El emperador romano engorda á los olímpicos. Verdad es que debían de estar hambrientos desde Constantino.

—Los dioses se hartan—exclamó Garguilio,—y nosotros ayunamos. Hace tres días que no se encuentra en el mercado un faisán de Cólquida presentable, ni un solo pescado comible.

—El emperador es un boquirrubio—declaró el comerciante de trigo.

Todos se volvieron respetuosamente.

—Un boquirrubio—insistió Buziris.—Todavía tiene la leche en los labios. Ha querido rebajar el precio del pan, ha prohibido venderle al precio que habíamos fijado. Ha hecho venir de Egipto cuatrocientas mil medidas de trigo.

—¿Y habéis rebajado los precios?

—Escuchad. He excitado á los comerciantes. Han cerrado los al-

macenes. Más vale dejar que se pudra el trigo que someterlos. Han comido el trigo de Egipto. Nosotros no damos el nuestro. Ya que ha echado á perder la masa, que se la coma.

—Tu gracia ha observado perfectamente que el emperador no es más que un boquirrubio—dijo el cliente parásito.

—El César Constancio, de piadosa memoria—declamó Buzirio,—no puede compararse con Juliano. Aquél tenía verdaderamente aire soberano. Éste, Dios me perdone, no es más que un aborto de los dioses, un oso mal educado, que sale por las calles sin afeitarse, sin peinarse, sin lavarse, con manchas de tinta en los dedos... Los libros, la erudición, la filosofía... Ya pagarás todo eso.

Entonces, Marco Ausonio, que hasta entonces había estado callado, murmuró pensativo:

—Todo se puede perdonar; ¿pero por qué nos quita el último placer de la vida: el circo, los combates de gladiadores? La vista de la sangre procura y procurará siempre á los hombres un inexplicable contento. Es una alegría sagrada y misteriosa. Sin la sangre no hay alegría ni grandeza sobre la tierra. ¡El olor de la sangre es el olor de Roma!

—Bien dicho: olor de sangre, olor de Roma. Continúa, Marco. Estás inspirado hoy—dijo Garguilio.

—Digo lo que siento, amigos míos. La sangre es tan dulce á los hombres, que hasta los cristianos no han podido prescindir de ella. Quieren purificar el mundo con la sangre. Juliano comete una grave falta. Al quitar el circo al pueblo, le priva del placer sanguinario. El populacho hubiera perdonado todo, pero nunca perdonará eso.

Mientras tanto, en la plaza, á la entrada de las termas, se agolpaba la multitud.

Por la noche brillaban mil luces en Antioquía, sobre todo en el Syngan, la calle principal, tirada á cordel, que atravesaba la ciudad en un trayecto de treinta y seis estadios, con porches sostenidos por columnas, ocupada en toda su longitud por elegantes tiendas.

En la multitud corrían bromas sobre el emperador: unos muchachos corrían entre los grupos cantando coplas satíricas; otro, subido en los hombros de un compañero, dibujaba en una pared, con un carboncillo, un macho cabrío con la corona imperial, mientras que un tercero escribía debajo, con gruesos caracteres: "Este es el impío Juliano,,", y gritaba:

¡El carnicero llega
con un gran cuchillo!

Un transeunte, un viejo, vestido con el negro hábito eclesiástico, se detuvo, escuchó al chicuelo y, meneando la cabeza, murmuró:

—De la boca de los niños sale la verdad. ¿No se vivía mejor bajo *Kapa* y *Khi*?

—¿Qué quieres decir con *Kapa* y *Khi*?

—¿No comprendes? La letra griega *Kapa* (K) es la inicial del nombre de Constancio; y *Khi* (X), la de Cristo. Quiero decir que Constancio y Cristo no hicieron ningún daño á los habitantes de Antioquía, mientras que los filósofos...

—Tienes razón. Mejor se vivía con *Kapa* y *Khi*.

Un borracho, que sorprendió el coloquio, corrió á propagarle por todas las calles.

La broma dió vuelta á Antioquía, y agradó al populacho por su indiscutible absurdo.

Mayor animación aún reinaba en la taberna situada enfrente de las termas, que pertenecía al armenio Syrax, el cual hacía ya mucho tiempo que había trasladado su negocio de Cesarea á Antioquía. Hablábase allí también del emperador.

El legionario sirio Strombix, el mismo que tomó parte en la campaña de Juliano contra los bárbaros de las Galias, se distinguía por una elocuencia especial. Á su lado estaba su fiel compañero y amigo el gigante sármata Aragaris.

Strombix se encontraba como el pez en el agua, porque le agradaban sobremanera las revueltas y las rebeliones.

Se disponía á pronunciar un discurso; pero entró una vieja, que acababa de enterarse de una noticia sensacional.

—Estamos perdidos—dijo.—El Señor nos castiga... Me lo contó una vecina, y al pronto me resistí á creerlo.

—Cuenta, cuenta.

—En Gaza, la cosa ha pasado en Gaza. Los paganos se apoderaron de un monasterio de mujeres. Hicieron salir á las religiosas, las ataron á unos postes en la plaza pública y las golpearon hasta darles muerte. Después les sacaron los intestinos, calientes todavía, y se los echaron á los cerdos.

—Yo mismo—añadió un obrero—he visto en Hierópolis á un pagano que se comía el hígado de un diácono muerto.

—¡Qué abominación!—murmuraron los oyentes santiguándose.

Ayudado por Aragaris, Strombix trepó á una mesa, y tomando la actitud de un orador, se dirigió á la reunión:

—¡Ciudadanos!—gritó.—¿Hasta cuándo hemos de esperar para sublevarnos? Sabed que Juliano ha jurado, si vuelve vencedor de

Persia, reunir á los santos defensores de la Iglesia y echarlos como pasto á las fieras; transformar los pórticos de las basílicas en graneros, y el interior de las iglesias en cuadras...

Un viejo, lívido de miedo, interrumpió exclamando:

—¡Qué hacer!... Hay doscientos cadáveres en los pozos... Se dice que el renegado busca sus adivinaciones en el interior de las personas vivas... Oye, Glaturio: ¿no es verdad que se encuentran restos humanos en las cloacas? Tú debes saberlo, porque tu oficio es bajar á ellas.

—No, respetables amigos—respondió humildemente el aludido.— Se encuentran á veces niños recién nacidos, esqueletos de burro ó de camello, pero todavía no he visto cadáveres de personas.

Strombix quiso continuar su discurso.

—¡Hermanos!—dijo,—venguémonos. Muramos como los antiguos romanos.

—Es inútil que te desgañites—gritó un zapatero escéptico.— Cuando llegara el caso, tú serías el primero en escurrir el bulto.

—Sois unos cobardes—declaró, interviniendo en la discusión, una mujer pintada y acicalada, llamada por sus adoradores la Loba. —¿Sabéis lo que respondieron á sus verdugos los santos mártires Macedonio, Teódulo y Terciano?

—No; que hable la Loba.

—Yo misma lo oí. En Mirra, en Frigia, tres jóvenes, Macedonio, Teódulo y Terciano, penetraron de noche en un templo helénico y destruyeron los ídolos, para gloria de Dios. El procónsul Amaquio les hizo prender, ponerles en unas parrillas y encender fuego debajo. Los tres mártires decían: "Si quieres, Amaquio, probar la carne asada, vuélvenos del otro lado para que estemos á tu gusto. Y los tres rieron y escupieron al procónsul. Y se vió que bajaba un ángel del cielo con tres coronas. Vosotros no hubierais hablado así... Tenéis demasiado cariño á vuestro pellejo..."

Se oyeron gritos en la calle.

Todo el mundo se precipitó á la puerta. Una multitud enorme avanzaba por la calle principal, y se detuvo ante las termas.

—¡El viejo Pamva! ¡El viejo Pamva!—decían las gentes.—Viene del desierto para socorrer al pueblo, humillar á los grandes y ensalzar á los humildes.

X

Pamva era un viejo de rostro ordinario, saliente de pómulo y lleno de pelos. Vestía un saco de tela y una piel de cordero. Desde hacía veinte años no se había lavado, considerando la limpieza como un pecado y creyendo que existía un diablo especial que presidía el aseo corporal. Vivía en un espantoso desierto, al Estê de Antioquía, en donde las serpientes y los escorpiones pululaban en el fondo de los pozos desecados. Al saber por sus discípulos que el emperador Juliano, el feroz Anticristo, perseguía á los cristianos, dejó su retiro para sostener á los creyentes que flaqueaban.

—¡Escuchad!... ¡Va á hablar!

Pamva subió la escalinata de las Termas, extendió los brazos y comenzó diciendo con siniestro acento:

—No quedará aquí piedra sobre piedra. Todo se hundirá y desaparecerá. El fuego sagrado devorará el universo. Los cielos se derrumbarán. Llegará el terrible juicio de Cristo, el imaginable espectáculo. ¿Adónde volveré mis miradas? ¿Qué admiraré sino los gemidos de los reyes precipitados en las tinieblas? ¿sino el terror de la diosa del amor, Afrodita, temblando en su desnudez ante el Crucificado? ¿sino la fuga de Júpiter y de todos los dioses olímpicos ante los rayos del Altísimo?... ¡Triunfad, mártires! ¡Alegraos, perseguidos! ¿En dónde están vuestros jueces, procónsules romanos? Vedlos presa de llamas más terribles que las que quemaban á los cristianos. Los filósofos, tan orgullosos de su frívola sabiduría, rugirán, y no los salvarán ni los silogismos de Aristóteles ni las demostraciones de Platón. Y los actores aullarán como jamás aullaron en tragedia alguna los héroes de Sófocles y Esquilo. Entonces nosotros, los groseros y los ignorantes, nos alegraremos y diremos á los fuertes y á los sabios: "Mirad: he aquí el Crucificado, el Hijo del carpintero y de la menestrala: he aquí el Rey de Judea, vestido de púrpura y coronado de espinas. He aquí al que afrentasteis..." Y oiremos llantos y rechinamientos de dientes...

De pronto, se oyó ruido de armas y de pasos: los legionarios romanos penetraban en la plaza. A su frente iba el prefecto Salustio, de actitud noble y simpática.

—¡Dispersaos, ciudadanos!—dijo en voz alta el prefecto.—Por orden del divino Augusto, están prohibidas las reuniones nocturnas en las calles de Antioquía.

E. M.—*Octubre 1904.*

El viejo Pamva exclamó irónicamente:

—¡Salud, valiente ejército de Satanás! ¡Salud, preclaro dignatario romano! ¡Sed bienvenidos!

Los legionarios levantaron las espadas, prestos á cargar sobre la multitud; pero el prefecto los contuvo con un gesto.

—¿Conque nos amenazas, estúpido?—siguió diciendo Pamva, dirigiéndose á Salustio.—¿Qué podéis? Nos basta con una noche obscura y dos ó tres teas para vengarnos. Teméis á los bárbaros. Nosotros somos más terribles que ellos. Nos encontramos en todas partes, somos innumerables. No tenemos límites, no tenemos patria, no conocemos más que una república: la república universal. Somos de ayer, y llenamos ya el mundo... No necesitamos armas. Somos tantos que nos basta alejarnos para que perezcáis: el imperio romano no se sostiene más que por nuestra misericordia cristiana.

Todas las miradas estaban fijas en Pamva; nadie reparó en un joven, vestido con sencilla túnica, que, seguido de algunos compañeros, atravesaba las filas de los legionarios, los cuales se apartaban respetuosamente ante él. Se dirigió á Salustio, y murmuró:

—¿Qué esperas?

—Se dispersarán tal vez por sí mismos—contestó el prefecto.— Los galileos tienen ya demasiados mártires para que les creemos más. Acuden á la muerte como las abejas á la miel.

El joven avanzó, y gritó con voz clara, como capitán acostumbrado al mando:

—¡Dispersad la muchedumbre! ¡Prended á los agitadores!

Todo el mundo se volvió, y resonó un grito de espanto:

—¡Augusto! ¡Augusto Juliano!

Los guerreros se adelantaron con la espada desnuda. Muchos echaron á correr, siendo el primero Strombix. Algunos se defendieron á pedradas. Se entabló una verdadera batalla, oyéndose confusamente los gritos de los heridos, los juramentos de los soldados y los rezos de los galileos.

Oribazy, que era uno de los compañeros de Juliano, se acercó al emperador.

—¿Qué haces?—le dijo.—¿Es esto digno de tu sabiduría?

El emperador le miró con severidad, y Oribazy se calló, sin atreverse á continuar; pero Juliano le replicó con voz sorda:

—¡Vete! Sé lo que hago...

Oribazy pensó:

—¡Cómo se parece ahora á su primo Constancio en sus momentos de furor!

Juliano gritó á la multitud:

—¡Hasta ahora, por la gracia de los dioses, soy todavía emperador! ¡Obedeced, galileos! Os podéis burlar de mi barba y de mis vestiduras, pero no de la ley romana... Acordaos de que os castigo por la rebelión, y no por cuestión religiosa... ¡Atad á ese tunante!

Y señaló á Pamva, del que se apoderaron dos legionarios.

—¡Mientes, ateo!—rugió Pamva.—Nos persigues por nuestra fe. ¡Hermanos! no temamos al César romano, sino al Dios omnipotente!

Nadie pensaba ya en huir: todos se sentían contaminados por la fiebre del martirio. Los légionarios se mostraban perplejos ante aquella multitud que se lanzaba sobre las espadas y las lanzas. Juliano quiso detener la carnicería. Era demasiado tarde: las abejas volaban á la miel. No pudo hacer otra cosa que exclamar con rabia y con desprecio:

—¡Desgraciados! Si la vida os pesa, no es difícil abreviarla por vosotros mismos.

Y Pamva replicó alegremente:

—Exterminadnos, romanos!... Nos multiplicaremos... ¡Las cadenas serán nuestra libertad; la debilidad, nuestra fuerza; la muerte, nuestra victoria!

XI

Siguiendo la corriente del Orovanto hacia su fuente, á cuarenta estadios de Antioquía, se encontraba el célebre bosque de Dafnae, consagrado á Apolo. Habíase elevado allí un templo, y todos los años se celebraban en él fiestas en honor del dios Sol.

Juliano, sin prevenir á nadie, salió de Antioquía al despuntar el día. Quería cerciorarse por sí mismo de si los habitantes se acordaban de la fiesta sagrada de Apolo. Mientras caminaba pensaba en aquella solemnidad, esperando ver vírgenes y adolescentes subiendo la escalinata del templo, todos vestidos de blanco, símbolo de pura juventud, y una multitud de fieles, los coros y el humo del incienso.

El camino era penoso. El polvo se metía por los ojos y por la garganta. Pero cuando el emperador penetró en el bosque, le envolvió una perfumada frescura. Era difícil creer que aquel rincón del paraíso estuviese tan cerca del abrasador camino. El bosque tenía

ochenta estadios de circunferencia, y bajo los seculares árboles reinaba un perpetuo crepúsculo.

El emperador quedó sorprendido ante la soledad del bosque: ni fieles, ni víctimas, ni incienso; ningún preparativo para la celebración de la fiesta. Creyó que el pueblo estaría ya reunido alrededor del templo, y siguió andando.

A medida que avanzaba iba impresionándole más la calma, la tristeza, el abandono del grato lugar. Llegó á presencia del templo sin encontrar un fiel.

Por fin vió un niño de unos diez años, que seguía un sendero invadido por los jacintos. Sus ojos negros brillaban de un modo extraño en su rostro pálido de helénica belleza.

—¿Sabes, niño, en dónde están los sacrificadores y el pueblo?—le preguntó Juliano.

El niño guardó silencio, como si no hubiese oído la pregunta.

—Escucha, pequeño: ¿puedes llevarme á casa del sacrificador de Apolo?

El niño sonrió, pero no contestó tampoco.

—¿Por qué no quieres responderme?

Entonces la linda criatura señaló sus labios, después sus oídos, y, sin sonreír esta vez, movió la cabeza.

—Debe de ser sordomudo de nacimiento — murmuró Juliano, y añadió:—¡Mal presagio!

Y casi tuvo miedo en el silencio y el crepúsculo del bosque abandonado, en compañía de aquel niño sordomudo, bello como un dios, y que le miraba obstinadamente. Por fin, el pequeño mostró al emperador un anciano vestido con una túnica sucia y remendada, por la que Juliano reconoció en seguida al sacrificador. Se acercó á él.

—¿Eres el sacrificador de Apolo?—preguntó.

—Yo soy. Me llamo Gorguio. ¿Qué deseas, buen hombre?

—¿No puedes indicarme en dónde está el gran sacrificador de este templo y en dónde están los fieles?

Gorguio estuvo un momento sin responder, y después replicó:

—¿Por qué no sería yo el gran sacrificador de Apolo? ¿Y de qué fieles hablas, hijo mío? ¡Que los olímpicos te protejan!

Desprendíase de él un fuerte olor á vino. Juliano, á quien semejante sacrificador parecía indecente, se disponía á dirigirle una severa amonestación.

—Me parece que estás borracho, anciano...

—¿Borracho? Tal vez no. Pero sí he bebido cinco copas con motivo de la fiesta. Por lo demás, bebo por tristeza más que por ale-

gría. Sí, hijo mío. ¡Que los olímpicos te protejan!... ¿Quién eres? A juzgar por tus vestiduras, un filósofo errante ó un maestro de escuela de Antioquía...

El emperador sonrió y dijo:

—Lo has adivinado. Soy profesor.

—¿Cristiano?

—No; helenista.

—Muy bien...

—Pero todavía no me has dicho en dónde está el pueblo...

—¡El pueblo!... ¡Ah!... Los hombres se han olvidado de los dioses. No solamente carecemos de víctimas, sino que á veces no tenemos siquiera un puñado de trigo para ofrecer una galleta al dios, ni un grano de incienso, ni una gota de aceite para las lámparas. Sólo nos resta morir... Sí, hijo mío... ¡que los olímpicos te protejan!... Los frailes lo han acaparado todo... Nosotros hemos concluido... ¡Malos tiempos!...

—¿No ha venido nadie de Antioquía para la gran solemnidad?

—Nadie más que tú, hijo mío. Yo soy el sacrificador, tú eres el pueblo: ofreceremos juntos la víctima al dios.

—Acabas de decirme que no habías recibido ninguna.

—No hemos recibido, pero hay la mía. Heferio (designó al sordomudo) y yo hemos economizado durante tres días el dinero necesario. ¡Mira!

Levantó la tapa de una cesta que tenía á su lado, y apareció la cabeza de un pato que pugnaba por escaparse.

—Al fin y al cabo es una víctima—siguió diciendo el viejo.—Apolo tendrá que contentarse con lo que hay.

—¿Hace mucho tiempo que vives en este templo? —preguntó Juliano.

—Tal vez más de cuarenta años.

—¿Es tu hijo este hermoso niño?

—No; yo no tengo parientes ni amigos. Heferio me ayuda en los actos del sacrificio.

—¿Cuáles son sus padres?

—No conozco al padre, y dudo mucho que lo conozca nadie; pero su madre es la gran sibila Diolima, que vivió mucho tiempo en este templo. No hablaba, y no se levantaba el velo ante los hombres. Era casta como una vestal. Cuando dió á luz este niño, quedamos todos asombrados y no sabíamos qué pensar... Pero un sabio hierofante nos dijo...

Aquí Gorguio tomó un tono confidencial y misterioso.

—...nos dijo que no era hijo de hombre, sino de un dios que bajó durante la noche á visitar á la sibila mientras ésta dormía en el interior del templo. ¡Mira qué bello es!

—¡Un sordomudo hijo de un dios!—murmuró el emperador.

—En los tiempos que corremos—replicó Gorguio,—si el hijo de un dios y de una sibila no fuese sordomudo, se moriría de pena. Mira lo pálido que está ya.

De repente el niño se acercó á Juliano, y, mirándole con fijeza, le cogió una mano y se la besó.

Juliano se estremeció.

—¡Hijo mío—dijo el viejo solemnemente,—que los olímpicos te protejan! Debes de ser un buen hombre. El niño no acaricia jamás á los malos ni á los impíos, y huye de los frailes como de la peste. Me parece que ve y comprende más que nosotros dos, pero no puede explicarlo. Le he sorprendido á menudo en el templo, sentado ante la estatua de Apolo durante horas enteras, y mirándola sonriente como si conversase con el dios.

El rostro de Heferio se puso serio, y se alejó. Gorguio se dió una palmada en la frente, y dijo:

—Estoy charlando contigo, y ya es la hora del sacrificio. Ven.

—Espera—dijo el emperador.—Todavía quería preguntarte algo. ¿Has oído decir que el emperador Juliano quería restaurar el culto de los antiguos dioses?

—Sí, pero... ¿qué podrá hacer el pobre? Todo ha concluído, te digo.

—¿Tienes tu fe en los dioses?

El viejo suspiró y bajó la cabeza. Después dijo:

—Hijo mío, tú eres joven, aunque tengas ya algunos pelos blancos y algunas arrugas en la frente. Pero cuando mis cabellos eran negros y las jóvenes me miraban con complacencia, recuerdo haber pasado en una nave, no lejos de Tesalónica, á la vista del monte Olimpo. “He ahí la morada de los dioses,”—me dije conmovido.—Pero á bordo iba un viejo burlón que se decía epicúreo. Señaló el monte, y dijo:

—“Muchos años han transcurrido desde que los viajeros escalaron el Olimpo. Vieron que era una montaña como las otras, sin otra cosa más en su cumbre que nieve, hielo y piedras...” Y estas palabras me impresionaron tanto, que las recordaré toda mi vida.

El emperador sonrió.

—Anciano, tu fe es infantil. Si no en el Olimpo, ¿por qué no habían de estar los dioses más arriba, en el reino de las Ideas eternas, en el reino de la luz del alma?

Gorguio bajó más la cabeza.

—Sí, ciertamente... Pero... todo ha concluído... El Olimpo está desierto. La tierra no produce ya sino hombres débiles y duros. Los dioses no pueden hacer más que reirse de ellos ó enfadarse. No valen la pena de ser destruídos. Perecerán por la enfermedad, el libertinaje ó el marasmo. Los dioses se enojaban y se han marchado.

—¿Y crees, Gorguio, que el género humano debe desaparecer?

—¡Ah! La tierra sufre. Los ríos corren más lentamente; las flores, en la primavera, no tienen ya el mismo perfume. El sol brilla menos. Se acerca el fin del mundo.

—¿Has conocido tiempos mejores?

—Cuando llegué aquí en los primeros años del reinado de Constantino, las fiestas en honor de Apolo se celebraban con brillantez. ¡Ya lo creo que he conocido tiempos mejores!

En aquel momento se oyó á lo lejos un canto religioso.

—¿Qué es eso?—preguntó Juliano.

—Los frailes—contestó el sacrificador.—Los frailes, que oran por un galileo muerto.

—¿Como? ¿Un galileo en el bosque sagrado de Apolo?

—Sí; le llaman "el mártir Valerio,,. Hace diez años, el hermano del emperador Juliano, el César Galo, transportó de Antioquía los huesos de ese Valerio á este bosque, y le construyó un soberbio sarcófago. Desde entonces han dejado de manifestarse las profecías. El templo está profanado y se ha alejado el dios.

—¡Qué sacrilegio!—exclamó el emperador, indignado.

Después se volvió, y vió al niño sordomudo apoyado en una roca en actitud pensativa. Juliano creyó ver por un instante dos alas transparentes palpar en la espalda del niño, divinamente bello. El emperador pensó:

"Debe ser Eros, el antiguo dios del amor, que agoniza en nuestro siglo de morosidad galilea. Recoge las últimas de amor, las lágrimas del dios sobre Dafnae,—la belleza desaparecida.,"

De pronto se oyeron voces:

—Augusto está aquí.

—No puede ser.

—Sí; habrá venido á las fiestas de Apolo... ¡Miradle!... Juliano, te hemos estado buscando toda la mañana.

Eran los sofistas griegos, los sabios y los retóricos, compañeros habituales del emperador, á los que se habían unido el neoplatónico Prisco de Epiro, el bilioso escéptico Junio Mavrico, el prudente Sa-

lustio y el célebre orador Libanio. Juliano no les prestó la menor atención.

—¿Qué hay?—murmuró Junio á Prisco.

—Debe de estar descontento por no haber ningún preparativo para la fiesta. No hemos enviado ni una sola ofrenda.

Juliano se dirigió al antiguo retórico cristiano, á la sazón gran sacrificador de Astartea, Hekébolis.

—Vete á la capilla próxima, y di á los galileos que rezan que les mando que se presenten aquí.

Hekébolis se alejó.

Gorguio, con el cesto al brazo, estaba petrificado, con la boca abierta. A veces le parecía todo aquello un sueño; pero cuando pensaba lo que había dicho del emperador Juliano y de sus dioses al supuesto profesor, temblaba. Cayó de rodillas.

—Perdón, César... olvida mis palabras... no sabía...

Uno de los filósofos quiso rechazar al viejo.

—¡Vete, imbecil!

Juliano le contuvo.

—No ofendas al sacrificador. Levántate, Gorguio. He aquí mi mano. No temas nada. Mientras yo viva, nadie te hará daño, ni á ti ni al niño. Ambos hemos venido á la fiesta; ambos amamos á los antiguos dioses... Seamos, pues, amigos.

Los cantos religiosos habían cesado. Aparecieron por entre los árboles los frailes, pálidos y asustados, sin haber tenido tiempo de quitarse los ornamentos. Hekébolis les guiaba. El superior, hombre obeso, sudaba copiosamente. Al llegar ante Augusto, le saludó profundamente y dijo con agradable voz de bajo:

—Que el humanitario Augusto perdone á sus indignos esclavos...

Se inclinó más todavía, y dos novicios le ayudaron diestramente á incorporarse. Uno de ellos se había olvidado de dejar el incensario, y el incienso se escapaba en hilillos de humo.

Heferio, en cuanto vió á los frailes, huyó.

Juliano dijo:

—¡Galileos! Os ordeno que desembaracéis para mañana á la tarde el bosque sagrado de Apolo de los huesos de vuestro muerto. No deseamos emplear la fuerza contra vosotros; pero si nuestra voluntad no se ejecuta, sabremos hacer de manera que Helios quede libre de la vecindad sacrílega de las cenizas galileas. Enviaré aquí á mis guerreros, desenterrarán los huesos y dispersarán al viento las cenizas. Tal es nuestra voluntad, ciudadanos.

El superior tosió y contestó con voz humilde:

—Muy misericordioso César: la orden es penosísima para nosotros, porque las reliquias descansan desde hace mucho tiempo en un lugar bendecido por voluntad del César Galo. Pero éste es un asunto ajeno á nuestra voluntad, y nos vemos obligados á entregarlo al obispo.

Se oyó un murmullo entre los circunstantes. Un chicuelo, oculto tras un arbusto, cantó:

El carnicero viene,
trae un gran cuchillo.

Pero recibió tal bofetada, que salió chillando.

El superior juzgó que el decoro le ordenaba defender las reliquias; volvió á toser, y siguió diciendo:

—Si tu alta sabiduría expresa tal orden por razón del ídolo...

Se apresuró á rectificar:

—Del dios helénico Helios...

Los ojos del emperador brillaron con furia, y exclamó:

—¡El ídolo! He aquí vuestra palabra. ¿Por qué casta de imbéciles nos tomáis al asegurar que adoramos la materia misma que representa á nuestros dioses: metal, piedra ó madera? Todos vuestros predicadores quieren convencer de esto á los demás. Pero es una mentira. Nosotros no adoramos la piedra muerta, ni el metal ó la madera, sino el alma, el alma viviente de la belleza en los modelos de la más pura belleza humana. No somos nosotros los idólatras, sino vosotros: vosotros, que os devoráis continuamente como fieras por una letra; vosotros, que besáis los huesos podridos de criminales ajusticiados por infracción á las leyes romanas; vosotros, que llamáis al fratricida Constancio "eterno y santidad,"... ¿No es más razonable deificar las esculturas maravillosas de Fidias, que respiran la belleza y la sabiduría olímpicas, que inclinarse ante dos maderos entrecruzados, vergonzoso instrumento de tortura? ¿Habrá que avergonzarse de vosotros, compadeceros ú odiaros? El colmo de la locura y del oprobio para nuestra patria es ver á los descendientes helenos que leen á Platón y á Homero precipitarse—¡oh abominación!—hacia una tribu réproba, exterminada casi por Vespasiano y Tito, para deificar á un hombre muerto... ¡Y os atrevéis todavía á acusarnos de idolatría!

El superior, imperturbable, se acariciaba su larga barba y miraba de reojo á Juliano, enjugándose las gotas que brotaban de su frente sudorosa.

Entonces el emperador dijo al filósofo Prisco:

—Amigo mío, tú conoces las antiguas ceremonias de los helenistas. Celebra los misterios de Delos, indispensables para la purificación del templo de Apolo. El dios regresará á su morada; las antiguas profecías comenzarán de nuevo en cuanto se haya quitado la piedra que cierra el manantial.

El superior terminó el coloquio con un profundo saludo y con la misma humildad, en la que se percibía una tenacidad invencible.

—Cúmplase tu voluntad, poderoso César. Nosotros somos los hijos, tú eres el padre. Está escrito en la Escritura: "Toda alma debe someterse á las fuerzas directoras. Pero no hay poder superior al de Dios."

—¡Oh hipócritas—exclamó el emperador,—conozco vuestra obediencia y vuestra humildad! ¡Rebelaos, pues, contra mí, y luchad, al menos, como hombres! ¡Vuestra humildad es el dardo de la serpiente, esclavos! Herís á aquellos ante los cuales os inclináis. Vuestro maestro, el Nazareno, os juzgó bien al decir: "¡Ay de vosotros, hipócritas fariseos, que os parecéis á esos sepulcros blanqueados, que al exterior parecen soberbios y en el interior están llenos de huesos de muertos y suciedad!...". En verdad, habéis llenado el mundo de tales sepulcros. Os arrodilláis ante los huesos, y de ellos esperáis la salud... Como los gusanos, os alimentáis de podredumbre. ¿Es eso lo que os enseñó Cristo? ¿Os ordenó odiar á vuestros padres, á los que llamáis herejes porque no creen lo que vosotros? Que mis labios os repitan las palabras del Galileo: "¡Ay de vosotros, hipócritas fariseos!"

Juliano se volvió para irse, cuando salieron de la multitud dos viejecillos, él y ella, que se prosternaron á los pies del emperador. Ambos, pobre pero limpiamente vestidos, se parecían extraordinariamente; llamábanse Filemón y Bancis.

—¡Protegednos, justo César!—murmuró el viejo.—Tenemos una casita cerca de Antioquía, al pie del Estravino. En ella hemos vivido veinte años. Y últimamente vinieron unos decuriones...

El anciano juntó las manos con ademán desesperado; la mujer, imitando á su marido, hizo lo mismo.

—...Llegan los decuriones y nos dicen:—Esta casa no os pertenece.—¿Cómo? El Señor sea con vosotros. He aquí veinte años que nos pertenece.—Sea. Pero no tenéis derecho á poseerla. La tierra pertenece al templo del dios Esculapio, y vuestra casa está construída con las piedras del templo. Debe volver á Esculapio.—¿Qué quiere decir esto? ¡Ten piedad, omnipotente Augusto!

Los viejos continuaban arrodillados ante él, contritos y simpáticos como niños, y le besaban los pies llorando.

Juliano vió una cruz de ámbar en el cuello de la mujer.

—¿Sois cristianos?—preguntó.

—Sí.

—Quisiera atender vuestro ruego... Pero ¿qué hacer? La tierra pertenece al dios... Sin embargo, haré que os paguen vuestra propiedad.

—¡No, no!—exclamaron los viejos.—Aquí tenemos todas nuestras costumbres. No pedimos dinero. Todo es nuestro en el lugar; conocemos cada hierba...

—Todo es nuestro en el lugar—repitió la vieja como un eco.—La viña, la vaca, las olivas, los cerdos; todo es nuestro.

El emperador, sin escuchar, se volvió hacia la asustada multitud.

—Los galileos, en estos últimos tiempos—dijo,—me abrumaban á peticiones para la devolución de tierras pertenecientes á las iglesias. Los valentinianos, por ejemplo, acusaban á los arrianos de haberles arrebatado sus propiedades. Para cortar la discordia, dí una parte de esas tierras á mis guerreros y la otra al Tesoro. Estoy decidido á obrar de la misma manera en lo futuro. ¿Me preguntáis con qué derecho? Pero ¿no decís vosotros mismos “que es más fácil que un camello éntre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos,”? Estoy resuelto á ayudaros en ese difícil mandamiento. Vosotros glorificáis la pobreza, galileos; ¿por qué entonces murmuráis contra mí? Al despojaros de una propiedad que arrebatasteis á vuestros hermanos herejes ó á los templos olímpicos, no hago más que ponerlos en el camino recto de la pobreza saludable, que os conducirá directamente al imperio celeste.

Sonrió irónicamente.

—¡Nos ofenden de un modo inicuo!—gimieron los viejos.

—Pues bien, sufrid la ofensa—replicó Juliano.—Debéis alegraros de las persecuciones, como os lo enseñó el Nazareno. ¿Qué son tales sufrimientos en comparación de la felicidad eterna?

El viejo no estaba preparado para este razonamiento; se desconcertó, y balbuceó como última esperanza:

—Somos tus fieles esclavos, Augusto. Mi hijo sirve como ayudante del estratega en una fortaleza lejana sobre la frontera romana, y sus superiores están contentos de él...

—¿Galileo también?—preguntó Juliano.

—Sí—contestó el viejo, que se asustó en seguida de su confesión.

—Has hecho bien en advertírmelo. Los galileos, enemigos declarados del Augusto romano, no deberán, en adelante, ocupar los altos cargos del imperio, sobre todo en el ejército. De nuevo, en este punto, estoy más de acuerdo con vuestro Maestro que vosotros mismos. ¿Es justo que los discípulos de Jesús administren justicia con arreglo á las leyes romanas, cuando Él dijo: “No juzguéis y no seréis juzgados,, y que los cristianos acepten de nosotros la espada para la defensa del imperio, cuando su Maestro les previene: “El que tome la espada perecerá por ella,, y también: “No combatas el mal con la fuerza,,?... He aquí por qué, preocupándonos de la salvación de las almas de los galileos, les retiramos la justicia romana y la espada romana, á fin de que puedan más fácilmente, sin defensa, desarmados, ajenos á todo lo que es terrible y frívolo, penetrar en el reino de los cielos.

Con una risa interior, muda, que era lo único que desarmaba su odio, el emperador se dirigió rápidamente hacia el templo de Apolo. Los viejos sollozaban, tendían hacia él sus brazos.

—¡César!... No sabíamos. Toma nuestra casa, nuestra tierra, todo lo que tenemos, pero ten piedad de nuestro hijo.

Los filósofos quisieron penetrar en el templo, pero el emperador les detuvo con un gesto de la mano.

—Solo he venido á la fiesta, solo ofreceré el sacrificio.

—Entremos—añadió, dirigiéndose á Gorguio.—Cierra las puertas; que no éntre ninguno no consagrado.

Las puertas se cerraron ante los amigos filósofos.

—¿No consagrados? ¿Qué os parece esto?—preguntó Garguilio, preocupado.

Libanio guardaba silencio.

Mavrico, con aire misterioso, llevó á los amigos á un rincón de pórtico, y murmuró algo, llevándose un dedo á la frente.

—¿Comprendéis?

Todos quedaron absortos.

—¿Es posible?

Muvrico comenzó á enumerar:

—Primeramente, rostro pálido, mirada febril, cabellos en desorden, pasos desiguales, discursos incoherentes. Después, dureza y nerviosidad excesivas. Por último, esta estúpida guerra contra los persas... ¡Por Palas! Es una locura manifiesta.

Los amigos se acercaron aún más, y comenzaron á referir toda suerte de chismes. Salustio, que se mantenía aparte, contemplaba el conciliábulo con amarga sonrisa.

En el interior del templo, Juliano encontró á Heferio. El niño se regocijó á la vista de Juliano, y varias veces durante el oficio sumió su mirada en los ojos del emperador, como si hubiera entre ellos un secreto común.

Iluminada por el sol, la enorme estatua de Apolo se alzaba en medio del templo, el cuerpo de marfil, los paños de oro, como las de Zeo de Fidias, en Olimpia. El dios, ligeramente inclinado, derramaba el néctar de su copa en la Tierra Madre, rogándola que le devolviera á Dafnés.

Una ligera humareda se extendió por el templo; algunas sombras pasaron por el marfil, dorado por el tiempo, y le pareció á Juliano que el dios se inclinaba más, con benévola sonrisa, para recibir la ofrenda de los últimos adoradores: el débil sacrificador, el emperador apóstata y el hijo sordomudo de la sibila.

—He aquí mi recompensa—pensaba Juliano.—¡No quiero otra gloria, Apolo! Te doy gracias por las maldiciones de la muchedumbre y por la merced que me otorgas de vivir y morir solo, como tú. Donde reza el populacho no hay dios. Tú estás aquí, en este santuario profanado. ¡Oh dios escarnecido por los hombres, tú eres más bello que antes cuando te adoraban! En el día marcado para mí por las Parcas, déjame reunirme contigo, ¡oh Radiante! ¡déjame morir en ti, Sol, como sobre tu altar muere en tu irradiación el fuego de la última ofrenda!

Así rogaba el emperador, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, y que, semejantes á lágrimas, caían, una á una, las gotas de sangre de la víctima sobre los carbones medio consumidos.

XII

Una profunda obscuridad envolvía por todas partes el sagrado bosque. Un viento abrasador barría las nubes. Los laureles sacudían sus negras ramas, erguidas hacia el cielo.

Dos hombres se deslizaban entre la sombra, con circunspección, hacia el templo de Apolo. El más bajo, que tenía ojos de gato, veía muy bien por la noche, y elevaba al alto de la mano.

Llegaron á la puerta zaguera del templo.

—Aquí; trabaja con el pico—murmuró el pequeño, buscando con sus manos las juntas de las piedras.—Después cortarás la leña con el hacha.

Los golpes eran cubiertos por el ruido del viento; de repente, re-

sonó un grito semejante al lamento de un niño enfermo. El alto se puso á temblar.

—¿Qué es eso?

—¡El espíritu maligno!—exclamó el bajo, todo asustado.—No me abandones.

—Es un buho... Pero dejemos esto — dijo el alto.—No prenderá.

—¿Por qué no? La madera está completamente seca... Bastará una sola chispa... Ea, trabaja.

Los que así hablaban y se disponían, al parecer, á prender fuego al templo, eran los inseparables amigos Strombix y Aragaris.

—...Ahora—dijo Strombix—llena de paja este agujero... Más, más. Por la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¿Por qué tiemblas como una anguila?—exclamó Aragaris.

—Ya ves, los ángeles se regocijan en el cielo en este momento; pero si nos sorprendiera alguien, si nos atraparan...

—Vaya, concluyamos...

El fuego prendió; brotaron chispas; las lengüetas rojas comenzaron su destructora tarea.

En aquel momento los incendiarios creyeron oír voces que se acercaban. Aragaris se dispuso á echar á correr.

—¡Llévame á cuestras!—gritó Strombix.—Tú tienes las piernas largas.

Y sin esperar á más, el sirio saltó y se agarró á los hombros del sármata; al poco tiempo se encontraron fuera del bosque, en pleno campo.

.....
.....
Mientras tanto, en el palacio de Antioquía, conversaba Juliano acerca de la próxima campaña contra los persas, con el prefecto del Este, Salustio.

Éste, con su prudencia habitual, le hacía ver los inconvenientes de la dicha campaña y la conveniencia de aplazarla, á lo que se oponía tenazmente el emperador.

—¡No!—exclamaba Juliano.—Los dioses, sí; los dioses olímpicos me ampararán, si tal es su voluntad... He comenzado por las Galias, concluiré por la India. Atravesaré el Universo, como el gran Macedonio, como el dios Dionisio. Veremos entonces lo que dicen los galileos; veremos si se burlan de la espada del emperador, como se burlan de sus simples vestiduras de filósofo, cuando vuelva triunfante de Asia.

En aquel momento entraron los amigos filósofos y otros personajes, visiblemente azorados.

—¡Fuego!—exclamaron.

Salustio corrió á la ventana y mostró al emperador un resplandor rojizo que se extendía á lo lejos.

—En efecto, hay fuego—dijo.

—Es en Garandama—dijeron unos.

—No, en Gesireh—replicaron otros.

—Ni en Gesireh ni en Garandama—exclamó alguien.—Es en el bosque sagrado.

—¡El templo de Apolo!—murmuró el emperador, afluyéndole toda la sangre al corazón; y en seguida gritó verdaderamente descompuesto:

—¡Pronto!... ¡Mi caballo y cincuenta legionarios!

En pocos instantes estuvo todo dispuesto, y no pasó mucho tiempo antes de que el emperador y su comitiva llegaran al lugar del siniestro.

Desde luego comprendió Juliano que el templo estaba perdido.

—¡Ah, miserables, miserables galileos!—murmuró.

Á lo lejos se oyeron gritos de la muchedumbre. Juliano se acordó de que detrás del templo se encontraba la entrada del tesoro, y se le ocurrió la idea de que los galileos estarían saqueando las riquezas del dios.

Seguido de los legionarios se precipitó hacia aquel sitio. Fué detenido por un triste cortejo.

Varios guardas romanos, que habían acudido apresuradamente de la aldea de Dafnis, llevaban unas angarillas... En ellas iba depositado el sacrificador Gorguio, muerto á pedradas; y junto á él yacía el cuerpecito de Heferio, cuyo lívido rostro parecía mas bello aún con sus cabellos rubios manchados de sangre.

El emperador romano, profundamente conmovido, se arrodilló con veneración ante los mártires de los dioses olímpicos. En seguida volvió á montar á caballo, y desenvainando la espada gritó á los soldados:

—¡Á ellos!

Quería lanzarse sobre el populacho y sobre los frailes del próximo monasterio.

Pero Salustio le contuvo una vez más, diciendo:

—¡César, vuelve en ti, no ataques á los indefensos!

Juliano se contuvo; pero dirigiéndose á la multitud, exclamó con voz terrible:

—Os digo, habitantes de Antioquía, que los incendiarios del templo serán castigados sin piedad... ¡Ay de vosotros, galileos!... ¡Ay de ti, Nazareno, hijo de un carpintero!

É hizo relampaguear su espada sobre la multitud silenciosa.

De repente, le pareció que una voz extraña le decía:

—El Nazareno, hijo de un carpintero, prepara tu tumba.

Juliano se volvió, estremeciéndose; pero no vió á nadie.

—¡Qué alucinación!—balbuceó.

En aquel instante se derrumbó el techo del templo sobre la estatua de Apolo. El ídolo rodó por el suelo, y la copa de oro que tenía en la mano resonó lastimeramente.

XIII

Juliano pasó el invierno en medio de los preparativos de la campaña contra los persas. A principios de la primavera, el 5 de Marzo, dejó Antioquía con un ejército de 65.000 hombres.

Una flota de 2.200 naves descendió el Eufrates hasta la ciudad de Kaliniké.

Juliano, á marchas forzadas, se dirigió á la frontera persa hacia el Sur. Por el Norte avanzaba otro ejército de 30.000 hombres, á las órdenes de Procopio y Sebastián, comicios.

Reunidos con el rey armenio Arzaus, debían devastar Anadiábene, Hiliocam, y, atravesando la Corduana, juntarse con el ejército principal á orillas del Tigris, en Klesifonte.

Todo había sido previsto por el emperador; lo había combinado todo con exquisito celo. Los que conocían el plan de campaña se asombraban, no sin razón, de su sabiduría, grandeza y sencillez.

A principios de Abril llegaron á Circesio, la última ciudad romana, perfectamente fortificada por Diocleciano, en la conjunción del Abor y del Eufrates. Construyóse un puente de barcas. Juliano había dado órdenes para cruzar la frontera á la mañana siguiente.

Por la noche, ya tarde, cuando todo estuvo dispuesto, el emperador volvió á su tienda, fatigado, pero contento; encendió luz, y quiso dedicarse á su trabajo favorito, en el que invertía una parte de sus noches. Era una obra de alta filosofía: *Contra los cristianos*. Escribía en medio de los rumores de las trompas guerreras, de las canciones de los campos y los cambios de guardia.

Se felicitaba de luchar contra el Galileo por todos los medios: en

el campo de batalla y en el libro, con la espada romana y la cultura helénica. Jamás se separaba de las obras de los santos Padres, de los cánones eclesiásticos y de los símbolos de los concilios. En las márgenes del Nuevo Testamento, que estudiaba con no menor celo que Platón y Homero, había anotado observaciones cáusticas.

Juliano, despojado de su armadura, se sentó ante la mesa y se dispuso á escribir. Pero se vió turbado en su tarea. Dos correos acababan de llegar al campamento: uno de Italia, otro de Jerusalén. Las noticias no tenían nada de satisfactorias. Un terremoto había destruído la ciudad de Nicomedia, en el Asia Menor. Ruidos subterráneos habían aterrorizado á los habitantes de Constantinopla. Las sibilas prohibían franquear la frontera antes de un año.

El correo de Jerusalén trajo una carta del dignatario Alipo, á quien Juliano había confiado la reconstrucción del templo de Salomón. Por una extraña contradicción, el adorador del múltiple Olimpo había decidido reconstruir el templo del Dios único de Israel, destruído por los romanos, para desmentir á la faz del mundo y de los siglos la verdad de la profecía evangélica: "No quedará piedra sobre piedra,,.

Los judíos respondieron con entusiasmo al llamamiento de Juliano, y los dones afluyeron de todas partes. El proyecto de reconstrucción era grandioso. Comenzaron prontamente los trabajos, y Juliano confió la inspección general á su amigo el instruído y noble comicio Alipo, lugarteniente que fué de Bretaña.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Juliano, inquieto, observando, antes de abrir la carta, el sombrío rostro del correo.

—Una gran desgracia, César.

—Habla sin temor.

—Mientras los obreros trabajaron en los escombros y en demoler las antiguas paredes, todo fué bien. Pero en cuanto se procedió á colocar la primera piedra del nuevo edificio, brotaron por todas partes llamas, que derribaron las piedras y abrasaron á los obreros. Al día siguiente recomenzaron los trabajos, y se renovó el milagro. Los cristianos triunfan, y los helenos están aterrados. Ni un solo obrero consiente ya en trabajar.

—¡Cállate!—exclamó el emperador.—Debes de ser galileo. Estás contando patrañas...

Y abrió la carta convulsivamente. El correo decía la verdad. Alipo confirmaba sus palabras. Juliano no daba crédito á sus ojos; releyó atentamente la misiva: su rostro estaba sofocado por la ira y la vergüenza. Mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, entregó

el escrito al doctor Oribazy, que entraba en aquel momento en la tienda.

—¡Lee... tú, que no crees en los milagros!—dijo.

El joven sabio leyó la carta con su tranquilidad habitual, y, devolviéndosela á Juliano, replicó:

—No veo aquí ningún milagro. Los sabios han comprobado y descrito ya estos fenómenos. En los subsuelos de los monumentos antiguos cerrados y privados de aire durante mucho tiempo hay gases inflamables. Basta descender á tales subsuelos con una antorcha encendida para provocar una explosión, y las llamas matan á los imprudentes. Esto parece un milagro para los ignorantes; pero aquí también, como en todas partes, la luz de la ciencia ilumina las tinieblas de la superstición y da libertad al espíritu humano.

—Sí, sí, seguramente—dijo Juliano, no sin una amarga sonrisa. —Todo puede explicarse, todo es natural... pero es bien extraño que se conjure todo esto en contra mía.

Salustio entró en la tienda.

—Sublime Augusto. Los adivinos etruscos, encargados por ti de conocer la voluntad de los dioses, te suplican que esperes, que no pases la frontera mañana. Las gallinas proféticas, á despecho de todos los ruegos, se apartan del alimento, permanecen taciturnas y no picotean los granos de cebada. ¡Mal augurio!

Juliano frunció el entrecejo con cólera; pero en seguida sus ojos se alegraron, y se echó á reír tan impensadamente que todos se volvieron hacia él, sorprendidos.

—¿De veras, Salustio? ¿Conque no picotean? ¿Qué vamos á hacer con esos obstinados animales? ¿No vale más hacerles caso y regresar á Antioquía para servir de escarnio á los galileos? Oye: volve al punto á ver á los adivinos etruscos, y comunícales mi voluntad imperial. Que los sacrificadores arrojen al río á esas estúpidas gallinas. ¿Lo oyes? Si no les place comer, veremos si tienen ganas de beber... Lleva mis órdenes.

—¿Bromeas, César? ¿Quieres, á pesar de todo, franquear mañana la frontera?

—Sí. Y juro por mis próximas victorias, por la grandeza de Roma, que no me asustará ninguna ave profética; ni el agua, ni el fuego, ni el cielo, ni la tierra, ni los mismos dioses! Ya es demasiado tarde. La suerte está echada. ¿Hay algo en la Naturaleza que sea superior á la voluntad humana, amigos míos? ¿Hay algo más poderoso en todos los libros sibilinos que estas palabras: "Así lo quiero,"? Siento más que nunca el misterio de mi vida.

Cuando todos hubieron salido de la tienda, Juliano se acercó á una estatuilla de Mercurio, con intención, según su costumbre, de orar y arrojar algunos granos de incienso en el trípode; pero, de repente, se volvió con una sonrisa, se acostó sobre la piel de león que le servía de lecho, y apagando la lámpara, se durmió con sueño tranquilo y descuidado, como sucede á menudo á las gentes en vísperas de grandes desgracias.

En cuanto amaneció se levantó, más alegre que de ordinario. Sonaron las trompas. Juliano montó á caballo y corrió á las orillas del Abor. La mañana de Abril era fresca. Á todo lo largo del Eufrates, desde Circensio hasta el campo romano, se extendía la flota, en un espacio de diez estadios. Desde el reinado de Jerjes no se había visto semejante alarde de fuerzas.

El emperador hizo una señal, y la masa de sesenta y cinco mil hombres, con paso igual, que hizo retemblar el suelo, se puso en movimiento.

El ejército romano comenzó á atravesar el puente que le separaba de la frontera persa.

El caballo de Juliano le transportó á la orilla opuesta, sobre una elevada colina arenosa de la tierra enemiga.

Al frente de la cohorte palatina marchaba el centurión de los guardias imperiales, Anatolio, el admirador de Arsinoe.

Anatolio miró al emperador. Habíase efectuado un gran cambio en Juliano durante aquel mes, pasado en pleno aire, en medio de los trabajos de campo, que le eran saludables. Era difícil reconocer en el viril guerrero, de tez atezada, de mirada juvenil y radiante de alegría, al filósofo de rostro taciturno y desmejorado, de ojos tristes, cabellos y barba en desorden y dedos llenos de tinta; al retórico que servía de risa á los chicuelos de Antioquía.

—¡Escuchad, escuchad! ¡César va á hablar!

Todos se callaron. No se oyó más que el tintineo de las armas, el rumor de las aguas que azotaban los flancos de las naves, y el crujir al viento de las astas de las banderas.

—¡Valientes guerreros!—dijo Juliano con voz fuerte.—Leo en vuestros rostros una tal alegría, tal audacia, que no puedo por menos de dirigiros algunas palabras de felicitación. Acordaos, compañeros, de que el destino del mundo está en nuestras manos. Vamos á restablecer la antigua grandeza del Imperio romano. ¡Estad dispuestos á todo; elevad vuestros corazones! El regreso es imposible. Yo estaré á vuestro frente, en primera fila, á caballo ó á pie, en todos los peligros y en todos los trabajos. Si la fatalidad me hace

caer en medio del combate, moriré gozoso por Roma, como los antiguos bravos. ¡Ánimo, compañeros, y acordaos de que los fuertes son siempre los vencedores!

Extendió su espada, mostrando con una sonrisa al ejército el lejano horizonte. Los soldados alzaron sus escudos, gritando con entusiasmo:

—¡Gloria, gloria á César vencedor!

Las galeras hendieron las aguas del Eufrates, las águilas romanas brillaron al sol, y el ejército reanudó animosamente la marcha.

DMITRY DE MEREJKOWSKY

(Continuará.)

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—*Olmedo, homme d'Etat et poète américain, chantre de Bolívar*, por Víctor M. Rendón.—*Contes américains y Pequeña ópera lírica*, por R. Blanco Fombona.—*Congreso general de Enseñanza pública de 1902*, tomo I.—*Proyecto de una Ley Nacional del Trabajo*.—REVISTAS.—*El Boletín de Agricultura* (San Salvador).—Museo Tecnológico Industrial de Méjico.—*Revista del Foro* (Habana).—Don Ramón Francisco Valdés.—*Revista Nacional* (Buenos Aires).—Aplicaciones sociológicas de la lucha por la vida.—*La Instrucción Primaria* (Habana).—La instrucción pública y privada en Cuba.—La educación del porvenir en Inglaterra.

Pese á todas las *decadencias*, el idioma francés constituye todavía uno de los más poderosos vehículos de difusión de la literatura mundial. Francia traduce mucho—aunque en ciertas materias, menos que Italia, y en no pocas bastante menos de lo que el vulgo cree,—y á esas traducciones acude la inmensa mayoría de los hombres cultos para quien el conocimiento del ruso, del sueco, del alemán, del inglés y demás idiomas de tronco no latino (hasta cierto punto), ofrece dificultades. Verdad es que los franceses cultivan bien ese medio de influencia sobre las otras naciones, ya rebuscando de continuo novedades literarias que exciten la curiosidad del público, ya cuidando con gran esmero de que su lengua continúe figurando como obligatoria en la enseñanza de los demás países, y de multiplicar en todos ellos—aun los más remotos—las escuelas francesas. Se comprende, pues, el afán que la mayoría de los autores tienen por que sus libros se traduzcan al idioma de

Corneille. Este afán es legítimo y, respecto de ciertas literaturas olvidadas ó ignoradas por el mundo culto, necesario de toda necesidad.

Por lo que se refiere á los libros escritos en castellano, debe tenerse presente que la inmensa mayoría de los lectores del mundo civilizado no pueden entenderlos. Aunque el número de gentes que hablan nuestro idioma es grande, todavía es mayor el de las que lo desconocen. En Francia, á pesar de las cátedras ex profeso que existen en las Universidades del Mediodía, el castellano sólo es conocido—no hace mucho me afirmaba en esta creencia, que yo tenía ya de antes, un profesor parisién—por una minoría exigua de eruditos. Más difundido está en Alemania y aun en Rusia; pero, así y todo, no logra formar un público bastante para que nuestros libros circulen en aquellos países como los libros franceses. Debe reputarse, pues, como un acto de trascendencia literaria, la traducción de las obras castellanas al idioma de nuestros vecinos transpirenaicos; y si la traducción la hace un compatriota del autor, el acto es, además, altamente patriótico. Así debe calificarse el realizado por D. Víctor M. Rendón, ministro de la República del Ecuador en Francia y en España, al escribir en francés un libro dedicado al gran poeta Olmedo, muchas de cuyas poesías ha traducido. El Sr. Rendón es un literato bilingüe, que maneja el francés como su propio idioma. Lleva ya publicados en París dos libros: uno de poesías (*Héros des Andes*) y otro (agotado) de crónicas (*Notes de mes carnets*), y tiene en preparación otros dos: *Flammes et cendres* (poesías) y *Au sol natal* (novela).

El que ahora nos ocupa es una extensa biografía de Olmedo, aprovechada por el autor para vulgarizar abundantes noticias de historia y geografía ecuatorianas, de que hay que suponer muy necesitado al público francés (y no menos al español). Bastaría con esto para ser el libro del Sr. Rendón una obra interesante; pero hay en él algo más que lo avalora muchísimo desde el punto de vista que antes hemos fijado, y es

la ya citada traducción de gran parte de las composiciones de Olmedo.

Traducir á un poeta es ya labor ardua para quien no sea un literato; pero traducirlo en verso, supone condiciones especiales que no todos poseen. El Sr. Rendón ha vencido todas las dificultades; y hasta donde un lector que no es francés puede juzgar de la poesía escrita en ese idioma, yo creo que sus traducciones reúnen todas las cualidades necesarias para que puedan gustarse las principales excelencias y hermosuras del gran cantor de la independencia americana. El Sr. Rendón puede estar seguro de que la lectura de su libro contribuirá en gran medida á difundir la gloria de Olmedo, y animará á no pocos para buscar en el original el conocimiento directo de aquella gran figura del parnaso ecuatoriano. Si el ejemplo del Sr. Rendón se imitase, pronto dejarían de ser desconocidos para el público francés los más notables escritores de América.

El libro va acompañado de fotograbados hermosísimos que reproducen, además del retrato de Olmedo, la estatua que de él hizo Falguiere, y varias vistas de la ciudad de Guayaquil.

*
* *

El Sr. Blanco Fombona es un escritor cuya firma se ha hecho familiar para los españoles. Huelga, pues, presentarlo. En Francia acaba de serlo por Marius André y Carlos Simond con la traducción de sus *Cuentos americanos*, acogidos con aplauso por Ernest Charles y otros críticos franceses. Debo declarar que, para mí, esos *cuentos* han sido una sorpresa. No los conocía en castellano; y si en francés me gustan, no hay para qué decir lo bien que me parecerían en el original.

El título del libro engaña un poco. No todos los cuentos que allí hay son *americanos*. Algunos pueden calificarse de franceses y muy franceses. *Cuento filial* podría incorporarse á la serie de *Monstruos parisienses*, de Richepin. Otros son de

un lirismo... internacional: flores nacidas en lo más hondo del alma del poeta, en el rinconcito de los sentimientos que no tienen patria ni «sabor local», porque son fundamentalmente humanos. Los cuentos que pueden llamarse propiamente de costumbres americanas, son de un realismo sencillo y enérgico que recuerda el de Oller. El lector español comprenderá todo lo característico de esas narraciones por la similitud que el espíritu hispano-americano tiene con el nuestro. Muchos españoles hay que entienden la lucha política como el aldeano de Orituco, y muchos devotos y devotas que tratan á los santos de su devoción como Casimiro Requena á su San Antonio.

Cierro el libro con una esperanza, y es que Blanco Fombona siga dándonos el «sabor de su tierra» en nuevos cuentos.

El «sabor» de su alma de poeta ya nos lo ha dado en muchos versos, de los cuales son los últimos éstos, cuya colección titula, demasiado *bizarramente*, *Pequeña ópera lírica*.

No sería sincero si dijese que me gustan todas las combinaciones métricas, todas las novedades de lenguaje que Blanco Fombona, como otros muchos poetas modernos, usa. Pero soy también sincero al decir que hay en los versos del escritor venezolano una cosa que los purga de todos sus defectos, y que hace interesante su lectura; y es la poesía que en ellos palpita, y que á veces llega á producir los más elevados goces de la emoción estética. Después de todo, ¿qué otra cosa podemos pedir á un escritor? ¿Qué otra cosa nos dan muchos *antiguos*, cuya forma de decir, cuyos atrevimientos y licencias retóricas nos parecen hoy falsos é insoportables? Acordaos de muchos de nuestros poetas y prosistas del xvii.

*
* *

Pronto hará dos años que se celebró en Santiago de Chile un Congreso general de Enseñanza pública, debido en gran parte á la iniciativa del rector de la Universidad chilena, señor Barros Borgoño. El fin que se perseguía con aquella asam-

blea era estudiar «las nuevas necesidades que el progreso social ha hecho surgir en nuestro país» y dar forma y solución «á los diferentes problemas pedagógicos que se presentaban, así como á las reformas que esta importante rama de los servicios administrativos exigía». Las adhesiones fueron numerosas. En la Junta organizadora y en las diferentes Comisiones que hubieron de formarse, figuraban los hombres más prestigiosos del profesorado chileno, que, como ya se sabe, es uno de los que más se afanan por cumplir la misión educativa que el país les ha confiado. El plan de las discusiones y Memorias abrazó todos los ramos de la enseñanza y todas las cuestiones fundamentales de ella.

En las sesiones generales se trató de los temas siguientes: Reorganización de la Universidad; Bases generales de reorganización de la enseñanza nacional; Equivalencia de los grados universitarios; Creación de un curso superior de humanidades; Organización de la enseñanza técnica especial; La educación intelectual y la imitación inglesa; Horas de trabajo y recargo escolar; Enseñanza indígena; Exámenes anuales; Los ejercicios físicos; Títulos de competencia para los cargos administrativos; Higiene en las escuelas; Los establecimientos de educación general, como cooperadores de la acción pública y privada de la medicina; Conveniencia de dar á la mujer educación intelectual y á la vez práctica; Necesidad de fundar una escuela politécnica; y, como anejos: Fines de la enseñanza secundaria; El castellano; Filosofía de la educación, y El idealismo en la enseñanza. Cada una de las secciones especiales estudió además los problemas propios del grado de enseñanza á que se referían. La de «Instrucción primaria» celebró doce sesiones, en que se trataron veinte asuntos, más cuatro anejos.

Los documentos referentes á todos estos trabajos acaban de imprimirse en un voluminoso tomo, de 700 páginas en 4.º, ilustrado con numerosas láminas, en que, además del retrato del rector, se dan á conocer los principales edificios escolares de Chile y sus dependencias, y algunas instalaciones de la Ex-

posición internacional de Material de enseñanza, que estuvo abierta en los mismos días que el Congreso. De este modo, al propio tiempo que el lector se entera de la orientación que en Chile tienen las doctrinas pedagógicas, ve cómo realizan el ideal los chilenos en los edificios dedicados á la enseñanza, en el material de ésta y en los trabajos de los alumnos.

*
* *

El ministro del Interior de la República Argentina ha presentado á la Cámara de su país un proyecto de Ley Nacional del Trabajo, que ocupa impreso un volumen en 4.º de LXX-268 páginas.

Son caracteres generales de este proyecto: su carácter de código sistemático, la vasta comprensión de la materia y la erudita preparación de su doctrina.

Podrá discutirse—y seguramente se discutirá—el sentido de muchas de sus disposiciones, que no siempre habrán de satisfacer á los obreros, y con frecuencia asustarán á los burgueses; mas no podrá tacharse al ministro de haber redactado una ley caprichosa, sin enterarse de los antecedentes de igual género que existen hoy en Europa, en América y en Oceanía (las famosas legislaciones de Nueva Zelanda y Australia), y de la literatura doctrinal referente á estos problemas. El preámbulo de la ley está lleno de citas que revelan una vasta lectura y un buen deseo de orientarse en el sentido de las reformas más prestigiosas realizadas en otros países; y por lo que toca á ciertas cuestiones de índole exclusivamente americana, es digno de notar que el legislador ha acudido á los precedentes de nuestras leyes de Indias, que elogia más de una vez, y á nuestros historiadores de la época colonial. Constituye así el preámbulo una especie de tratado doctrinal que en poco espacio entera al lector de la posición presente de muchas de las cuestiones sociales.

Los asuntos de que trata el proyecto son los siguientes:

Disposiciones preliminares y generales; De los extranjeros; Del contrato de trabajo; De los intermediarios en el contrato de trabajo; Accidentes del trabajo; Duración y suspensión del trabajo; Trabajo á domicilio é industrias domésticas; Trabajo de los menores y de las mujeres; Contrato de aprendizaje; Del trabajo de los indios; Condiciones de higiene y seguridad en la ejecución del trabajo; Asociaciones industriales y obreras; Autoridades administrativas, y De los tribunales de conciliación y de arbitraje.

Veremos qué opina la mayoría de la Cámara de este proyecto y con qué modificaciones llega á ser ley. Cualquiera que sea su porvenir, siempre constituirá un alto mérito del ministro que lo ha presentado tras una sólida preparación que no suelen emplear siempre los políticos en sus iniciativas de gobierno.

*
* *
*

El *Boletín de Agricultura* de San Salvador publica en su número de 1.º de Abril una interesante nota acerca del nuevo Museo Tecnológico Industrial de Méjico.

Los fines de este Museo son:

1.º Reunir muestras de las materias primas minerales, vegetales y animales que se produzcan en el país, facilitadas por los mismos productores ó explotadores, y ya sea que se puedan aprovechar en la industria nacional ó en la extranjera.

2.º Colocar al lado de cada serie especial de materias primas, cuadros que indiquen las manufacturas que con ellas se pueden fabricar, tanto en los mercados nacionales como en los extranjeros donde se consuman, y listas de los comisionistas y casas de comercio que trafiquen con esos productos manufacturados.

3.º Formar cartas geográficas de la República, con indicación, por medio de colores convencionales, de los lugares del

país en donde se cultiven ó produzcan las materias primas agrupadas.

4.º Exhibir una carta de la República, que se tendrá siempre al corriente, y en la que se indique con exactitud las diversas vías de transporte, ya sean marítimas, fluviales, etc.

5.º Reunir datos para informar al público acerca del precio de los fletes del lugar de producción á cualquier punto del país ó del extranjero, así como de los derechos aduaneros que las materias primas paguen al introducirse á cualquier país consumidor de ellas.

6.º Establecer en el mismo local una biblioteca tecnológica, formada por los más minuciosos catálogos, con precios de los principales fabricantes de todas las naciones, y especialmente de los manufactureros de las maquinarias destinadas á convertir la materia prima que produce el país en los mejores productos elaborados. Esta biblioteca se tendrá al día, es decir, que se procurará recibir continuamente las últimas ediciones de cada catálogo. La clasificación que se adopte para esta biblioteca será práctica, para que fácilmente se consulte.

«A las personas que lo soliciten en la forma debida les proporcionará el Museo los datos que deseen acerca de precios, lugares de producción, explotadores, fletes, etc., de determinada materia prima, ó bien las direcciones de los fabricantes extranjeros de maquinarias ó productos industriales; pero no cederá al público muestras de las materias primas que tenga en exhibición, ni los catálogos de su biblioteca. Podrá, sin embargo, hacer esta cesión en el caso especial á que se refiere el art. 5.º

»El Museo publicará y distribuirá gratuitamente un catálogo de los productos que tenga en exhibición, debiendo contener principalmente los datos siguientes:

- »1.º Nombre de la materia prima.
- »2.º Nombre del productor.
- »3.º Dirección del mismo.
- »4.º Lugar de producción.

- »5.º Cantidad que pueda producir.
- »6.º Precio en el lugar de producción.
- »7.º Precio de transporte á la estación más próxima del ferrocarril, con indicación de éste.
- »8.º Principales aplicaciones de la materia prima».

La *Revista del Foro* (Habana) dedica las primeras páginas de sus números 1 y 2 del presente año á la biografía del jurisconsulto cubano D. Ramón Francisco Valdés, que pasó gran parte de su vida en España.

Nació Valdés en Habana en 1810, y en 1824 era ya doctor en Derecho civil, y en 1825 ganó por oposición la cátedra de Derecho real de España en la Universidad de Cuba. En la Sociedad Económica, de que fué miembro desde 1835, trabajó asiduamente, y á su pluma y esfuerzo se debieron, entre otras cosas, el catastro de la Sección de educación y el proyecto de Banco de Socorro de Hacendados, y varios informes sobre la abolición de la esclavitud. Fué periodista liberal, y desempeñó varios cargos administrativos y judiciales.

De 1845 á 1864 vivió en Méjico, donde fué muy querido y honrado con múltiples distinciones. También vivió en Madrid, donde se casó; y, propuesto en 1839 para diputado á Cortes, sólo por nueve votos hubo de vencerle D. Agustín Argüelles.

«El Dr. Valdés, como juez y magistrado, acreditó rectitud y probidad, que le granjearon el respeto general. Como abogado, fué extremadamente honrado, y, á pesar de su gran popularidad, vivió en la pobreza. Como orador era elocuente, dando señales de ello, además de lo ya dicho, en el Liceo de Guanabacoa. En él pronunció el elogio fúnebre de su maestro el distinguido abogado José Agustín Govantes, cuyo *elogio* se cita como modelo de oratoria.

»Poseía una modestia rara. Nunca quiso retratarse, y fué objeto de grandes trabajos conseguir que lo hiciera una sola vez para el libro *Cuba Literaria*. Pero, á pesar de esto, le gustaba y envanecía el aplauso de los demás. Contaba siempre

con orgullo que D. Pepe de la Luz y D. Tomás Romay le consultaban, habiéndole encargado D. Pepe la recolección de las obras del segundo, á las cuales les puso prólogo. Se envanecía de que los tribunales franceses hubieran seguido su opinión por consulta de veinte abogados de nombradía en un negocio en que se le pidió.

»En el campo de la literatura recorrió todos los estilos y ensayó todos los géneros. Escribió doce dramas y tres comedias; entre los primeros, *Cora* y *Ginebra*.

»Como escritor forense, en 1843 dió á luz sus *Aforismos de Jurisprudencia criminal española*. En 1851 publicó en España un *Tratado sobre derechos de los hijos naturales*. En 1859 publicó su *Diccionario de Legislación y Jurisprudencia criminal*. En 1861 escribió un *Manual del Procurador*. Murió en 15 de Enero de 1866».

*
* *

El Sr. Ingegnieros—á quien mis lectores conocen ya por otros trabajos—estudia en *Revista Nacional* (cuaderno de Abril-Mayo) *Las aplicaciones sociológicas del principio de la lucha por la vida*.

El Sr. Ingegnieros es contrario á la teoría orgánica de la sociedad en el sentido de Spencer y otros autores, que tienden á confundir lo biológico y lo sociológico.

«Sin duda, la teoría orgánica es cómoda y seductora; pero la observación objetiva del conjunto de los fenómenos sociológicos la revela insuficiente; en este fenómeno se constatan caracteres propios que lo diferencian con claridad del biológico. Es innegable que el factor biológico entra en vasta proporción en todo fenómeno social; pero también es innegable que éste posee caracteres específicos, jamás encontrados en el mundo biológico. En el fenomenismo social existe un nuevo elemento propio y exclusivo de la especie humana, derivado de un hecho fundamental que diferencia al hombre de las demás

especies animales: mientras éstas, en general, viven subordinadas á los medios de existencia que les ofrece espontáneamente la Naturaleza, el hombre puede producir artificialmente sus medios de vida; la evolución y prosperidad de los grupos subordinase al grado de desenvolvimiento de su capacidad productiva.

»Este es, según se ha demostrado, el fenómeno verdaderamente humano, verdaderamente superorgánico; ese factor, mediante su integración progresiva, determina la divergencia entre los fenómenos biológicos y los sociales».

Las instituciones económicas forman, pues, la superestructura del cuerpo social y la causa primera (no siempre directa ni exclusiva) de todas las transformaciones que en aquél se cumplen. El autor es, como se ve, un marxista en punto á este problema.

Otra diferencia entre lo biológico y lo sociológico consiste en que, así como en los seres no humanos la ley de vida es la lucha, ésta resulta modificada en las sociedades humanas por el incremento de un factor propio: la capacidad de producir artificialmente medios de subsistencia, determinando la formación de un ambiente artificial (económico) dentro del ambiente natural (cósmico). De aquí que aparezca en la evolución de los grupos sociales, y frente al principio de la lucha, otro principio, el de solidaridad social, fundado en la utilidad de la asociación para la misma lucha por la vida.

«Esta doctrina no es nueva. El mismo Russell Wallace—el más darwinista entre los darwinistas—al estudiar la selección natural, reconocía que «al pasar el dintel de la humanidad, la ley de lucha por la existencia debe ceder el cetro á alguna otra ley superior»; esta opinión, recordada á menudo por los adversarios del darwinismo social, constituye autoridad en la discusión. Pero si, como hemos visto, la solidaridad en la asociación para la lucha es el primer requisito de la prosperidad de una especie, es natural encontrarla sumamente desarrollada en la especie más próspera, más evolucionada de toda la escala

zoológica, el hombre. En efecto, cuanto se sabe de prehistoria y etnografía autoriza á pensar que el hombre jamás vivió aislado de sus semejantes ó luchando permanentemente contra ellos. Robinson Crusoe sólo puede aceptarse como símbolo novelesco del individualismo *à outrance*, pero no representa una forma posible de existencia humana: es el ultravioleta en el espectro de *La ayuda propia*, de Smiles. La autonomía absoluta, solamente posible en las condiciones de vida del personaje creado por Daniel de Foë, sobre ser un absurdo, sería la más insufrible de las desdichas para el hombre sano. En la soledad de su prisión Silvio Pellico pudo, en verdad, establecer buena amistad con las arañas; mas le alentaba la esperanza de volver algún día á la sociedad de sus semejantes.»

Determinando ya las condiciones en que el factor propiamente humano se produce, añade el Sr. Ingegnieros:

«No puede creerse en la eternidad de las condiciones actuales de la lucha por la vida entre los hombres. Todo induce á creer que la asociación de los individuos en la lucha contra la Naturaleza, haciéndola cada vez más productiva, es esencial para la existencia de los agregados humanos, siendo su aumento el factor determinante de la mayor solidaridad entre los individuos del mismo grupo social, primero; y entre los diversos grupos sociales, después.

»Este principio, planteado junto al darwinista, nace de la conveniencia de asociar las fuerzas individuales para intensificar la productividad social: es la tendencia á obtener un máximo de bienestar con el menor esfuerzo posible, siendo éste, en nuestro entender, el objetivo supremo de todas las voliciones humanas, individuales ó colectivas.

»Esta manera de pensar surge, simplemente, aplicando á la sociología el principio de la evolución según la menor resistencia; principio que es universal. Preferimos este criterio al que subordina la atenuación de la lucha por la vida á causas morales metafísicas, como ser el crecimiento progresivo del altruísmo, mal entendido como vaga antítesis del indi-

vidualismo, no obstante ser, en nuestra opinión, su forma más elevada y perfecta.

»Podemos, en definitiva, afirmar: en las sociedades humanas se atenúa progresivamente la lucha por la vida, al mismo tiempo que se intensifican los resultados de la asociación para la lucha contra la Naturaleza».

A la vez que se atenúa, cambia el carácter de la lucha: primitivamente fué de violencia; hoy es de engaño ó fraude.

«Una prueba del fraude creciente á expensas de la violencia la encontramos en la evolución del delito. Este ejemplo es de valor fundamentalísimo; en último análisis, el delincuente es un sujeto que, en la lucha por la vida, ha excedido los límites fijados por el medio social donde actúa. Sin entrar en consideraciones superfluas para nuestro objeto, damos por demostrada esa evolución de la delincuencia, enviando al lector á los estudios especiales de Ferri, Sighele, Tarde, Ferrero, Nicéforo y otros. El fenómeno objetivo es ese; poco importa se considere absoluto ese aumento, se le juzgue relativo comparado con la delincuencia violenta, ó se le interprete como resultado de una transformación del delito violento en fraudulento. El hecho fundamental existe, es indiscutible.

»Podemos ya formular una primera constatación sociológica. *En relación á la lucha por la vida*, los medios violentos tienden á disminuir, y los medios fraudulentos tienden á aumentar. Hay sustitución de la violencia por el fraude, ó bien transformación de aquélla en éste.

»Pero, según hemos visto, la intensidad de la lucha por la vida no es constante; atenúase progresivamente. Podemos, pues, formular esta otra constatación sociológica, más compleja é igualmente exacta.

»*Relativamente á la evolución social*, los medios violentos de lucha por la vida tienden á atenuarse; los fraudulentos (aumentando siempre con relación á la lucha por la vida) tienden al aumento absoluto mientras predomina la lucha por

la vida; pero encamínanse á disminuir cuando comienza á predominar la asociación para la lucha.»

Repetidamente hemos llamado la atención de nuestros lectores acerca de lo numerosas que son en América las revistas de carácter pedagógico, y de lo frecuente que es ver tratadas las cuestiones de educación en las demás publicaciones periódicas. De aquí procede la frecuencia con que en estas *Lecturas* aparecen temas referentes á aquellas materias.

En *La Instrucción Primaria*, de Habana (número de 10 de Abril), hallamos uno que encierra grandísimo interés: la transcripción de los párrafos dedicados á Instrucción pública en el último Mensaje enviado á la Cámara cubana por el presidente de la República. Los datos que allí se expresan son elocuentes en punto al esfuerzo enorme hecho por los cubanos en materia de enseñanza oficial. Reproduciremos los principales:

«Funcionan sin interrupción los establecimientos públicos en que se dispensa la enseñanza á nuestra población escolar, desde los Kindergarten para niños más pequeños, hasta la Universidad para la juventud destinada á las profesiones liberales. De un presupuesto total de 15.396.991,25 pesos, se destinan 3.751.087,08 pesos á Instrucción pública, distribuidos de la manera siguiente:

»3.025.463,84 pesos, á la Instrucción primaria; 235.479,24 pesos, á la enseñanza secundaria; 301.320 pesos, para la Universidad; 12.080 pesos, para la Escuela de Pintura y Escultura; 29.960 pesos, para la Escuela de Artes y Oficios; y 19.660 pesos, para bibliotecas públicas. El resto, ó sea 127.124 pesos, se invierte en personal de Secretaría, Inspección y Superintendencia de Escuelas y gastos accesorios de material de oficinas, de viajes de inspectores y para la *Revista de Instrucción Primaria*.

»Hay actualmente en toda la República 3.434 aulas de Instrucción primaria elemental y, además, 72 especiales de Kindergarten, Sloyd, lengua inglesa y Calistenia. De esas aulas son urbanas 1.694 y rurales 1.740, considerando urbanas las

situadas en pueblos que pasan de mil habitantes. En Diciembre último, al terminar el primer período escolar, del cual están ya completas las estadísticas, funcionaban 3.425 aulas, instaladas en 1.918 casas. Durante ese período estuvieron empleados 1.457 maestros y 2.042 maestras.

»La inscripción en las escuelas públicas, en los meses del primer período, fué de 132.466 alumnos en Septiembre; 142.781, en Octubre; 124.000, en Noviembre; y 139.436, en Diciembre. La asistencia diaria arroja un promedio de 80 por 100 de la población inscrita. Los locales ocupados por escuelas privadas son 379, con 358 maestros y 532 maestras, y 17.328 niños. (Diciembre 1903.)

»En los seis Institutos provinciales, la matrícula oficial del curso de 1903 á 1904 arroja 387 alumnos de enseñanza preparatoria, 805 de segunda enseñanza y 138 de Agrimensura. Corresponde la enseñanza preparatoria al grado superior de la Instrucción primaria, que no existe en nuestras escuelas públicas. Muy útil sería que se fundase en las poblaciones más importantes de la República ese grado de enseñanza intermedio entre la de primera clase y la secundaria. Quizás sea posible organizar su fundación para el año de 1905.

»En el año académico venidero funcionarán ya las escuelas de Agrimensura creadas por el Congreso en el distrito de Santa Clara, y las de Náutica y Telegrafía autorizadas en el Instituto de la Habana».

.....

«La matrícula de la Universidad contiene, en el año académico corriente, 524 alumnos, de ellos 156 inscritos en las escuelas de Letras y Filosofía, Pedagogía, Ciencias, Ingenieros electricistas y Arquitectos, y Agronomía; 203 en las escuelas de Derecho civil y de Derecho público, y el resto en la de Medicina. Durante el pasado año académico se han expedido por el rectorado 173 títulos, incluyendo 26 de enfermeras.

»Se ha consignado en el presupuesto un crédito de 25.000 pesos para continuar en el año fiscal las obras de adaptación

de la antigua Pirotecnia á las exigencias de la Universidad, y se ha confiado á la Secretaría de Obras públicas la preparación de un plan general para la inversión de aquel crédito, y de los que sea posible consignar en presupuestos sucesivos.

»Los alumnos matriculados en la Escuela de Pintura y Escultura, en el curso actual, ascienden á 467, contra 548 en el curso de 1902 á 1903; y los de la Escuela de Artes y Oficios suman 436, contra 451 del año anterior. Actualmente se ocupan el director y profesores de esta última en formular el proyecto de inversión del crédito de 9.900 pesos, votado por las Cámaras para las necesidades de la expresada Escuela. El proyecto será luego sometido á la aprobación de la Secretaría de Instrucción pública.

En la misma revista (número de 25 de Abril) se traducen las opiniones de la revista norteamericana *The Cosmopolitan*, acerca de la reforma de la Instrucción pública inglesa. Supone el autor que el rey Eduardo VIII consulta á un pedagogo notable, y en vista de que éste juzga fracasado el sistema inglés de educación, le pregunta: «¿Y qué sugiere usted?»

He aquí la contestación del pedagogo:

«En primer lugar, y esto es lo más importante, un análisis serio y concienzudo de lo que debería constituir la educación del hombre, de manera que no se vean obligados los jóvenes en lo futuro, como hasta ahora, á ir á tientas en su camino, sino que desde el principio de su carrera tengan una idea general de la vida, y puedan encaminarse, desde sus primeros pasos, á la meta deseada.

»Segundo: la educación de todo el pueblo, por medio de escuelas sostenidas en todas partes del territorio por el Estado. Esta educación deberá ser gratuita y obligatoria.

»Y en tercer lugar, la organización de un gran número de Escuelas de Artes y Oficios costeadas por el Estado.

»Y cuarto: establecer en toda ciudad importante del reino escuelas politécnicas, donde los jóvenes más adelantados puedan obtener instrucción en todos los ramos de las ciencias,

con los aparatos y materiales más recientes y perfeccionados.

»Aquí tengo, V. M., un documento en que trato estos puntos, y con vuestro permiso le daré lectura.

»Se titula *Requisitos indispensables para que todo hombre ó mujer pueda alcanzar una educación liberal*, y dice así:

»Todos los hombres y mujeres, aristócratas ó plebeyos, ricos ó pobres, de habilidad mediocre ó de gran talento, deberán ser conducidos, desde el comienzo de su educación, por ciertas sendas que todos reconocen como verdades generales. Todo hombre debe saber:

»1.º Dónde vive.

»2.º Qué es su cuerpo.

»3.º Qué cosa es su mente.

»4.º Cuáles deben ser sus relaciones con los otros hombres.

»5.º Debe poseer el conocimiento necesario para llevar á cabo el trabajo á él confiado, como parte que le corresponde en la labor general del mundo».

Reducidos estos principios á fórmulas de programa, darían el siguiente cuadro:

I. Conocimiento del Universo en el cual nuestro mundo se mueve. Una astronomía sencilla para niños.

II. Lo que nos rodea. Conocimiento de la tierra: Geografía, Geografía física, Geología.

III. Fenómenos que nos rodean. La vida de las plantas: Botánica. Composición y relación de las substancias: Química.

IV. Las leyes que rigen el Universo: Física.

V. Importantes conocimientos referentes á la conservación del cuerpo humano: Fisiología, Ejercicios, Higiene.

VI. Conocimiento de su propia inteligencia: Psicología.

VII. Conocimiento de las relaciones de uno mismo para con los demás: Psicología, relaciones de economía y gobierno, Ética.

VIII. Trabajo manual.

- IX. Lenguaje que se usa en la vida diaria.
- X. Matemáticas: Aritmética, Algebra, Geometría, Cálculo diferencial é integral y Matemáticas altas.
- XI. Ciencia física.
- XII. Filosofía.
- XIII. Historia.
- XIV. Idiomas: muertos y extranjeros.

Trátase, como se ve, de un programa integral orientado en un sentido que tiene sus precedentes en los planes de Spencer y de otros positivistas modernos.

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

El pueblo gris, por Santiago Rusiñol.—Biblioteca Nacional y Extranjera.—Leonardo Williams, editor.—Madrid, 1904.—272 páginas en 8.º

En la nueva biblioteca literaria que edita el inteligente hispanófilo D. Leonardo Williams, y en la cual se publicó el *Epistolario* de Angel Ganivet, del que ya tienen noticia los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, ha aparecido *El pueblo gris*, de Santiago Rusiñol.

Aun para aquellos que por insuficiente conocimiento de la lengua catalana, ó por cualquier otra causa, no hayan seguido con atención el desarrollo de la moderna literatura de Cataluña, el nombre de Rusiñol es conocido y aun famoso. Lo es entre los mismos que no lo han leído, especie de celebridad difusa que es como el aura ó el eco de la fama verdadera. Los que se figuran descubrir en la literatura catalana moderna algún género de superioridad respecto de la castellana en profundidad, delicadeza ó variedad de matices, ó en cualquier otra cualidad que la haga más moderna y más europea, seguramente invocarán en primer término, en apoyo de su tesis, el nombre de Rusiñol como el de uno de los más caracterizados representantes de esa literatura innovadora.

La publicación de *El pueblo gris* ofrece ocasión de juzgar á Rusiñol, al público que no lee catalán y sí castellano, que es la inmensa mayoría del público de los países de raza española de Europa y América. Hablemos, pues, de *El pueblo gris*. ¿Qué pueblo es éste? No es un pueblo determinado: es éste, es aquél, es el de más allá. Es un tipo frecuente de pueblo grande ó de

pequeña capital de provincia, aunque no sea el pueblo en general. A Tarascón no le convendría ese retrato, y sin salir de España hay muchos pueblos andaluces, levantinos, gallegos, que tampoco son el pueblo satirizado por Rusiñol. Quizás en Castilla y en una parte de Aragón es donde más frecuentemente se hallará el pueblo gris. Pero no se crea que es exclusivo de Castilla, ni siquiera de España. En Francia, en Italia, en Alemania, en todas partes, hay pueblos más ó menos grises de la misma clase.

He incurrido tal vez en cierta precipitación al indicar qué pueblo es el que sirve de asunto al libro del Sr. Rusiñol, sin decir antes que esta obra es una pintura ó descripción satírica del pueblo en cuestión, una sátira social entreverada con algunas descripciones de paisajes y algunos toques poéticos felices.

El pueblo es gris porque es vulgar y aburrido. La vulgaridad y el aburrimiento son la materia satirizable y satirizada de que está tejido este libro. Lo que el Sr. Rusiñol echa en cara al pueblo de su cuento es que no es malo ni bueno, ni alegre ni triste, que no tiene una nota característica definida, que está aletargado, que vegeta y se contenta con vivir. Así *El pueblo gris* es el libro amargo de un superhomo que odia la vulgaridad. Odio algo sospechoso que huele á engreimiento, que habla de torres de marfil y de religiones de la belleza, y acusa cierto snobismo ó alguna sequedad de alma. La verdadera superioridad tiene que ser algo más inconsciente y olvidadiza de sí misma, y algo más consciente y comprendedora de lo ajeno á ella.

Esto es lo que se echa, ó lo que yo echo, de menos en el libro del Sr. Rusiñol. No parece haberse tomado gran trabajo para tratar de comprender la vida de aquella pobre gente vulgar que se contenta con vivir, que no canta, que no danza, que no estetiza. Los ha juzgado y medido por su alma de artista. Tal vez *El pueblo gris* es menos aburrido para sus habituales moradores de lo que el Sr. Rusiñol se figura; tal vez él,

que llegó allí como ave de paso y con su superhombria á cuestas, proyecta sobre el pueblo caprichosamente su propio aburrimiento subjetivo, nacido allí porque aquel medio no le convenía ó no le era grato.

La vulgaridad no es un pecado, ni la vulgaridad es ridícula para quien no tenga pervertido el sentido de la risa. La vulgaridad es lo ordinario, lo común, lo corriente entre los hombres, y por lo mismo no molesta al prójimo ni desentona. Las excepciones, incluso las que lo son en bien, son las que tienen que hacerse perdonar, puesto que al cabo representan un elemento de desorden, algo que perturba la marcha habitual de las cosas; y cuenta que el hacerse habituales las cosas es su perfección, y que lo mejor que hace la Naturaleza es lo inconsciente, el *summum* de la habitualidad, como el trabajo de la sangre en el organismo de un vertebrado.

Por eso la excepción altiva y arrogante que denosta y maltrata á la pobre vulgaridad parece que hace obra impía y contraria al orden de la Naturaleza, y más si es en nombre de la belleza exclusivamente como comete ese desaguisado. No creo que haya cosa más expuesta al ridículo ni que más legítimamente le atraiga que el estetismo militante. Basta meditar un punto sobre los fenómenos geológicos que han sido precisos para que la tierra se hiciera habitable por el hombre, ó sobre los trabajos y horrores infinitos que representa la creación de cualquiera de los grandes imperios históricos, ó, si no se quiere remontar tanto el vuelo del pensamiento, considerar tan sólo los horribles dramas que representa á diario la vida del proletariado, para ver que estos afanes de los paladines de la estética son en la economía general del mundo cosa tan pequeña como el canto de la cigarra, que los griegos creían grato á los Dioses. La belleza, por muchas vueltas que le demos, es cosa superflua y secundaria, muy inferior á la verdad, no obstante el carácter relativo de ésta, y sobre todo al bien. Es gran recreo y consuelo de los humanos, pero no puede ser el fin principal de su existencia sin que ésta se convierta en mero usu-

fructo de deleite, sin que se prostituya, en una palabra. El que se entrega al vino ó á las buenas mozas es también un esteta practicante á su modo, y más lógico y con más sentido práctico que el que piensa que no hay mejor ocupación que contemplar la belleza de un paisaje ó espetarle unos versos á la luna. Bueno es saciar los ojos en la contemplación de la hermosura del mundo; pero no se vive sólo para eso, ni principalmente para eso. Dios no trabajó los seis días, ó la Naturaleza no parió á fuerza de cataclismos el mundo actual en que vivimos, con el único y exclusivo fin de que un señor pusiera los ojos en blanco ante algunas cosas bonitas ó tal vez sublimes. De tener algún fin el universo, es seguro que tiene otro distinto y de alguna más importancia.

A primera vista parece un noble ideal de vida el ideal estético, el bello vivir. Pero con más atento examen se descubren en él un fondo de frivolidad y una levadura de hedonismo de que ese ideal no puede limpiarse. El culto á la belleza, tomado por norte de la vida, no puede separarse de cierta idea de deleite, aunque sea espiritual y contemplativo; y así, el *esteticismo* se reduce á una especie de hedonismo incompleto, frío, platónico y vanidoso, á una elegancia espiritual, á un dandismo de la sensibilidad ó del espíritu en general. Entre el lechuguino que vive esclavo del nudo de la corbata, y el partidario del vivir según los cánones de la belleza, no hay más que una diferencia cuantitativa, que puede ser muy grande, sobre todo en cultura; pero la calidad del ideal es la misma.

Por otra parte, como estos enamorados de la belleza que quieren erigirla en patrón y norma de la vida, disfrutan de un bien subjetivo reservado á pocos, cual es el goce de esa misma belleza que á la mayor parte de los hombres se niega, no ya por incapacidad radical de ellos para verla y gustarla, sino porque la ardua lucha del vivir no les deja descanso y ocio para eso, es injusto é irritante que aquéllos se burlen de los infelices para quienes son más familiares los trabajos y dolores del mundo que el espectáculo de su hermosura y magnificen-

cia. Por eso, en sátiras como *El pueblo gris* hay siempre (tal vez contra la voluntad del autor) algo de cruel é inhumano, como sería el acto de un opulento que atropellase á un mendigo.

¿Quién sabe, además, lo que es por dentro la vida de ese pueblo gris, tan monótono, tan aburrido, tan muerto por fuera? ¿Quién mide lo que puede dar de sí la vida interior? ¿Quién sabe á qué honduras llegan sus raíces debajo de una taciturna y mortecina apariencia? El *yogui*, entregado á la contemplación de su propio ombligo, tiene una vida interior más intensa y activa que la del milmillonario americano, que con sus *trusts* pone la ley á los mercados del mundo, arruina y levanta industrias, provoca y conjura crisis industriales, y puede dejar en la miseria en un instante á centenares de familias ó hacer rica y floreciente una comarca poco antes desierta. Sólo lo semejante comprende á su semejante. En las vidas humildes y sencillas hay también su poesía y su belleza debajo de toscas y rutinarias apariencias.

Esto se me ocurre á propósito del espíritu del libro de Ruñol, y no quisiera caer en el extremo contrario á los ojos del lector, pasando por bárbaro despreciador de la belleza. Honrémosla como dón divino, regalo de los ojos y del espíritu, recreo y ennoblecimiento de la sensibilidad, pero sin querer que sea otras cosas superiores, ó al menos distintas de aquellas para las cuales su naturaleza la ordena y habilita. Bástele á la belleza ser todo lo que es como tal belleza, sin querer erigirse en regla suprema de la vida ni en criterio moral.

*
* *

La ejecución del libro revela, ciertamente, grandes facultades artísticas. La primera es una visión aguda, clara, implacable de las cosas, que penetra hasta lo más hondo de ellas, y las reproduce con precisión y aun á veces con sequedad fotográfica. Los personajes y escenas de *El pueblo gris* están

maravillosamente observados; son así, indudablemente, y si algo hay que reparar en sus imágenes, no es inexactitud ni exageración caricaturesca, sino parcialidad, omisión de algún aspecto de aquellos que sólo se descubren y entregan á la simpatía. No es la observación, sino la interpretación la que flaquea á veces; y cuando esto ocurre, no es por falta de sagacidad, sino por defecto de amor y de benevolencia hacia las cosas que el escritor describe.

En la exposición hay naturalidad ó soltura. Parece que el autor cuenta ó presenta las cosas sin la inquietud de la retórica. A veces hay cierto desorden, cierta nerviosidad que parecen espontáneas. De vez en cuando nos encontramos con salidas que desconciertan, con rasgos de humorismo sajón que no teme mezclar lo sentimental con lo cómico ni aun con lo chabacano. El estilo—el estilo por dentro (del lenguaje de la traducción se hablará luego)—tiene una personalidad acentuada y potente que á veces anda bordeando las fronteras de la extravagancia.

En este libro, de una ironía elegante y cruel, hay también algunas páginas de ternura exquisita. Entre ellas sobresale el capítulo consagrado á la tristeza y soledad del jefe de estación. Pero aun en estos mismos pasajes tiernos y humanos, el sentimiento que asoma es un sentimiento huraño, contenido, que se esconde y se recata, como si huyese de mostrar blandura de corazón este agrio humorista. Por otra parte, ese capítulo del jefe de estación, que es tal vez el más sentido de la obra, es muy útil para la interpretación del espíritu de ésta. La soledad del empleado y la monótona regularidad de su vida, sujeta al cuadro de marcha de los trenes, á una serie de ocupaciones mecánicas y repetidas todos los días, le parece á Rusiñol un mal, una situación digna de lástima. De donde se infiere que el movimiento exterior, la sociabilidad, la variedad de la vida, el cambiar de horizontes y de espectáculos, le parecen sumos bienes, tal vez condiciones precisas de una existencia feliz, ó al menos tolerable.

En esto observo, como en la mayor parte de los juicios é impresiones acerca de *El pueblo gris*, escasa estima de la vida interior y olvido de la suavidad del hábito, que hace que las cosas se deslicen por sí mismas y se caigan de su peso sin rozamientos ni luchas.

En general, la deducción que puede sacarse del libro es que un sujeto del temperamento artístico y del modo de pensar del Sr. Rusiñol lo pasaría muy mal en *El pueblo gris*; pero no que ese pueblo gris sea malo en sí, ni les parezca mal á sus moradores, ni siquiera que éstos resulten muy dignos de lástima.

Aun haciendo justicia, como debe hacerse, á las sobresalientes cualidades artísticas que revela el libro del Sr. Rusiñol (sea más ó menos simpático su espíritu general), creo, y francamente lo digo, sin el menor espíritu de castellanismo, de centralismo literario ni cosa parecida, pues nada de esto me da frío ni calor, que el libro de Rusiñol no acusa superioridad alguna respecto de la literatura castellana contemporánea. Baroja y Martínez Ruiz han pintado, con visión no menos aguda y penetrante de la realidad, ciudades muertas, aldeas aletargadas como *El pueblo gris* y tipos vulgares como los que circulan por esta urbe imaginaria y al mismo tiempo tan real. Baroja lo ha hecho, á mi parecer, con más energía, con más sobrio y viril relieve; y Martínez Ruiz, con más honda compenetración sentimental con sus objetos. Los libros del autor de *Voluntad* y *Antonio Azorín* están llenos de tipos vulgares que tienen algún parentesco con los de *El pueblo gris*; verbigracia: Sarrió, Don Víctor, el viejo del bastón, etc.; pero estos tipos están vistos de otro modo, están mirados con simpatía, de un modo sentimental y humano, sintiéndose prójimo de ellos el observador. Así Martínez Ruiz, gran poeta del detalle y gran poetizador de la vida vulgar, ha hecho de esas figuras creaciones artísticas, á mi ver, superiores á las que *El pueblo gris* nos ofrece. Compárese, por ejemplo, la pintura que hace de las viejas del pueblo Rusiñol con la que ha hecho

Martínez Ruiz en *Antonio Azorín*. Son ambas muy semejantes en lo descriptivo; pero, con todo, las diferencia grandemente el sentimiento que uno y otro autor han puesto respectivamente en sus figuras. La ironía de Rusiñol suele ser despegada y seca. En las descripciones de Martínez Ruiz hay una ternura indulgente, algo melancólica.

De propósito he dejado para el final lo relativo al lenguaje, á la vestidura exterior de *El pueblo gris*. Es quizás esto lo menos propio del libro, puesto que se trata de una obra traducida. *El pueblo gris* se escribió en catalán (*El poble gris*), y ha sido puesto en castellano por el distinguido literato señor Martínez Sierra. Evidentemente, no es ésta una traducción industrial de las que se hacen por unas cuantas pesetas, acomodando la calidad del trabajo al precio. El libro de Rusiñol está traducido con amor, con afán de conseguir la exactitud, la expresión equivalente á la de la lengua original. Pero esta traducción se quiebra de puro querer ser esmerada. Hay en ella cierta afectación de purismo; carece de llaneza y naturalidad, y, aunque es expresiva y elegante á veces, peca de rebuscada. Se nota en ella la funesta preocupación de hacer estilo, el empeño de salirse de lo vulgar. ¿A qué viene, por ejemplo, decir una y otra vez a queste, cuando esa forma anticuada sólo se usa ya en la poesía en verso, y gracias? ¿Qué perdería la expresión con decir sencillamente éste, como dice todo el mundo y como, en último término, debe decirse? Recuerde el Sr. Martínez Sierra, que es buen escritor y persona discreta, la fábula del retrato de golilla, de Iriarte.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—PSICOFÍSICA: Psicología de la vanidad.—PEDAGOGÍA: Temperamentos de observación.—HISTORIA: El patriotismo de los japoneses.—PSICOLOGÍA INFANTIL: La idea del arte en el niño.—COSTUMBRES: La mujer persa.—LITERATURA: Los cenáculos literarios.—METEOROLOGÍA: La previsión del tiempo en el pasado y en la actualidad.—FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: El pesimismo.—IMPRESIONES Y NOTAS: ¿Se debe leer en la cama?—Progresos de la floricultura.—Ramillete de notas.—Vacas artificiales.—El color de los huevos.—Un cementerio de libros.—La situación religiosa en Francia.—Escritura inglesa y recta.—La inferioridad de la mujer.—El sentido del espacio.

PSICOFÍSICA

PSICOLOGÍA DE LA VANIDAD.—La vanidad—dice Camilo Melinand en *La Revue*—es un exceso y una desviación del amor propio. Pero ¿qué es el amor propio? El amor propio es el deseo de la alabanza y la aversión á la crítica; es decir, el deseo de que se forme de nosotros buena opinión. Ahora bien, ¿por qué queremos que los demás formen de nosotros buena opinión? Porque, acostumbrados á admirarnos á nosotros mismos, nos gusta que al compararnos con los demás resultemos favorecidos: si alguien nos elogia, nos es más fácil elogiarnos á nosotros mismos; si se nos censura, ya no podemos alabarnos, y esto nos contraría. En resumen: el amor propio es ante todo el deseo de tener una buena opinión de sí mismo; por consiguiente, el deseo de que los demás la tengan también; por consiguiente, el deseo de los cumplimientos y el miedo á la crítica; y por consiguiente, el deseo del éxito en todas formas.

¿A qué cumplimientos es más sensible el amor propio? Prescindiendo de toda pretensión individual, las cualidades humanas cuya posesión más nos lisonjea son, en primer término, las cualidades físicas: fuerza, elegancia, belleza. Claro es que la belleza y la gracia son las ventajas que las mujeres desean sobre todo; pero los mismos hombres son extremadamente sensibles á esta clase de cumplimientos; *en teoría* no se hace caso de ellos, pero *de hecho* todos los saborean. En segundo término vienen las cualidades intelectuales: ningún hombre oye decir fríamente que es fino, espiritual, sagaz ó profundo. En tercera línea vienen las cualidades morales: justicia, bondad, abnegación, etc.; y cosa extraña: estas cualidades, que teóricamente son las más estimables, no son de hecho las que más nos lisonjea tener, y una censura en este respecto nos es desagradable, pero no nos perturba. En último término se coloca una cualidad intelectual que, con razón ó sin ella, separamos siempre de las demás: la memoria. «Todo el mundo se queja de su memoria», ha dicho finamente La Rochefoucauld.

En esta clasificación se verifica un hecho curioso: no nos atrevemos á hablar de nuestro rostro ni de nuestro talento, y hablamos sin dificultad de nuestro corazón y de nuestra memoria. Cualquiera dice: «tengo buena memoria», y á nadie le choca; «no soy malo», se dice también fácilmente; pero «no soy torpe» es algo más duro, y «no soy feo» es completamente ridículo. ¿Por qué nos avergüenza hablar de ciertas ventajas? Pues precisamente porque nos importan más que ninguna otra, y por eso no podemos hablar de ellas con calma; nuestro amor propio se interesa en ello, y, aunque no nos falta la gana, nos falta el valor.

La vanidad es la exageración del amor propio. Su primer síntoma es el exceso de alegría causado por la alabanza: el cumplimiento le pone radiante, expansivo y locuaz, como la censura le agría y ensombrece. El segundo síntoma es el esfuerzo perpetuo para recabar alabanzas á toda costa, llevando

siempre la conversación sobre sí mismo, y hasta diciendo mal de sí por falsa modestia, para provocar el elogio. También se le reconoce en la fatuidad: á fuerza de buscar alabanzas, cree en ellas. Otro rasgo frecuente es el de ser jactancioso: cuando el elogio no viene, el vanidoso se lo adjudica él mismo, aunque para esto es preciso ser torpe. Por último, el vanidoso, comprendiendo que no se obtienen fácilmente elogios por virtudes reales y profundas, suele colocar mal su vanidad en el traje, en una condecoración, en un título, en sus relaciones, en su modo de bailar, en sus hazañas de caza, etc.

Como se ve, la vanidad es la depravación del amor propio, y se distingue esencialmente del orgullo, pues se puede desear un elogio y gozar con él, sin admirarse por eso á sí mismo. Hay mujeres que se sienten encantadas con una lisonja, sin poderse enorgullecer de ella, sabiendo que no la merecen. Por lo demás, la vanidad reviste mil formas. Las variedades más importantes de la vanidad física es la *coquetería*, ó vanidad del adorno, y la *pose*, ó vanidad de las maneras: la coquetería es una mentira con la que se pretende reemplazar una persona real con una ficticia, y en la *pose* hay el deseo de no pasar desapercibido, tomando para ello un modo de hablar, de andar, etcétera, particular, que llame la atención. En cuanto á vanidades intelectuales, la más común es la del «hombre ingenioso», que anda siempre en busca de rasgos de ingenio y frases oportunas; otra es la pedantería, que comprende á esas personas á quienes se les resiste decir «tengo constipado», «padezco un coriza»; otra es la vanidad literaria, muy extendida entre ciertas gentes, que no están á gusto si no bordan la carta más sencilla, pretendiendo hacer de ella un documento inmortal. La vanidad de las relaciones es el último recurso de los vanidosos; hay que oírles decir, con aire descuidado: «Ayer estuve con el marqués de Tal». La vanidad de las condecoraciones es muy interesante, como lo es la vanidad de los principiantes y la profesional.

La vanidad es un error más que un vicio; es hasta compa-

tible con el mérito, pero lo rebaja y lo compromete. Causa de decadencia moral, lo es también de decadencia intelectual ó estética. Por eso debe procurarse preservar al niño de la vanidad, cosa facilísima, porque el niño no suele de por sí ser vanidoso, sino que le hace serlo la costumbre de oír elogios.

PEDAGOGÍA

TEMPERAMENTOS DE OBSERVACIÓN.—Señalando de Sanctis, en la *Rivista d'Italia*, las dos orientaciones de nuestra atención, una hacia el mundo externo, que constituye la *observación* y el temperamento *objetivo*, y otra hacia nuestro interior, que forma la *visión mental*, con el temperamento introspectivo ú *objetivo*, se pregunta si es cierto que la ciencia y la pedagogía no deben ocuparse directamente de nuestro mundo interior, dejándolo á la religión y al misticismo como su campo propio.

El mundo externo y el interno nos suministran impresiones y noticias, placeres y dolores, y poco á poco se forma así la experiencia externa y la interna; pero mientras la externa es patrimonio generosamente ofrecido á la humanidad entera que ve y sabe ver, la interna es un privilegio poseído por pocos y en medida desigual, aunque la realidad se componga de lo interno y lo externo, que no son sino dos fases de la misma experiencia que se completan entre sí, prevaleciendo, sin embargo, una ú otra orientación en la psicología individual y en la social, habiendo pueblos de temperamento objetivo, como los griegos y latinos, y de temperamento subjetivo, como los indios y los semitas, y dominando uno ú otro, dentro del mismo pueblo, según las épocas, como se ve en la Edad Media, subjetiva, y en el Renacimiento, objetivo.

No es difícil reconocer estos temperamentos en los individuos: haced escribir á varias personas que no sepan vuestros propósitos determinado número de palabras en cierto tiempo,

y veréis que el tipo observador ha buscado palabras de objetos y fenómenos exteriores, y el tipo subjetivo voces que representen sensaciones, sentimientos, emociones; hacedles describir un cuadro ó un espectáculo cualquiera, y en seguida descubriréis uno ú otro tipo. Ambos pueden llegar á lo sublime y rayar en lo ridículo. Temperamento objetivo heroico es el niño curioso que todo lo recuerda, el poeta descriptivo, el explorador incansable de la naturaleza; temperamento objetivo morboso es el frívolo interés por las noticias menudas y los chismes de vecindad; temperamento subjetivo heroico es el novelista que analiza y disecciona los factores psíquicos de una pasión: Leopardi, expresando todos los dolores del alma; y Descartes, formulando su famoso *cogito ergo sum*; temperamento subjetivo morboso es el del distraído, que no distingue nada fuera, por estar preocupado con sus recuerdos interiores; el místico, para quien no hay más realidad que sus visiones, y el hipocondríaco, analizador infatigable de las propias sensaciones y de los más insignificantes movimientos de su cuerpo. Pero ¿quién piensa nunca ni desea conocer la orientación de su atención? ¿Quién quiere darse cuenta de su propio pensamiento y carácter? ¡Cuántas personas inteligentes y cultas viven ignaras de cuanto se agita en la profundidad de su espíritu! La personificación de los lugares ó el colorido de los nombres son hechos más frecuentes de lo que parece; pero ¡cuán pocos fijan en ellos la atención, ni se dan cuenta de lo que pasa en ellos mismos!

El espíritu científico y el sentido moderno de la vida se inclinan hacia el temperamento objetivo; pero lo preferible sería un temperamento mixto que apartara á los hombres del materialismo práctico tanto como del misticismo infecundo. ¿Qué sabríamos de las asociaciones de ideas de la imaginación, de la creación genial, si hombres avezados á la autoinspección no nos hubieran revelado todo el proceso de su pensamiento? ¿Qué sabría el Arte de los dramas grandiosos del corazón, si los que han sido actores de los mismos no nos

hubieran descubierto todos sus hilos? El conocerse es un bien, no sólo por el placer de saber, sino con un fin de utilidad individual.

Por su experiencia personal, de Sanctis ha encontrado tres tipos de pensadores ó imaginativos correspondientes á otros tantos tipos de caracteres, atendiendo á la corriente del pensamiento: en el primero pasa con preferencia el presente ó el pasado recientísimo, con sus impresiones inmediatas, vivas y palpitantes: carácter débil, ligero, mudable; en el segundo discurre el pasado, con sus recuerdos dolorosos ó alegres: carácter reflexivo; en el tercero prevalece el porvenir, con sus proyectos, temores é ideales: carácter inquieto y activo. Otra serie de hechos con éstos relacionados es que en unos el pensar se desarrolla con fatiga, esfuerzo ó molestia; en otros, con indiferencia afectiva; y en otros, con placer: este placer del pensar es la mejor compensación que la naturaleza reserva á los inteligentes sin fortuna.

Pero ¿cómo lograr pensar y conocerse? Fijando la atención; y para ello nada mejor, si se trata de un refractario á la introspección, que provocarla por medio de la contracción del músculo superciliar, fijando la mirada en un espejo. Al orientar así hacia adentro la atención, se observa un fenómeno del que á veces se maravilla el sujeto: se siente capaz de delinear y desarrollar mentalmente un tema, cosa que antes le era imposible; otro fenómeno es el del dominio de la fantasía, cuyo curso desenfrenado se encauza perfectamente; otro, el del análisis que puede hacerse de las propias tendencias y deseos, llegando á lograr positivo poder de autocritica y autodisciplina. Todos estos resultados, ampliamente expuestos por de Sanctis, tienen realmente importancia, no sólo para la psicoterapia, como sucede con la cura de los *tics*, del balbuceo y de las neuropatías, sino para la pedagogía, y hasta para la moral, por el desarrollo á que se llega de los más elevados sentimientos.

Hubo un tiempo en que se proclamó medio útil para la educación el hipnotismo; pero los que han seguido ciegamente

la escuela de Dejerine se han equivocado. La hipnosis podrá ser útil en casos especiales, cuando se quiera automatizar al bien á algún recalcitrante ó anormal; en los demás casos tiene mayor aplicación la sugestión en estado de vigilia y la persuasión. La concentración reflexiva ó autointrospección, al contrario del hipnotismo, vigoriza al consciente: es una gimnástica de la voluntad en su doble aspecto de iniciativa y de inhibición, constituyendo un poderoso auxilio pedagógico, aplicable á las personas regularmente desarrolladas, á todo tipo normal.

HISTORIA

EL PATRIOTISMO DE LOS JAPONESES.—Dice el coronel Emerson, testigo presencial, que el patriotismo de los japoneses es una pasión rayana en fanatismo. «Mi patria siempre y doquier, primer amor de mi corazón, ¡mi sangre, mi primer pensamiento y el sudor de mi frente serán sólo para ti!»—dice uno de los poetas favoritos de los nipones, y repiten de todo corazón, y no con los labios—que ahí está la diferencia, puesto que cosas semejantes dicen los poetas y repiten los nacionales de otros muchos países,—los hijos del imperio del sol naciente.

Este sentimiento de patriotismo está íntimamente ligado con la religión nacional del shintoísmo, que rinde culto principal á los héroes y á los antepasados, y con el respeto, veneración y acendrado cariño al Mikado y á la familia imperial, á los jefes del clan del Japón feudal, á los daíricos, á los nobles de la clase guerrera y á toda autoridad superior. Ese principio de lealtad convertido en patriotismo es lo que forma la fuerza del Japón actual. La historia, la literatura y las leyendas japonesas abundan en historias terribles ó conmovedoras de hombres, mujeres y niños que lo han sacrificado todo á su príncipe y á su patria. La leyenda favorita del Japón es la de los 47 ronins ó samurais errantes, historia real de 47 vasallos fieles que juraron vengar la muerte de su señor, y que obrando

cada cual por su parte, después de largos años de disimulo y de espera, se reunieron de pronto y mataron al asesino de su príncipe, suicidándose después; el templo de Sengakuchi, donde se hallan las tumbas de los ronins y de su señor, es visitado anualmente por miles de peregrinos.

Aquel afecto que entonces se dispersaba entre muchos señores feudales, se ha concentrado hoy en el Mikado, personificación viviente de la nación, adorado como un semidiós por todo el mundo, y por quien todos están prontos á sacrificar su vida. Su retrato es lo que más se estima en los buques de guerra; en un naufragio, lo primero en que se piensa es en salvar aquel retrato, y su pérdida es más sentida que la del buque y la tripulación. En la vida misma civil, el retrato del emperador es objeto de culto; en los días de fiesta se reúne á los alumnos en las escuelas para hacérselo saludar, y uno de los maestros pasa la noche en el edificio para poder salvar el retrato en caso de incendio. Cuando el emperador sale en coche, la policía no permite á nadie mirarlo desde una ventana ó desde otro cualquier sitio elevado; todos los que van en coche ó en chinrikicha (carruaje de dos ruedas tirado por hombres, muy popular en el Japón) tienen á su paso que detenerse y bajarse, aunque ya se ha suprimido la costumbre de arrodillarse y besar la tierra.

Los japoneses son poco afectos á manifestaciones ruidosas, y de ahí que pasen por fríos é indiferentes; pero es un error juzgarlos por tales apariencias. La declaración de guerra á Rusia, á pesar de ser tan deseada, no provocó explosiones de entusiasmo; pero había que oír los gritos de *¡Dai Nippon ban-zai!* (¡Viva el Japón!) lanzados por los oficiales de marina al recibir la orden de hacerse al mar para combatir, y ver luego el celo y la audacia con que ejecutaban el mandato de atacar á Puerto Arturo; en una noche helada de los primeros días de la guerra, la válvula de uno de los torpederos estaba obstruída por los témpanos; y no habiendo otro medio, un marinero se tiró al mar y quitó el hielo con sus manos, muriendo en

aquella penosa tarea. El Gobierno ofreció á sus padres una pensión, y ellos la rehusaron, diciendo que la muerte de su hijo era un motivo de alegría, siendo demasiado afortunados en haber podido ofrecer aquel sacrificio á su emperador y á su país.

Los gastos corrientes de la guerra tuvieron que ser cubiertos por un empréstito de 100 millones de yens (250 millones de francos), y el Gobierno concedió la preferencia á los suscriptores por menos de 300 yens y á los que pagaran los títulos por encima del precio de emisión de 95 por 100, habiendo quienes los pagaron á 120, y ofreciéndose el barón Iwasaki á cubrirlo por sí solo, sin que su ofrecimiento fuera aceptado. Aquel día iba á ser ejecutado por asesino un malhechor, y su carcelero le entregó cinco francos que le correspondían, pidiendo permiso el condenado para destinarlos á la guerra; cuando su oferta fué aceptada, se echó á llorar, lo que nunca había hecho, lamentando su crimen por impedirle ponerse al servicio de su país. La emperatriz misma dió el ejemplo del sacrificio mandando sus joyas al Banco, y muchas mujeres y jóvenes vendieron las suyas con el mismo objeto. Cuando se llamó la primera reserva, muchos miles de veteranos se mezclaron en las filas; y cuando los oficiales, al hacer el llamamiento, se encontraron con aquel exceso de personal, tuvieron no poco que hacer para obligarles á volver á sus casas.

Las familias, hasta las más pobres, no omiten sacrificio alguno para festejar á los soldados el día de su marcha: todas las casas están adornadas de banderolas de alegres colores y banderitas blancas con inscripciones niponas, que dicen: *¡Buena suerte! ¡Vuelve sano y salvo! ¡Abajo Rusia!*, y otras semejantes; parientes y amigos acuden á la estación, y el espectáculo es realmente sorprendente para quienes están acostumbrados á la impassibilidad de los japoneses. Esta impassibilidad desaparece cuando llega la ocasión, aunque una vez manifestado su entusiasmo, vuelve tranquilamente á sus ocupaciones ordinarias sin perder el tiempo en prodigalidades de bullicio.

El patriotismo japonés, como el de todos los pueblos orientales, tiene su lado siniestro, y en casos de sobreexcitación nacional obliga al Gobierno á tomar precauciones contra los fanáticos que surgen por todas partes dispuestos á cometer toda clase de atentados y á no retroceder ante ningún crimen que les parezca conveniente á los intereses de su país ó de su partido; pero hasta en estos excesos, inevitables en espíritus exaltados, se demuestra lo arraigado que se halla el patriotismo en el corazón de los japoneses.

PSICOLOGÍA INFANTIL

LA IDEA DEL ARTE EN EL NIÑO.—M. Daubresse ha querido añadir un capítulo más á los numerosos trabajos de Psicología infantil que se vienen haciendo por pedagogos y filósofos, y para ello se ha dirigido á multitud de niños y niñas, consignando los resultados de su información en un artículo de la *Revue Bleue*, para lo cual ha dividido las artes en dos categorías: artes de acción—Música, Baile y Poesía,—que requieren intérpretes, y artes de contemplación ó representación: Pintura, Escultura y Arquitectura.

Preguntadas 200 niñas si les gusta la Música, 189 han respondido afirmativamente, habiendo sido sólo 165 las que han declarado gustarles la Poesía. Ocho son refractarias á la música, y confiesan los motivos que para ello tienen. «Hay que estudiar—dice una,—y eso me fastidia»; dos dicen que «cantan mal» y dos que «les es desagradable la música»; tres declaran no saber siquiera lo que es música; *connais pas*—dicen.

¿Y por qué les gusta la música? Las respuestas no valen nada: «eso distrae», «es bonita», «es entretenida», «hace muy bien en sociedad»; así dicen casi todas; «me gusta—dice una de nueve años—porque me da alegría»; «como mamá no sabe música—dice otra de la misma edad,—tengo que reemplazarla yo cuando recibimos»; «me gusta—dice otra de diez años—

porque me gusta el canto de los pájaros»; «me hace olvidar—dice otra de trece años—mis disgustos de colegiala»; «me pongo triste ó alegre—explica otra—según el pasaje que tocan»; «la música—añade otra—aleja los malos pensamientos», y «hace menos tristes las horas de ociosidad»—según otra.

De todo esto se desprende una conclusión: la belleza no tiene la evidencia de la luz; salvo raras excepciones, no se impone á las almas que no estén iniciadas: es preciso aprenderlo todo y adquirirlo todo laboriosamente; espontáneamente se obtiene muy poco.

En cuanto al repertorio que conocen ó que más les gusta, *La Marsellesa* y *Fausto* figuran en primer término, teniendo también bastantes partidarias *Mignon*, *La Fille du Régiment*, *Les Noces de Jeannette*, *Carmen* y *Mireille*, así como los valeses *Bleue*, *Rose* y *Loin du Bal*; entre los clásicos preferidos, Beethoven es citado once veces, Mozart diez, Chopin cuatro, Mendelssohn una y Field una; para una niña, el canto ideal es *La Internacional*. La culpa de estas faltas de gusto no la tienen las niñas, ni menos los profesores, sino las familias, que sólo se preocupan de que la niña toque pronto cualquier cosita que las divierta en las horas de reunión ó de ociosidad, si es que no las dedican á la música para ganarse la vida, que es todavía peor.

Algunas niñas, confundiendo las obras con los instrumentos, han contestado que lo que más les gusta es el piano; otras prefieren el violín y la mandolina; dos están por el clarín y el clarinete, y algunas declaran que la más hermosa obra musical es «la música de la Guardia republicana».

En cuanto á los niños, el 75 por 100 gustan de la música; pero no por distracción ni entretenimiento, sino porque es bella ó porque les permitirá ganarse con ella la vida; los defectos no andan con circunloquios, confesando que no les gusta «porque no tienen oído», «porque cantan mal», «porque no les interesa». El repertorio de los niños está principalmen-

te formado de cantos, y los más favorecidos son *La Marsellesa* y el *Canto de la partida*, teniendo también *Fausto* muchos admiradores. Los instrumentos preferidos son los clarines y las trompetas.

Respecto al baile, de 162 niñas interrogadas, 127 se declararon amigas de la danza, porque entretiene y es necesaria en sociedad; de los niños, el 59 por 100 son también partidarios del baile, por ser un buen ejercicio. Los bailes preferidos figuran en este orden: polka, vals, berlina, paso de patinadores, cuadrilla y cake-walk; sólo una niña prefiere el minué y la gavota. ¡Qué degeneración en esta materia!

La Poesía tiene entre las niñas el 82 por 100 de partidarias, y el 86 por 100 entre los niños; pero es el arte mejor comprendido y más vivamente sentido por unas y otros, tropezándose con respuestas que revelan las raíces que tiene en tan tiernas inteligencias. Los autores preferidos por las niñas son Víctor Hugo y La Fontaine; luego vienen Corneille, Racine, Boileau, Molière, Fenelon, Bossuet, Chateaubriand, Lamartine y Sully Prudhomme; para los niños el poeta preferido es Víctor Hugo, viniendo después La Fontaine, Casimiro Delavigne y Florián, Voltaire, Rousseau y Arago.

Las artes plásticas tienen menos aficionados: el 79 por 100 de niñas y el 84 de niños se interesan por la Pintura, pero no la comprenden; á las niñas, el cuadro que más les gusta es el *Angelus*, de Millet, y á los niños los cuadros de batallas napoleónicas. La Escultura es todavía menos apreciada que la Pintura, especialmente por las niñas, que admiran las estatuas de Juana de Arco, Enrique IV y Luis XIV, mientras que los niños se extasían con las de la República, Marceau, Danton y Bobillot. La Arquitectura sólo cuenta entre las niñas con el 32 por 100 de admiradoras, y entre los niños con el 79 por 100; es de las artes plásticas la mejor sentida por los niños que saben apreciar el valor de los monumentos que han visto.

En cuanto á la pregunta «¿Qué idea tenéis del arte en gene-

ral?», era harto difícil para ser contestada por niños y niñas de ocho á catorce años, y no es extraño que las respuestas hayan sido nulas.

COSTUMBRES

LA MUJER PERSA.—El tiempo no ha pasado para la familia persa; hoy, como hace siglos, el padre goza de autoridad absoluta sobre cuantos seres constituyen su casa: mujer, hijos y servidores. Su única ley, como dice H. de Liancourt, es su voluntad despótica. Su mujer no se distingue para él de su caballo; tiene su posesión y su goce, y ejerce sus derechos como autócrata oriental que prohíbe hasta la mirada de un extraño. Sus hijos no tienen personalidad: son seres que le pertenecen, como sus perros, y si le desagradan por feos, torpes ó desobedientes, se desembaraza de ellos de cualquier modo; de sus hijas no hay que hablar, pues no significan nada. Sólo tolera que le hablen libremente sus criados, aunque exponiéndose á su cólera, que puede llegar hasta hacerlos morir apaleados; sus observaciones le entretienen, y por ellos se entera de lo que pasa fuera y dentro de su casa. Lo chocante es que estos criados suelen serle muy adictos, y que esta abnegación es gratuita, pues generalmente no les paga salario ninguno. A veces les toma por confidentes y les confía sus proyectos y hasta sus llaves y su testamento, sin perjuicio de darles de palos por los motivos más fútiles; jamás, en cambio, se fía de su mujer ó de sus mujeres para nada, ni les otorga la menor intervención en sus asuntos, teniéndola constantemente secuestrada.

Criada con sus hermanos hasta la edad de siete á ocho años, se ve la mujer separada de ellos cuando empieza á tener uso de razón, y desde entonces no existe ya más que para el hombre á quien está destinada, que ordinariamente es un primo; es raro que la enseñen á leer ni á escribir, y lo único que la enseñan es á hacer sorbetes y refrescos y á bordar; redu-

ciéndose toda su misión en el mundo á agradar á su marido, que no ha de ver en ella más que un objeto de satisfacción física ó un ornamento más de su lujo.

El amor no tiene puesto en los matrimonios persas. Éstos se llevan á cabo gracias á las *intermediarias*, matronas muy estimadas que se dedican á buscar partidos para las jóvenes; las intermediarias son las que tratan con las familias las cuestiones de dote, y una vez puestas de acuerdo, la madre del joven, con otras mujeres de su séquito, pasa á visitar y conocer á su futura nuera. Esta, si no es de su agrado la boda, lo da á entender ofreciendo con poca gracia á las visitantes el té y el narguilé; pero si es de su agrado, devuelve la visita con su madre y una parienta. Todo esto se hace sin que los novios se vean ni se conozcan, y todo lo más á que puede llegarse es á que ella sepa cómo es él por las pinturas que le hagan sus doncellas, y á que él pueda verla al paso desde un balcón al salir de la visita, enseñándosela su madre. Hechos los desposorios por el sacerdote, puede ya verla; pero entonces está tan desfigurada, con los afeites y pinturas que emplea para ocultar sus verdaderas facciones, que á veces el novio se arrepiente y retira su palabra: en tal caso tiene que entregar á los padres de la novia la mitad de la dote.

Los desposorios son muy pintorescos. La novia es conducida ante una mesa, en la que hay una vela encendida, un espejo, el Corán, perfumes, palmatorias, semillas secas y dátiles; el sacerdote cubre á la desposada con un velo verde, y pronunciadas las palabras sacramentales, la hace sentar en una silla simbólica, formada por un caldero de cobre, que sirve de apoyo á una silla de caballo con una almohada; allí sentada, no debe decir ni una palabra ni hacer un movimiento, para demostrar su resignación á la sumisión muda á que se obliga como casada. El matrimonio se celebra después con gran pompa, y la novia recibe del novio un fetiche, llevando ella el pan y la sal á su nueva casa; antes de salir de la suya, besa el umbral en señal de eterno adiós.

Desde aquel momento la joven persa carece de personalidad; su destino depende del carácter del marido, y sobre todo del sexo que tenga su primer vástago; pues si no es varón, el marido puede repudiarla ó sacrificarla á otra mujer, que será la preferida. Nada la sorprende, pues sabe que está condenada al desprecio en esta vida, y que en la otra no podrá siquiera gozar de las delicias del Paraíso de Mahoma, reservado á los hombres; ó irá al infierno, ó cuando más, á fuerza de penitencias y peregrinaciones, conseguirá ser admitida en un rincón del paraíso, aunque sin disfrutar de sus deleites.

En tales condiciones, la vida de la mujer persa se reduce á engalanarse y chismorrear en casa, y á recorrer los almacenes para hacer sus compras, siendo su única preocupación obtener vestidos y joyas del marido, y no ser vencida en lujo por ninguna rival. Los dos grandes sentimientos de la mujer occidental, el amor conyugal y el maternal, le están prohibidos. Su marido vive lejos de ella, y hasta en la intimidad la desdeña; sus hijas se casan temprano y no las vuelve á ver; y sus hijos, á los cinco años se los lleva un sacerdote para que aprendan á leer, y de sus manos pasan á las del *lala* ó preceptor; ni el sacerdote ni el *lala* les hablan nunca de su madre, enseñándoles á despreciar á la mujer, y la madre no tiene el gusto de verlos ni de admirarlos. Aquello es realmente otro mundo, apenas concebible para los europeos.

LITERATURA

LOS CENÁCULOS LITERARIOS.—María Krysinska, con motivo de la muerte de Maurice Rollinat, consagra un recuerdo en *La Revue* á los famosos cenáculos literarios y artísticos de donde han salido no pocas celebridades de la actual generación, y de los que Rollinat fué el alma, por su poesía, por su música y por su voz excepcional, que producía siempre un

efecto mágico. Su originalidad dominante era un sentido de áspera voluptuosidad, gustada en la melancolía.

En los *Hidrópatas*, círculo ambulante, sin local fijo, Rollinat compartió la boga con Emilio Goudeau, y de allí salieron Coquelin, que hacía llorar de risa recitando *La Obsesión*; Villain, que decía la *Balada á la luna*; el tímido y rubio Alfonso Allais, que ahorcaba sus libros de Derecho para aventurar sus primeras fábulas; Gaston Senechal, hoy gobernador—¡en lo que venimos á parar!,—que en versos cincelados cantaba su aversión al agua y su preferencia por el vino; Massiac, rimador sutil; Feliciano Champsaur, que se revelaba ya como el poeta de sus novelas de poeta; Pablo Marot, que recordaba á su homónimo antepasado, y Jorge Rodenbach, ángel flamenco, rubio y rizado, escapado de un tríptico de Van Eyck, que decía con vocecita de viola versos tiernos, frágiles y frescos como ramitos de lilas; Armando Masson, que recitaba con voz aburrida sus poesías, que son de las mejores del tiempo; Julio Jouy, cantor de las hazañas de San Galberto; el flemático Mac Nab y los hermanos Decosi, Félix, hoy abogado célebre, y Luis, el famoso cómico del *Chemineau*; el admirable Carlos Cros y su hermano Antonio, que acogían entusiastas toda iniciativa honrosa y toda señal de talento, y tantos otros más.

Hacia 1882 el movimiento intelectual con Goudeau y Rollinat emigró á Montmartre y celebró sus *estasts* en la taberna del pintor Salis; fué una curiosa centralización de toda la gente cantante, rimante, dibujante, soñadora y humorista. Los veteranos León Cladel, Pablo Verlaine, Pablo Arena y los ya conocidos, acogieron con bendiciones la poesía que subía á tales alturas, y que tenía por órgano *El Gato Negro*, dirigido por Rodolfo Salis. Allí estaba la plana mayor de lo que debía constituir el grupo del *Mercurio de Francia*: la señora Raquilde, castamente soltera, el doncel Valette, Cardonel, Víctor Margueritte, Leon Bloy y Juan Moreas, entonces parnasiano; al lado de estos efebos, ardiendo en deseos de abrirse paso, se

tropezaba con algún peón meridional ó alguna muestra de suizo ó belga, pacientes pescadores de caña, que hacían allí provisiones para sus tardíos comienzos.

Todos los tráfugas del círculo de los Hidrópatas se volvieron á encontrar allí. Los hermanos Decosi aparecieron transformados: el alumno del Conservatorio, en abogado ya conocido; y el estudiante de Derecho, en cómico de profesión; Mauricio Maindson, entre dos viajes de entomologista á Nueva Guinea, hacía sus apariciones para fantasear quizá su admirable *Saint-Cendre*; Armando Masson seguía diciendo tan mal como antes sus hermosos versos, y Fernando Ices se afirmaba poeta del mayor valor con sus poemas *La Conquista*, *La Antigua*, y hasta con simples canciones.

La falange pictórica no era menos notable: Salis, de pintor se había convertido en «Tabernero del Diablo»; Enrique Pille imponía respeto con su facha de aldeano, asustando á las damas que iban á ver á los artistas de fama en su té semanal; Villette era el tipo del Pierrot moderno, hasta en lo físico; y con él y con Stesulem, soñador sentimental y burlón, se inauguró un modo nuevo de ilustración en las originales páginas del *Chat Noir*, en las que pronto aparecieron las firmas literarias de Bonhomme, Harancourt, Esparbés, Allais, Gandillot, Grenet-Dancourt, Mensy, Dauphin, Auriol, Krysinska y Nohain, saliendo de allí todo el movimiento renovador poético contemporáneo.

El barrio latino, á pesar de la emigración de la literatura joven á Montmartre, conservó en parte sus cenáculos y reuniones, bajo la dirección de Leon Deschamps, fundador de *La Plume*; allí figuraba Juan Rameau, con sus enérgicos poemas naturistas, y Marsolleau tarareó sus primeros versos, combinados con la danza del vientre y de las caderas; el café Voltaire, además de sus reuniones felibres de los miércoles, tenía los lunes, en los que se mezclaban cordialmente el Parnaso y la futura nueva escuela de Merril, Morice y Retté.

En 1889 *El Gato Negro* se había instalado seriamente en

casa propia, con un original teatro de sombras, cuyo principal creador era el genial Caran d'Ache. Salis, ebrio de irrespeto, hizo revestir á sus mozos el traje académico de palmas verdes, y allí acudían á los estrenos, á ser servidos por aquellos académicos de burlas, los académicos de veras, con verdaderas damas del gran mundo. Salis, verboso siempre, no se intimidaba, y andaba de mesa en mesa para avivar el consumo:— «Debéis reventar de sed, monseñor—decía;—no tenéis nada en el vaso. ¿Eh? ¿Decís que catorce bocks? Los tendréis, los tendréis. ¡Edison! quince bocks para estos gentileshombres; entre ellos uno bien echado, que tienen la cortesía de ofrecermé». Y todos se aguantaban, reían la gracia, se dejaban servir, y pagaban. Allí todos eran príncipes ó barones, ó por lo menos gentileshombres, y esta antigua farsa daba siempre resultado. Un cliente, quizá un pobre diablo de empleado curioso, de poco sueldo, golpeaba la mesa para pagar su cuenta.—¡Vamos, Edison!—gritaba Salis,—¿no veis que el señor barón desea echar otra copa para él y para sus amigos? Despachaos, que no es hombre á quien se pueda hacer esperar.—Y el pobre diablo se volvía á sentar y sufría el nuevo impuesto para no ponerse en ridículo.

Nada de esto existe ya. Pero lo peor es que tampoco existe aquel generoso entusiasmo que hacía vibrar al unísono tantos corazones cuando se trataba de rendir culto sincero y ferviente al arte.

METEOROLOGÍA

LA PREVISIÓN DEL TIEMPO EN EL PASADO Y EN LA ACTUALIDAD.—En lo antiguo la previsión del tiempo estaba fundada en observaciones locales, y apenas hay un país de montaña, como dice Monti, que no tenga sus refranes meteorológicos. Así los atenienses se fijaban en si estaba serena ó nublada la cima del Himeto, y los romanos observaban si el Poniente tenía ó no nubes, para apreciar si el tiempo sería sereno ó llu-

vioso; los judíos se atenían á la misma regla, como en general todos los pueblos del Mediterráneo, y el mismo Jesús dice, según San Lucas: «Cuando veáis que la nube se levanta de Poniente, decíos que la lluvia está próxima».

No quiere esto decir que el viento deba soplar siempre de Poniente antes de la intemperie; el viento se dirige al centro de toda depresión, y si este centro está á Poniente, el viento vendrá de Levante y no soplará en dirección opuesta sino cuando la depresión se haya alejado de nuestro horizonte. Así se explica cómo Zéfiro, el viento de Occidente, ha sido siempre considerado como el que empuja las nubes del cielo y trae el sereno; por eso Lucrecio le hace heraldo del Amor: «nuncio de Venus, se adelanta el alado Zéfiro, y Flora derrama flores y perfumes en el camino de ambos»; y Homero mismo le había ya señalado como viento dominante en los Campos Elíseos.

También se daba antiguamente, y aun hoy se da por el pueblo, gran importancia al aspecto que presentan los animales según que el tiempo se presente malo ó bueno. Del mismo modo que nuestros aldeanos ven un mal presagio en el bajo volar de las golondrinas, en la inquietud de los gatos, de las gallinas ó de las ranas, en la inercia de las abejas, etc., así los antiguos se servían de observaciones semejantes para sus pronósticos del tiempo, y Virgilio recogió poéticamente en las *Geórgicas* las más corrientes de su tiempo.

Del arco iris y del color y forma de las nubes se sacaban también presagios, fundados todos en la experiencia; así dice un proverbio francés:

Arc-en-ciel de matinée,
Du laboureur finit la journée;
Arc-en-ciel du soir,
Fait beau temps prévoir.

Arco iris madrugador,
Suspende la tarea al labrador;
Arco iris de tarde,
Da alientos al labriego más cobarde.

Así también dicen los italianos: «rosso di sera, bel tempo spera», que es idéntico al proverbio francés: «rougie du matin, fait le temps chagrin,—rougie du soir, espoir», y lo mismo

que el castellano: «sol puesto entre nubes rojas, quita al labrador congojas». Las diversas formas de las nubes suelen presentarse en Europa unas tras otras cuando se acerca una tormenta: primero aparecen largos filamentos de vanguardia, que se llaman cirros; luego viene el escuadrón de los cirrocúmulos, nubes en copos y redondas comparables á borregos ó balas de algodón; estos cúmulos aumentan de tamaño y densidad hasta que se funden en un anublamiento bajo y general que precede inmediatamente á la lluvia, lo que justifica el proverbio toscano: «Cielo a pecorelle, acqua a catinelle», ó como el castellano: «Cielo aborregado, á los tres días mojado». Si es de noche, estas nubes, precursoras de la lluvia, suelen estar altísimas y están compuestas de partículas tan menudas que la luna parece ceñida por un anillo de color, un cerco violáceo y rojizo ó blanquecino, á semejanza del efecto que nos produce la luz de una farola en una noche de niebla; y de ahí la previsión de la lluvia cuando este cerco lunar se presenta.

La predicción científica del tiempo se hace hoy en todo el mundo culto por los Observatorios ú oficinas meteorológicas de cada país, que se hallan dotadas de barómetros, termómetros, pluviómetros y demás aparatos de observación, y están en correspondencia telegráfica entre sí y con los Observatorios del extranjero para comunicarse dos ó tres veces al día por lo menos los resultados de sus respectivas observaciones, trazando las líneas isobáricas, es decir, las líneas que en un mapa recorren los puntos en que aparece la misma presión atmosférica, y publicando los *Boletines meteorológicos* que contienen todos los datos recogidos diariamente.

La carta isobárica ó mapa de presiones atmosféricas varía de un momento á otro, y esa es la causa de que los pronósticos en ella fundados no siempre sean acertados; pero tomados en conjunto los resultados, no hay duda que se ha dado un gran paso en el estudio de la predicción del tiempo con el establecimiento de los Observatorios meteorológicos y las indicaciones precisas de las cartas isobáricas. La precisión de los

datos, la suma de elementos de conocimiento que se acumulan en cada Observatorio y la base científica en que se apoyan las conclusiones que se deducen de las observaciones hechas, son firme garantía del acierto con que en general suelen hoy hacerse las predicciones del tiempo con fines prácticos.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

EL PESIMISMO.—No hay clase que se libre de la plaga del pesimismo, dice en *La Grande Revue* Luis de Romeuf. El malestar, comenzando en los ricos, llega á las últimas capas sociales, invadiéndolo todo. En el instante de una contrariedad cualquiera, de un desfallecimiento accidental, el pesimismo se apodera del alma, infundiendo en ella la desesperación y la tristeza. Este pesimismo moderno no se ha mantenido, como el de Schopenhauer, en el dominio de la metafísica, sino que alcanza á todo y niega hasta el bienestar material, hasta las conquistas más positivas del progreso en el orden económico, social ó científico; lo niega todo, ó, por lo menos, lo decolora y empalidece todo. Y no tiene razón.

Tras la brillante escaramuza de los enciclopedistas, la lucha religiosa se había casi disipado; hoy vuelve á encenderse, con innegable y sorprendente vigor. Es realmente incomprendible, para quien sepa penetrarse bien de la concepción cristiana, que una arquitectura de tan puras líneas haya venido á parar en un templo tan recargado de ornamentos suplementarios, de paráfrasis gratuitas, de elementos extraños tan heterogéneos; la obra de los hombres se ha empeñado en corregir la obra de Dios con una inconsciencia que desconcierta; Pontífices y Concilios han apartado el gran río de su cauce natural, y la embriaguez de la exégesis se les ha subido á la cabeza, haciéndoles creer en una nueva creación, hasta que el neocristianismo se ha levantado vigoroso para encauzar de nuevo la desviada corriente.

Desde ese momento, los pesimistas están vencidos. La persecución ha empezado, y los reformadores la acogen como llama purificadora que ha de acabar con los miasmas acumulados por los siglos; en la Iglesia de Jesús se ahogaban ya los fieles si la persecución no hubiera venido. Jamás las tendencias sobrenaturales se han afirmado tanto como hoy. Ciertamente que la fórmula, el símbolo, el rito exotérico, han sucumbido; pero así debía ser. ¿No es ya hora de reducir á la nada el monstruoso error, esterilizando el argumento que quiere poner á Jesús en antítesis con los más vastos esfuerzos del pensamiento humano?

¿Qué se ha hecho del pesimismo feroz que creía anonadarlo todo? Los católicos recobran con la persecución su vacilante fe; los judíos y protestantes, deístas como los católicos, asisten gozosos al adelanto de las ciencias, á los llamamientos á lo sobrenatural ambiente que sin cesar se escapan de los laboratorios; el mismo librepensador, al buscar los orígenes del hombre en la explicación simiesca, suministra uno de los argumentos más consoladores: porque si el hombre, saliendo del mono, ha llegado á ser lo que es, ¿á qué no llegará con él andar infinito de los siglos?

Vencido en el terreno metafísico, el pesimismo se vuelve hacia el orden económico y social y nos muestra á los hombres divididos en dos campos, los hambrientos y los ahitos, amenazándonos con la catástrofe final. Es evidente que la lucha de clases existe. Pero ¿es ahora la primera vez que el hombre desea mejorar de condición? Los legisladores de la revolución, preocupados por la libertad individual, aniquilaron la corporación, el gremio, que esclavizaba al individuo; pero la rueda de los siglos da la vuelta, y el trabajador, abandonado á sí mismo, vuelve á experimentar la necesidad de una comunidad de esfuerzos; la diferencia está en que lo que antes se llamaba gremio hoy se llama sindicato.

Hay que considerar los disturbios de estos últimos años como el estremecimiento instintivo, como la convulsión pri-

mera del que, viendo el sol, apresta sus alas para ascender hacia su ilusión; después de todo, es un indicio de que tenemos fuerzas para luchar por algo y de que no todo ha muerto de nuestras valentías ni de nuestros ideales. Las convulsiones pasarán, pues por eso son convulsiones, y de todas las quimeras de que se han revestido no subsistirá pronto más que el restablecimiento del neutralismo, sacado del fondo de las edades para corregir un individualismo que ya no se adaptaba á nada. Por eso hay que considerar con mansedumbre los esfuerzos de una clase para llegar á la felicidad: la felicidad es una estrella que todos los seres tienen el derecho de mirar y de querer.

El proletariado ha mostrado decidida orientación hacia la asociación; alentémosle en ese camino, porque la fórmula del cooperatismo «cada uno para todos» es eminentemente fecunda. El régimen del salario es la causa de todos los males del obrero, porque le deprime, poniéndolo á merced de quien le paga. Haciendo al obrero partícipe de los productos de su obra, se hace de él un auxiliar, un confidente, casi un amigo del patrono. Esto precisamente es lo que más inquieta á los apóstoles teóricos del colectivismo, que temen con razón el fracaso de sus doctrinas en cuanto el proletariado tome el gusto á la propiedad individual. Copropietarios de sus instrumentos de producción, los obreros no tendrán más cuidado que el de hacerlos servir para su propio enriquecimiento, y olvidarán entonces para siempre la ambición engañosa de ser un átomo del todo. Esperemos, pues, confiados.

No hay, pues, que asustarse—y ésta es la conclusión que puede desprenderse de todo lo dicho,—ni de los augurios de los pesimistas, ni siquiera de las nubes ni de las tormentas que á veces obscurecen el horizonte pareciendo darles la razón. Todo eso pasará, y la humanidad seguirá majestuosamente su camino de perfeccionamiento para la consecución de todos sus ideales.

IMPRESIONES Y NOTAS

¿SE DEBE LEER EN LA CAMA? — Un periodista inglés, según *Les Cinq Langues*, ha abierto una información entre personas competentes, para averiguar si es útil, nocivo ó inocuo el leer acostado.

En esta información, como en todas, las opiniones son contradictorias; pero del conjunto de las respuestas puede desprenderse la conclusión general de que la lectura en la cama es ó no peligrosa ó dañina según la costumbre que se tenga de ponerse para leer, y según la luz que se reciba.

Dentro de esta conclusión general, pueden establecerse las siguientes conclusiones particulares: 1.^a Es nociva la lectura en la cama en postura supina, ó boca arriba, porque en esta posición los ojos se fijan en el libro de un modo forzado y penoso, no pudiendo, por otra parte, la luz iluminar convenientemente el papel leído; por todo lo cual se produce fatiga y dolores de cabeza.

2.^a Tampoco es conveniente la lectura boca abajo, porque se fatigan los brazos y los hombros, que deben sostener elevado el tronco, y porque se comprime demasiado el tórax, sin contar con lo molesto de esta postura, que sólo puede resistirse durante muy poco tiempo.

3.^a La lectura de costado, especialmente del derecho, con la cabeza sostenida por un almohadón, en postura cómoda y con la luz dando directamente sobre el libro, no es perjudicial, y hasta puede ser conveniente cuando proporciona al cuerpo un reposo suficiente, que va en beneficio del cerebro.

*
* *

PROGRESOS DE LA FLORICULTURA.—Son verdaderamente admirables los progresos llevados á cabo por la floricultura en los últimos años. El gusto por el cultivo de las flores, por su

empleo como elementos decorativos de las casas y de los tocados, se ha propagado de tal manera, que lo que antes era privilegio casi exclusivo de los ricos, es hoy necesidad de todas las clases medianamente acomodadas, como lo demuestra la incesante multiplicación de los puestos y tiendas de flores en las grandes capitales.

Seguros ya los floricultores de la salida de sus productos, y alentados por la demanda del público y por la competencia, no vacilan en hacer toda clase de ensayos y experimentos para obtener novedades y para perfeccionar lo ya conocido, logrando así nuevos tipos de color, de tamaño y de matizado. El principio de todos estos experimentos es el de la selección: vista una flor en el campo, se trasplanta al jardín, se la estudia, se la mima, se corrigen sus defectos, se extirpan los vástagos menos robustos ó menos bonitos, se cultivan con preferencia los que aparecen con mayores galas ó con mayor vida, y mediante una serie de ensayos, al cabo de pocas generaciones, se llega á convertir una flor insignificante en un hermosísimo producto de floricultura. Tal ha sucedido, por ejemplo, con la gloxinia, flor campestre, lánguida y caída, de la que nadie hacía caso, y que hoy presenta su cáliz erguido y quintuplicado de tamaño, siendo una de las flores más buscadas por los aficionados, por su gallardía y brillantez.

En materia de colores, la floricultura ha logrado dominar todas las dificultades, y ya con inyecciones, ya empleando determinadas tierras ó abonos, ya por medio de ciertos riegos, ha llegado á obtener todos los matices, y á cambiar así los colores tradicionales de cada flor al arbitrio del floricultor experto. Otro procedimiento también empleado para obtener novedades es del cruzamiento, transportando el polen de una planta á los pistilos de otra, y recabando así productos híbridos no siempre afortunados.

No hay vegetal que no sea susceptible de mejora, adquiriendo nuevas proporciones y modificaciones más ó menos pro-

fundas en su color y tamaño. Es asunto de estudio y de paciencia, pero se llega siempre al resultado apetecido.

* * *

RAMILLETE DE NOTAS. — Una materia recientemente descubierta, y llamada á tener grandes aplicaciones industriales en sustitución de la celuloide y del mármol, es el *galalito*, ó piedra de leche, llamada así por su procedencia. Es tan dura y tan pulimentable como el cuerno; pesa tan poco como el celuloide; se suelda perfectamente á la madera y al metal; es susceptible de recibir todos los colores y matices que se quiera; puede emplearse en multitud de objetos, y no es otra cosa que un producto químico de la caseína de la leche.

El papel aceitado es usadísimo en el Japón, y está hecho de la corteza de árboles, sirviendo principalmente para la construcción de casas, por ser transparente é impermeable y de gran duración; las casas japonesas están formadas con bastidores de madera y papel aceitado. Este papel es baratísimo, y un traje del mismo no cuesta más que un franco. También se emplea para bolsas de tabaco ó petacas, y para estuches de pipa, pues es flexible y sólido como la piel de cabritilla.

Se ha descubierto un nuevo anestésico, que ha recibido el nombre de *eucaina*, cuya principal ventaja está en que puede sustituir al cloroformo cuando se trata de enfermos que padecen del corazón. Se inyecta al paciente, por medio de una aguja hipodérmica, en el sitio en que debe practicarse la incisión, y á los pocos instantes el enfermo no siente absolutamente nada.

De los estudios y experimentos llevados á cabo por el profesor Greef, de Berlín, por encargo del emperador Guillermo, el radio sólo empieza á producir efecto en los ojos de los ciegos estando á diez centímetros de distancia; entonces el ojo se hace de pronto luminoso, y toma un color verde pálido, sin que el paciente acierte á decir de dónde vienen los rayos. Es-

tos no afectan al principio á la retina; la luminosidad proviene de que ciertas partes del ojo, especialmente el cristalino, se hacen fluorescentes por el radio. Por lo demás, en la ceguera completa el radio no produce efecto ninguno; y en la incompleta, su acción es semejante á la de una luz de petróleo.

La talla del diamante ocupa en París á 200 lapidarios, 600 en Jura, 150 en Londres, 3.000 en Anvers y 15.000 en Amsterdam. Los dibujantes, según Talmeyr dice en la *Revue des Deux Mondes*, ganan de 300 á 800 francos mensuales; la maestra pulimentadora gana de cinco á seis mil francos anuales; la pulidora, que empieza á ser aprendiz á los catorce años, gana á los diez y seis dos ó tres francos diarios y cinco ó seis á los diez y ocho. El joyero y el engarzador suelen ganar unos doce francos diarios. Poniendo como tipo un collar de 70.000 francos, puede decirse que la confección del esqueleto ha venido á costar: 1.915,50 francos por el engarce (mil doscientas setenta y siete horas de trabajo, á 1,50 francos por hora), 100 francos por el repaso, 365 francos (setenta y tres días, á 5 francos) por el pulimento, 986,95 francos (40 céntimos por cada una de las 2.000 piezas del collar) por la colocación de las piedras, es decir, un total de mano de obra de 3.367,45 francos.

*
* *

VACAS ARTIFICIALES. — La leche que se bebe hoy —dice el Dr. Romme en *La Revue*—no se parece á la que hace veinte ó treinta años se bebía en las lecherías: aquello era un producto natural, y esto un producto artificial; pues aunque procede de las vacas, esas vacas son animales artificiales. La vaca artificial puede verse en las «lecherías modelo», y es una de las más productivas conquistas de la moderna zootecnia. Una vaca normal sólo da seis ú ocho litros de leche; la vaca artificial es capaz de dar 20, 25 y hasta 30 litros diarios.

La receta para fabricar una vaca artificial es bien sencilla:

tómese una vaca flamenca, holandesa ó suiza, agotada por sus múltiples partos; meterla en un establo caliente y obscuro, dejándola salir al campo lo menos posible; alimentándola, sobre todo, de pulpas de heces ó residuos de la cebada que se emplea en la fabricación de la cerveza, y de tortas de las fábricas de azúcar, aceite y aguardientes; no importa que con este régimen la vaca enferme de osteomalacia, enteritis, eczema ó hidropesía: antes, para tener leche, se necesitaba una vaca y un prado; hoy sobra el prado, y con heces y tortas hay bastante. Lo peor es que la leche resultante deja no poco que desear como substancia alimenticia é higiénica.

*
* *

EL COLOR DE LOS HUEVOS. — ¿Se puede reconocer la calidad buena ó mala del huevo en el color de su cáscara? Según los expertos, parece que sí: el huevo cuya cáscara es ligeramente obscura, de un color de café con leche, es el mejor, hasta el punto de que, sabiéndolo muchos dueños de criaderos de aves, han recurrido á procedimientos artificiales para dar á los huevos que venden el matiz deseado. *The Lancet*, al hacer público este fraude, dice que no es el color de la cáscara, sino el de la yema, el que indica la buena calidad del huevo: los mejores huevos son los que tienen la yema rojiza, por ser los que tienen mayor cantidad de hierro; cuanto más hierro contiene el huevo, más nutritivo es; el huevo cuya yema es rojiza procede de una gallina sana, mientras que los huevos de yema pálida son de gallinas anémicas. De ahí que en algunos hospitales procuren dar á los enfermos y convalecientes huevos de yema rojiza.

*
* *

UN CEMENTERIO DE LIBROS. — Eso es, según dice Eugenio Morel en la *Nouvelle Revue*, la Biblioteca Nacional de París. El número de novelas que contiene ascendía á 116.824 en 1897,

y á 124.924 en 1903; y eso que la producción ha ido cada vez más en baja en los últimos años, debido, entre otras causas, á la falta de crítica independiente, según Morel, y quizá también no poco, al prestigio de que se ha rodeado la producción de otros pueblos, que ha restado venta á los productores franceses, que antes tenían merecidamente el monopolio de la novela, no sólo en los mercados extranjeros, sino hasta en el mismo mercado nacional, por el afán de lo exótico. De 1876 á 1882 se produjeron, en efecto, 5.200 volúmenes; de 1882 á 1887, otros 5.200; de 1887 á 1892, 5.700; de 1892 á 1897, 4.200; de 1897 á 1903, 3.900. La crisis de la novela data de 1892.

*
* *

LA SITUACIÓN RELIGIOSA EN FRANCIA.—Pablo Passy estudia esta cuestión en la *Contemporary Review*, de Londres, haciendo notar el contraste entre las clases intelectuales directoras y las clases populares; mientras en éstas la religión pierde cada vez más terreno, especialmente el catolicismo, en aquéllas lo gana, siendo cada vez mayor el número de creyentes en la alta burguesía, y menor en el pueblo bajo, no sólo de las ciudades, sino del campo mismo, hecho que Passy atribuye al miedo al socialismo, contra el cual ven las clases directoras en la Iglesia un poderoso aliado.

Según el autor, la gran mayoría de los franceses pueden considerarse como no pertenecientes á ninguna religión determinada, aunque nominalmente sean católicos, y aunque ordinariamente practiquen las ceremonias del culto en los actos importantes de la vida; en sus votos políticos, en su conversación corriente y en su conducta, muestran claramente que no profesan ningún respeto á las enseñanzas ni á la disciplina de la Iglesia. Y no es que sean irreligiosos, ni siquiera indiferentes: ciertas creencias—la existencia de Dios, la vida futura, la recompensa del bien y el castigo del mal—están firmemente arraigadas en el espíritu del pueblo, sobre todo en los campos;

pero estas ideas se encuentran mezcladas de supersticiones variadas y muy tenaces, formando un credo más ó menos vago, que, á falta de otra cosa, basta para satisfacer las necesidades religiosas; de modo que la religión de la mayoría de los franceses puede considerarse como un deísmo diversamente teñido de reminiscencias paganas y de espíritu cristiano.

*
* *

ESCRITURA INGLESA Y RECTA.—El Dr. Courgey, en la *Higiene Escolar*, sostiene que la escritura recta es preferible á la inglesa, higiénicamente, pedagógicamente, y hasta socialmente.

Recordemos ante todo, dice, la posición del cuerpo en la escritura cursiva: el tórax está oblicuo con relación al borde de la mesa; las costillas izquierdas se apoyan sobre este borde, ó están más ó menos comprimidas por él; el hombro izquierdo está levantado y el derecho caído, el codo derecho mal apoyado sobre la mesa, las piernas oblicuas y molestas, la cabeza inclinada, la columna vertebral encorvada á la izquierda y hacia delante, el eje de los ojos oblicuo, el papel oblicuo con relación á la mesa, el niño mirando la escritura oblicuamente; en suma, en este método todo es oblicuo, retorcido, molesto; es una serie de posiciones del cuerpo falsas, anormales, desiguales. Por poco que el alumbrado sea defectuoso y unilateral, se comprenden todos los vicios de conformación, enfermedades y perturbaciones orgánicas resultantes de esta actitud: compresión del tórax; deformación de las costillas, del esternón, de la columna vertebral; estrabismo, miopía, contracción muscular, fatiga, trastornos digestivos, etc.

Examinemos ahora la posición del cuerpo en la escritura recta: cabeza derecha, columna vertebral vertical, tórax en aplomo sin tocar á la mesa, piernas derechas, antebrazos paralelos al borde de la mesa, papel derecho, bien enfrente del escolar; aquí todo es verticalidad y paralelismo, facilidad,

comodidad; los órganos producen el menor esfuerzo y no se fatigan.

Las ventajas higiénicas de la escritura recta saltan á la vista después de lo dicho. En cuanto á las ventajas pedagógicas, es evidente que la escritura recta es más legible, más limpia, y tan agradable á la vista como pueda serlo la otra; los niños, por otra parte, se acostumbran á ella con gran facilidad. En cuanto á las ventajas sociales, se desprenden de lo dicho: conservación de la salud de los niños, economía de tiempo, y escritura de los futuros ciudadanos más clara y legible, circunstancia no despreciable por muchos conceptos.

*
* *

LA INFERIORIDAD DE LA MUJER.—César Lombroso y el neuropatologista Mœbius demuestran con argumentos perentorios la inferioridad mental de la mujer. Según los estudios de Bischoff, el peso comparado de los cerebros del hombre y de la mujer es el siguiente:

	Peso máximo.	Peso mínimo.	Peso medio.
Hombre.....	1.925 gramos.	1.018 gramos.	1.362 gramos.
Mujer.....	1.565 »	720 »	1.219 »

Las conclusiones de ambos sabios son que la mujer tiene el cráneo más pequeño que el hombre; que es menos hábil en los trabajos manuales, puesto que hasta en la costura y en la cocina el hombre ejercitado lo hace mejor; su moral no deriva de la razón, sino del sentimiento; tiene la memoria vivaz, lo que explica sus éxitos en los exámenes, pero los resultados no corresponden á las promesas; puede ser sabia, pero sin inventar nuevos métodos científicos; el hombre adquiere su madurez intelectual más tarde que la mujer, pero la conserva mucho más tiempo. «La mujer, dice Lombroso, no tiene más que treinta años de vida completa. En el hombre, el peso del cerebro llega á su maximum entre veinte y treinta años y dismi-

nuye entre sesenta y setenta; en la mujer crece hasta los veinte años y declina entre cincuenta y sesenta.»

* * *

EL SENTIDO DEL ESPACIO. — Todos nosotros concebimos el espacio de tres dimensiones: lo largo, lo ancho y lo alto—dice en *La Nuova Antologia Nemi*,—y aunque los matemáticos hablan de una cuarta dimensión, eso es cosa suya, y la fisiología misma viene en apoyo del concepto común del espacio, acabando de probar que este concepto corresponde á la realidad.

El hueso petroso que existe á ambos lados de la cabeza es el más duro del esqueleto, y contiene el oído interno, con el cual comunica el nervio cránico, que tiene dos divisiones correspondientes á dos funciones perfectamente distintas; una de las cuales no tiene nada que ver con el oído, sino que está consagrada á la preservación de nuestro equilibrio.

Ese es precisamente el nervio del equilibrio, y el órgano de este sentido. Este órgano no es periférico como los demás, sino que yace en el oído interno y su función es la de percibir la posición de nuestro cuerpo en el espacio; cuando no está bien sufrimos vértigos, como los borrachos, porque no tenemos entonces la sensación del equilibrio.

¿Cómo está compuesto este órgano? Consiste en tres canaliculos de forma semicircular: cada uno de los cuales contiene un fluido, en el que vienen á expirar las innumerables terminaciones del nervio del equilibrio. Todo movimiento de la cabeza, por ligero que sea, causa un movimiento en el fluido y, por consiguiente, una presión en la extremidad del nervio: el cerebro es avisado de la presión, y advierte el movimiento de la cabeza, según la teoría, hoy aceptada corrientemente, del profesor Crum Brown, de Edimburgo.

Ahora bien: siendo el espacio de tres dimensiones, claro es que será posible mover la cabeza en una de las tres direcciones, ó en las intermedias; por eso los tres canales están colo-

cados en correspondencia con las tres dimensiones de un cubo, dos horizontales formando ángulo recto y uno vertical. La colocación en ambos lados es simétrica, de modo que cualquier movimiento de la cabeza ejerce una influencia correspondiente en los canales, y nada puede escapárseles.

En los vertebrados ínfimos esos canales no existen, y ascendiendo en la escala se observa la gradual evolución de este órgano. Habrá seguramente quien objete que una cosa es que el espacio tenga tres dimensiones, y otra que tengamos un sentido conformado para percibir tres dimensiones del espacio. Pero como dice en *The Academy* Saleeby, si el espacio no fuera realmente de tres dimensiones, ¿por qué los vertebrados superiores habrían evolucionado hasta llegar á percibir su posición en el espacio en esas tres dimensiones?

FERNANDO ARAUJO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El individualismo de Nietzsche y la teoría sociológica del genio,</i> por Edmundo González-Blanco.....	5
<i>La servidumbre de la gleba en Aragón,</i> por Eduardo de Hinojosa.	33
<i>La cooperación y el problema obrero,</i> por Álvaro de Albornoz....	45
<i>Recuerdos,</i> por José Echegaray.....	56
<i>La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata),</i> por Dmitry de Merejkowsky.....	77
<i>Lecturas americanas,</i> por Hispanus.....	149
<i>Crónica literaria (El pueblo gris,</i> por Santiago Rusiñol), por E. Gómez de Baquero.....	167
<i>Revista de Revistas,</i> por Fernando Araujo.....	175